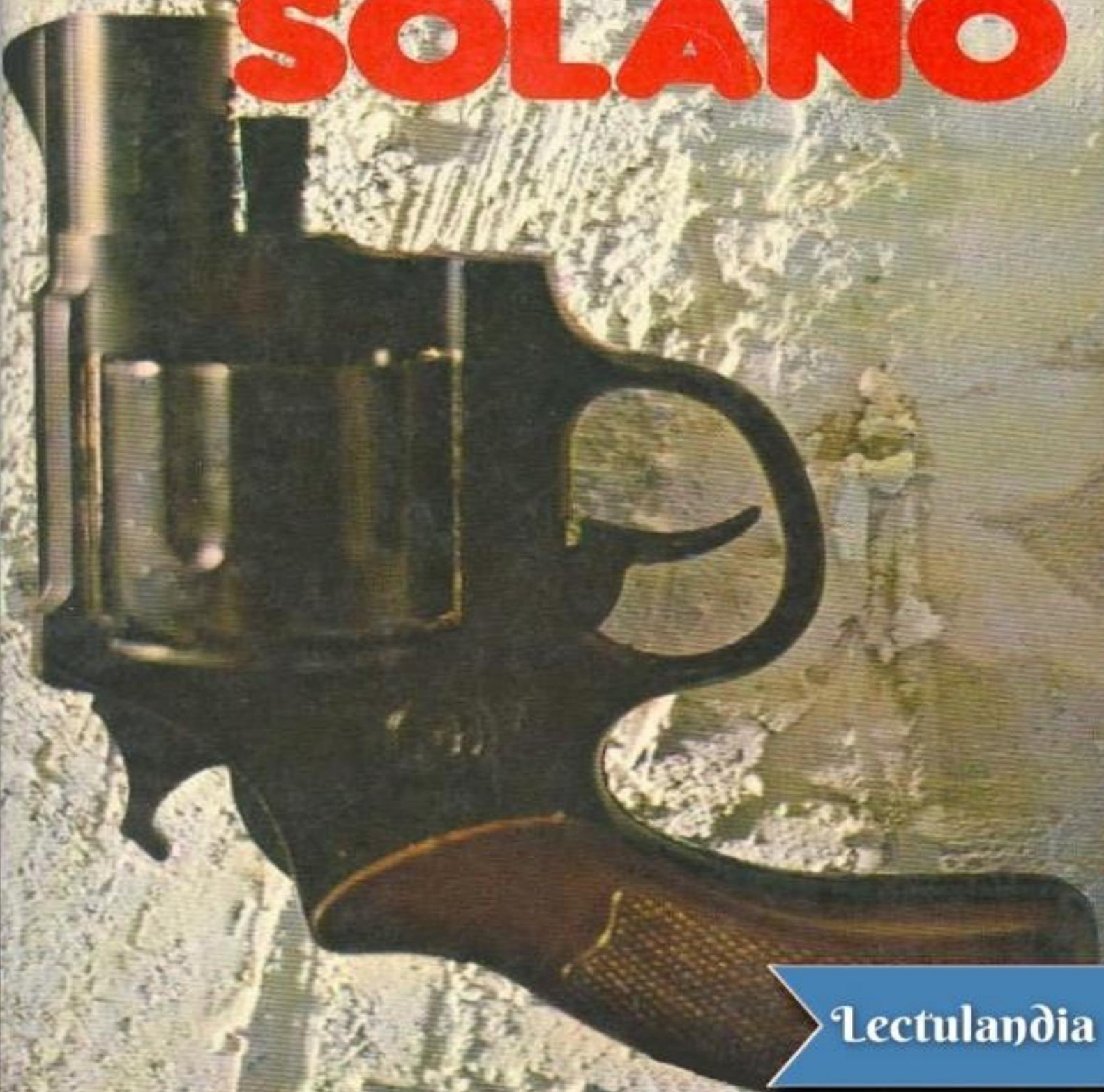


IGNACIO ALDECOA

# CON EL VIENTO SOLANO



Lectulandia

Un hombre que huye, que busca una redención, un cobijo. Con el viento solano es la novela de una huida. El vía crucis de un hombre gitano que ha cometido un delito y cuyas consecuencias, mezcladas ahora en su conciencia y en su sangre, quedarán marcadas en el camino que recorre y en el centro mismo del miedo y la soledad. Con una prosa exacta y a la vez lírica, con la certeza de las palabras de otro tiempo, la fuerza del ritmo y la profundidad de los ambientes, Ignacio Aldecoa nos lleva al interior de una obsesión, de una escapada, en una novela que se ha convertido en un clásico de la literatura española. Un libro, galardonado con el Premio Nacional de la Crítica, de uno de los escritores españoles fundamentales del siglo XX.

Lectulandia

Ignacio Aldecoa

# Con el viento solano

ePUB v1.0

hermes 10 10.02.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Con el viento solano*  
Ignacio Aldecoa, 1956.

Editor original: hermes 10 (v1.0)  
ePub base v2.1

*Os herí con viento solano.*

LIBRO DE HAGEO

*Os herí con viento solano.*

LIBRO DE AMÓS

## Lunes, Santa María Magdalena

Las paredes manchaban. El marinero negro, de pantalón azul impúdicamente ajustado hasta media pierna, acampanado sobre los pies desnudos, cubierto el torso con una camisa a rayas amarillas y moradas, sonreía tocando el acordeón, sentado bajo las palmeras. Enfrente, la negra de caderas atinajadas, con los pechos descubiertos y un faldellín vegetal en torno a la cintura, culebreaba el ritmo. Con saliva o con vino, dedos anónimos habían retocado el trópico al temple en un sentido obsceno.

Sobre la puerta de la habitación había un reloj de péndulo y gran caja. Sus agujas marcaban las seis. Estaba parado. Al fondo, el balcón abierto permitía oír gritos y carcajadas de mujeres y hombres en la calle.

Del techo colgaba una lámpara con copas para las bombillas, de color de malva. Su luz era turbia, penumbrosa, blanda. Bajo la lámpara, una desnuda y económica mesa de comedor. En torno de ésta, sillas de diferente factura. Sillas de colmado pintadas de verde, de gruesas patas y asiento de paja, con flores de calcomanía en los respaldos; sillas del juego de la mesa, tapizadas en rojo; sillas plegables de aguaducho de verbena.

Los gritos y las carcajadas se escuchaban ya dentro de la casa.

Entró en la habitación un hombre y de un salto se sentó en la mesa. Cuando la algazara se canalizó en el pasillo, hizo ruidosamente palmas y canturreó. Desembocó la jarana. Tres mujeres y cuatro hombres. Tras éstos, calmosamente, serenamente, aburridamente, una mujer madura que se apoyó en el quicio de la puerta e hizo una mueca de disgusto por el ruido. Dio una orden con voz bronca.

—Maruja, cierra el balcón, que no son horas.

Una de ellas, rubia reteñida, gordezuela, se acercó al balcón taconeando en corto y cerró. El que había hecho palmas y canturreado se dirigió a la que había dado la orden.

—Se dice buenas noches, marquesa.

La mujer se encogió de hombros y preguntó ásperamente:

—Bueno, ¿qué vais a tomar? A las tres se echa la llave, ya lo sabéis.

Hundió las manos en el gran bolsillo de su delantal y esperó. Se hizo un silencio interrogante. Los hombres no se decidían a pedir. Maruja barbilleó a uno de ellos.

—Manolo, chati —dijo—, ponnos a beber de lo bueno —añadió mimosamente—: Estírate, que hoy hay que armarla. Anda, monín...

Manolo lo consultó con sus compañeros.

—¿Qué bebemos? ¿Una de La Guita?... Es que son doce chulés.

De pronto se animó.

—Tráete una botella aunque tenga que vender el sillón de la barbería y tirarme a

la carretera a dar sustos al mundo.

Maruja celebró el desplante.

—Eres lo más hombre que hay de aquí a Portugal.

La mujer madura no se movió de la puerta. El barbero extendió las manos con las palmas abiertas, haciendo un ademán de extrañeza. Preguntó, ladeando la cabeza, sin mirar a Maruja:

—¿A qué espera ésta?

Maruja le susurró, frunciendo los labios:

—Ya sabes cómo es la Carola. Es que el otro día se quedó una botella sin pagar y... ¿Tú me entiendes? Vamos, que quiere el parné por adelantado.

Manolo se indignó momentáneamente. La Carola seguía con las manos en el bolsillo del delantal, apacible, irreductible, mirándolos con aire distraído. Maruja ofició de intermediaria.

—Anda, no seas tonto. A ti ¿qué más te da? Dame los billetes, que se los doy yo.

Manolo sacó un billete de cien pesetas. Maruja se lo arrebató de las manos y se lo pasó a la Carola, que en el acto le devolvió cuarenta pesetas, sacándolas, sin contar, del bolsillo del delantal. Maruja entregó la vuelta al barbero reservándose un duro.

—Éste para mí, ¿eh? —dijo haciendo un mohín.

Maruja se metió el billete por el escote. Manolo contestó entre malhumorado y satisfecho de su propia generosidad y rumbo:

—Que es un servicio completo, que tú me buscas la ruina...

Maruja se reía. Una de las compañeras decía al que estaba sentado en la mesa:

—Sebastián, cántate algo por Marchena.

La Carola, antes de desaparecer por el pasillo, advirtió:

—A las tres se echa la llave: ya lo sabéis. No quiero líos con la policía.

A las doce en punto, había dicho Sebastián Vázquez: «A las doce en punto te estás en el Columba como un clavo. Ya sabes que no me gusta esperar. Después no te quejes». Cuando Sebastián le hablaba, se desazonaba Lupe. Abría mucho los ojos y asentía con la cabeza. Se estaba arreglando. En la mesilla, pegada al espejo, tenía un cabás de colegiala con una fotografía de un artista de cine pegada a la tapa. En el cabás guardaba el lápiz de los labios, el tarro del maquillaje, el frasco del esmalte de las uñas... Estaba pensando que Sebastián la había citado a las doce en punto, que si llegaba tarde podía haber bronca o podía haberse marchado, que Sebastián se lo decía muchas veces, era como era y no había que darle vueltas, y hasta puede que ella nada le importara.

Lupe se miraba al espejo una y otra vez. Estiró los labios y mostró los dientes. Entró una compañera comiéndose un bocadillo de sardinas. Le chorreaba un poco el aceite por las comisuras de los labios. Hablaba silbando las eses, con el dejo de la profesión.

—¿Te espera tu novio, Lupe? ¡Menudo gachó el Sebas! Te tiene sorbidita, chiquilla. Ya me quisiera echar yo a un tipo así a la cara; las iba a pasar el tío de a quilo. ¡Con lo que yo soy! A los hombres hay que saber darles su faena.

Lupe no le contestó. La miraba fijamente en el espejo. La compañera continuaba:

—Si cuando yo digo... En fin, allá tú, cada una sabe sus cosas, ¿no?

Mordió el bocadillo y salió cantando con la boca llena, haciendo un guiño canalla con los ojos: *Gitano, tano, tano de mi vida...*

Lupe quedó un momento en suspenso. Luego miró la hora en su reloj de pulsera y sintió un arrebató de prisa. Se atusó el pelo y se levantó.

Sebastián estaba bebiendo en el mostrador del bar Columba. Estaba bebiendo con el novillero Antonio Jiménez. El muchacho encargado de la cafetera atendía a la conversación mientras trabajaba.

—Mañana —dijo Sebastián— tienes que arrimar el ombligo; irá mucha gente de Talavera a verte. No hagas el papelón, porque entonces ya te puedes despedir para los restos.

Antonio Jiménez escuchaba a Sebastián sintiendo como un reblandecimiento gustoso con sus palabras.

—Ya lo sé, Sebas. En mañana está todo mi porvenir. Ya lo sé, hombre, que me tengo que arrimar, pero déjame tomar esta copa tranquilo: no me lo recuerdes.

Sebastián insistía:

—¿Somos amigos o no somos amigos? ¿Cómo no te lo voy a recordar? Tú ya sabes que si hay alguien que te quiera aquí, ése soy yo. Yo soy un amigo verdad. Y un amigo tiene que decirte las cosas claras.

La conversación venía arrastrada de toda la tarde. Sebastián y el novillero habían estado bebiendo juntos. Sebastián se crecía en los consejos, que el novillero aceptaba gustosamente, consciente del acrecentamiento de su importancia, a medida de aquella preocupación de palabra del amigo. Sebastián repetía una y otra vez el consejo.

—Que ya está dicho, que mañana te tienes que arrimar.

Hacía una pausa y se dirigía al muchacho de la cafetera.

—Ponnos otras, chico; las penúltimas.

El novillero marcaba el dengue.

—Que mañana me la juego, Sebas.

—La penúltima, hombre. Ahora te vas para casa y a la piltra. Una copa más, ¿qué más da?

El novillero hacía gala de erudición.

—Que José el día de la cornada aquí olía a manzanilla, que uno no puede beber, que la vista...

Sebastián le convencía.

—La última, Antonio. ¿Tú crees que un amigo como yo va a querer algo malo

para ti? Ahora mismo te vas para casa y, si no quieres, te echo de aquí yo. Te lo juro por mis muertos, Antonio; ¿cómo te voy a querer a ti mal?

Sebastián abrazó al novillero. El muchacho de la cafetera llamó a su jefe.

—Dos más de manzanilla.

Sebastián repetía con pesadez de charlatán templado por el vino, echándose hacia atrás:

—Que yo lo que quiero, Antonio, es que sepas que aquí tienes un amigo. Uno de los buenos, con el que puedes contar para lo que quieras.

Sebastián hizo un desplante, abriendo la chaqueta y palmeándose el bolsillo trasero del pantalón, abultado por algo pesado.

—Ésta —siguió— está para lo que quieras y tiene a un hombre...

El novillero arrugó la frente.

—Que te pueden ver, Sebas; no la pringuemos.

El tono de la voz de Sebastián se hizo más bajo.

—De verdad, para lo que quieras. Por un amigo me juego yo el estaribé y la vida.

El novillero había apurado la copa.

—Sebas, voy a dejarte, tengo que descansar.

—¿No quieres otra copa?

—No, hoy ya está bien.

—No te quiero forzar. Como te parezca. Y lo dicho.

Volvió a abrazar al novillero. Éste se despidió de todos.

—Buenas noches, don Ricardo —dijo al dueño del bar—. Buenas noches, señores.

Los clientes y el dueño le despidieron unánimemente.

—Que tengas suerte mañana, Antonio.

Uno de los clientes preguntó en voz queda al muchacho que le estaba sirviendo el café, haciendo un movimiento con la cabeza:

—¿Quién es?

El muchacho, asombrado, le contestó:

—Pero ¿no le conoce usted? Es Antonio Jiménez, el torero. Mañana torea. Es cosa buena. Hoy no hay en España un novillero como él.

El cliente movió la cabeza y se quedó mirando hacia la puerta. Entraban unos zangones. Se acercaron al mostrador.

—Don Ricardo, dos blancos.

El dueño del bar les respondió:

—Blanco no puedo servirlos. Son las doce. Tiene que ser manzanilla, montilla o...

—Bueno, lo que sea —le interrumpió uno de ellos—. Pónganos algo de beber.

Don Ricardo, calmamente, colocó dos copas en el mostrador delante de los jóvenes. Fumaba su cigarrillo cerrando un ojo mientras el humo se le extendía por

medio rostro haciéndolo borroso, enmascarándolo y como enfermándolo.

—¿Qué —preguntó—, vais a ver a la Marlén? Andaos con cuidado...

Don Ricardo sabía la noche y la gente de la noche. Alcahuiteaba con despego; para eso era don Ricardo. Controlaba a conciencia; para eso era un negociante.

Lupe entró en el bar y se acercó rápidamente a Sebastián.

—Buenas noches. No llego tarde, ¿verdad, cariño?

Sebastián no le respondió. Lupe se palmeó el pelo.

—¿Estás enfadado? ¿Te ocurre algo?

El muchacho de detrás del mostrador le preguntó:

—¿Qué va a tomar, señorita?

—Uno con leche —respondió distraída— y una copa de anís.

Después tabaleó con las uñas sobre el mostrador, dando un son quebradillo que producía dentera.

—¡Cómo eres, Sebas! Hoy no te puedes quejar. He venido pronto y eso que no creas que a la Carola le ha hecho ninguna gracia.

Dudó y preguntó de nuevo:

—¿Te ocurre algo? ¿Estás enfermo?

Había en su voz vacilación y temor.

—¿Quieres dejarlo ya? —dijo Sebastián desabridamente—. No seas pesada. No me ocurre nada. ¿Qué quieres, que haya cogido el tifus? Bueno, pues tengo el tifus.

Lupe calló. Se entristeció. Era lo de todas las noches. Tímidamente preguntó, después de un rato de silencio:

—Sebas, ¿te parece que nos sentemos?

Se sentaron en una de las mesitas pegadas a la pared con el tablero pintado de un rojo color de sangre de toro. Sebastián volvió a pedir una copa de manzanilla. Lupe rogó:

—No bebas mucho, Sebas.

Manolo el barbero, Jacinto Larios, Buenaventura el Langó y Benito Suárez estaban bebidos. Bajaban por la calle cantando y haciendo palmas. El Langó arrastraba su cojera entre jipío y jipío, haciendo frecuentes altos. Llevaba el cante por los rincones negros del corazón y luego lo vomitaba a golpes, con los ojos llorosos y los labios húmedos. Alternaban.

Don Ricardo tenía a medias echadas las trampas de su establecimiento. En el bar había muchas mujeres, un humo denso de cigarrillos, un penetrante olor de perfumes baratos, mezclados. De vez en cuando se oía el grito del chico de la cafetera.

—Apurarse, que vamos a cerrar.

Luego, en voz baja, le decía a un cliente:

—Ya no se sirve más, caballero. Lo tenemos prohibido.

Daba dos palmadas y repetía:

—Que cerramos.

Se encogía de hombros ante las palabras punzantes de alguna de las mujeres.

Manolo el barbero tropezó al entrar en el bar. El Langó daba su último jipío antes de entrar, mientras Jacinto Larios le pasaba el brazo por el hombro y se agachaba con él en la arcada postrera. Pasaron al fin.

Manolo el barbero estaba hablando con Sebastián.

—¿Mañana vas a ver a Antonio?

—Te diré.

—Cuenta conmigo.

—Siéntate a tomar lo que quieras. Lupe, muévete a la otra silla.

—Es que mira; vengo con el Langó, Benito y Larios.

—Que se sienten también.

El Langó, Benito y Larios estaban de pie junto a ellos.

Se saludaron.

—Haciendo costumbre, ¿eh, Sebas?

—A ver... Vosotros gastando moyate como los buenos, ¿no?

—Clarito —dijo el Langó.

Se estableció un íterin de cortesías mutuas.

—Que tu Lupe está cada día, entiéndeme... Que está vamos, como...

—El trato que doy —dijo Sebas.

La conversación crecía de reticencias, de sobrentendidos.

—Chavó —alzó la voz Manolo—, ponnos de beber.

El muchacho del mostrador le explicó:

—Manolo, que no se puede, que hemos cerrado.

Don Ricardo le hizo un guiño al muchacho, susurrándole:

—Anda, ponles lo que quieran.

Don Ricardo sabía la noche y la gente de la noche. Añadió:

—Que los invita la casa.

El muchacho se acercó a la mesa.

—Dice don Ricardo que qué es lo que van a tomar, que los invita él.

Manolo se volvió hacia el mostrador.

—Gracias, Ricardo.

El dueño hizo un gesto de no darle importancia a la invitación. Fueron servidos. A los pocos minutos se acercó sonriente.

—Tú, Manolo, ya sabes lo que son estas cosas. Estamos muy perseguidos. Lo siento. Ya sabéis que si fuera por mí hasta que os bebierais el establecimiento, pero...

Había un gran clima de cordialidad. Manolo el barbero le respondió:

—Tú ya sabes que nosotros no venimos a buscarte el lío. De modo que, cuando tú digas, nos largamos.

—Es que ya es hora, tú me comprendes, ¿no?

Manolo se levantó.

—Nada, hombre, para eso estamos. Ahora nos vamos a casa la Carola y asunto concluido.

Se levantaron los cuatro. Manolo invitó a Sebas:

—Sebas, vente, hoy la vamos a armar. Lo que se beba corre de mi flor.

Sebastián sonreía. Lupe le tocó la pierna, bajo la mesa. Sebas se engalló.

—Vamos cuando queráis. Y tú, Lupe, si no quieres venirte, ya sabes; por mí te puedes quedar hasta mañana aquí. No te...

Lupe se disculpaba.

—Si no es eso, Sebas; yo voy donde y cuando tú quieras.

—Lo dicho.

Sebastián ya no le hacía caso.

Se despidieron del dueño del bar. Dos mujeres del mostrador se les unieron. Eran amigas antiguas. Una de ellas dijo:

—Si vais para casa, vamos con vosotros.

—Venga —respondió Manolo.

Buenaventura el Langó, al salir a la calle, comenzó a cantar. El cante se arrancaba de los violentos dominios del sexo y rebotaba en sus ojos de alucinado.

—Vete cantando ya —exigió Manolo— por el cante de Rojo de Salamanca, que se te escucha.

—Ésta va por el cante Rojo —respondió el Langó.

Caminaron calle arriba, hacia casa de la Carola.

Manolo el barbero había hecho sacar la tercera botella de manzanilla. Sebastián canturreaba en bajinis a Buenaventura. Terminó.

—¿Qué te ha parecido? Bien cantao tiene su cosa. ¿A que sí?

Buenaventura mostraba su magisterio.

—No es cante verdad, Sebas; tú ya sabes que eso no es cante verdad. El cante cante es lo que te voy a frasear yo ahora en la garganta del Calderas. Esto y nada más. Un cante para el que se necesita tener paladar.

Repitió:

—Hay que tener un paladar para esto. Cosa fina. Si yo tuviera un dinero le iba a llevar al Calderas a Madrid, a su ambiente. Porque el Calderas es saber y necesita un ambiente. Aquí se pierde como yo me he perdido, que ayudado hubiera sido algo, como se ha perdido Jumilla el viejo, como se han perdido casi todos.

Lupe tenía los brazos cruzados sobre el regazo. Maruja se le había acercado un par de veces.

—¿Te aburres, preciosa? Amiga, la vida...

Lupe no había contestado la primera vez. La segunda oyó la pregunta Sebastián.

—Déjala que se aburra —dijo—; cada día que pasa está más gilí.

Lupe le miró fijamente, pero Sebastián atendía a las explicaciones del Langó.

Bajó los ojos y estuvo contemplando las baldosas del suelo y sus extraños dibujos. Lupe estaba sola. En torno crecía el barullo y, como un espeluzno por algo sorprendente, sobre el barullo, cortando las palabras, pasó la voz fría, dura, aguadañada de la Carola.

—Que son las tres y hay que ahuecar, o...

—¿Ves cómo eres, Carola? —dijo Sebastián.

—¿Ves cómo no se puede venir a tu casa?

La Carola volvió la cabeza a un lado.

—A veces, Sebastián, pareces un chiquillo. Tú te crees que si yo pudiese iba a cerrar ahora... ¡Qué cosas!

Manolo el barbero estaba sintiendo los efectos del vino y parpadeaba de sueño. Apuró la copa de un trago y dejó perecear las palabras en los labios.

—Va a haber que irse al piltrosamen, que estamos cortaos.

Lupe estaba de pie junto a Sebastián. Le susurró:

—¿Tú también te vas, Sebas?

Sebastián se revolvió.

—¿Y para qué quieres que me quede? ¿Es que piensas hacerme el número? Mira, mañana será otro día, pero hoy voy a beberme unas copas en casa del Tripa con éstos. Mañana me tienes en el Columba como todos los días.

Lupe lo miró angustiadamente.

—Sebas, si tú quisieras...

—Ya te he dicho; mañana a las doce en el Columba.

—Sebas, mañana... Quédate, Sebas. Quédate, por favor. Quédate, por lo que más quieras.

Sebastián hizo un ademán de indiferencia. Luego dijo:

—Manolo, cuando tú quieras nos vamos a casa del Tripa. Allí el que invita soy yo.

Manolo se acercó a la Carola.

—Carolita, nena, cualquier día vengo aquí y te robo.

Se balanceó ante el manotazo de la Carola, sobre la que casi se había derrumbado en el intento de hacerle una caricia de broma.

—No seas pata, Manolo —dijo la Carola—. No seas pata y lárgate con viento fresco, que lo que tú necesitas es dormirla.

Lupe salió corriendo de la habitación. Maruja le dijo a Sebastián:

—Tú también, hombre, tienes unas cosas... Si no la haces sufrir, no pareces contento. ¡A mí me podías hacer tú eso!

—A ti no te iba a hacer nada, preciosa, que tengo mis gustos —cambió el tono y

preguntó—: Bueno, ¿nos vamos?

Manolo el barbero y Sebastián salieron al mismo tiempo empujándose. Manolo dio unos traspies. Sebastián se encaró con él:

—Vamos, Manolo; que no se diga.

El Tripa estaba dentro de la ley: había prohibido en su establecimiento la blasfemia, expulsaba a los bronquistas. Era su moral de tabernero de la madrugada. «En mi casa no hay tío que miente malamente a Dios ni que me arme un espanto a la solana del vino», decía. Y en casa del Tripa no se mentaba malamente a Dios ni se permitían las peleas. Él defendía su negocio de tres de la mañana en adelante. Las ordenanzas municipales no contaban. El dilema no dejaba lugar a dudas cuando se lo planteaba a su mujer: «Mira, Ceci: o garbanzos o piedras; elige». Abrir eran los garbanzos, y abría todas las noches el portal de la casa para que entrasen por allí a la taberna los rezagados del vino, los camioneros extremeños camino de Madrid, los que comenzaban la jornada de trabajo al clarear el día...

Manolo el barbero y Benito Suárez se habían ido a dormir. A la taberna del Tripa llegaron Sebastián, Jacinto Larios y el Langó. Hacía calor. El Tripa fumaba apaciblemente, con los codos apoyados en el mostrador, en mangas de camisa. Saludó.

—¡Cuánto bueno! Hacía ya mucho tiempo, Sebastián, que no te veía por esta casa. Y a vosotros tampoco. ¿Has padecido veda, Jacinto? Me dijeron que te habían pillado en un afán...

—Cosas que dicen —contestó Jacinto Larios— para jorobarle a uno por si uno lo estaba ya poco. No me pillaron; he estado fuera.

—Bueno, hombre, tú ya sabes que yo no acostumbro a meterme al hilo, que cada uno viva como pueda —disculpó.

—Eso está bien —confirmó Sebastián—. Que cada uno viva como pueda y los guardias con todos.

Se echaron a reír. Sobre el mostrador había cuatro vasos. El Tripa indicó confidencialmente:

—Tengo un vinete como para bendecirlo. Veréis lo que es bueno. Tiene grados y un aquel que rebota en el paladar antes de entrar y te deja la boca perfumada.

—Pues llena de eso —dijo Sebastián y luego, encogiéndose de hombros y sonriendo—: Ya está echada la noche a lo alto, ya no hay remedio. De aquí vamos a salir para la feria y, a la tarde, a ver al Jiménez.

El Tripa estaba entretenido en la labor de escanciar vino. Fue el primero que cogió el vaso.

—Esto es vino y no lo que os venden por ahí.

Apuró el vaso de un trago. Sopló.

—Esto le saca a uno del cuerpo todo lo malo que tenga. Me estaría bebiendo vino

de éste toda la vida, pero no puede ser —cambió el tono—. Es caro.

Se perdieron en una conversación sobre el vino.

—¿A cuánto te ponen la arroba?... ¿En la carretera te ahorras tres duritos?... ¿Lo pasas de burro?... Entonces tú te ganas unos cuantos chulís... Vaya con el tío...

Sebastián preguntó:

—Oye, ¿tú sabes de algún camión que tire para la feria cuando amanezca y que nos quiera llevar a los tres?

El Langó intervino:

—Conmigo no contéis, que tengo que trabajar.

—Tú... —se inclinaba en el dedo chulo Sebastián—. ¿Tú trabajar? ¡Venga ya! Tú... Pero ¡lo que hay que oír!

El Langó se escurrió de palabra.

—No achagues, Sebas. Hay que trabajar, no todos tenemos tu suerte. No todos podemos vivir con la jeró. Yo tengo que estar en la botería a las ocho, porque si no se acaba la vida fina y me ves quieto en las esquinas reuniendo la peseta para comer.

—Como si no supiéramos —respondió Sebastián— que a la mujer del patrón eres tú quien le levantas la zarandela y por eso te aguantan, porque dar el callo —hizo un ademán— ni eso. Anda, vente para la feria, que no estará tan necesitada.

—Ya te he dicho, Sebas, que no puedo. ¡Qué más quisiera yo! Además, ver al Antonio, que es mi torero, es algo que me gustaría.

El Tripa cortó.

—Podéis ir en el camión de los Hernáez. Se le dice al conductor y os lleva. Por el camino, si no tiene prisa, le invitáis a un copazo y tan campante.

—¿Lleva ganado? —preguntó Sebastián.

—No, lleva vino —respondió el Tripa.

—¿Y sobre qué hora sale?

—Sobre las seis.

Sebastián consultó su reloj de muñeca con cadena plateada y un torero pintado en el cristal de la esfera.

—Son las cuatro y diez; nos queda tiempo todavía.

El Tripa velaba por el negocio.

—¿Pongo otros u os pasáis al peñascaró?

—Ponnos vino hasta que nos dé el refilo del día.

—Yo me voy a ir a sornar —advirtió el Langó.

—¡Tú qué te vas a ir! Tú te quedas. ¿Habías dicho algo?

Sebastián tenía el vino agrio.

—Sebastián —solemnizó el Langó—, a veces pienso que es mejor no tratarte, que lo mejor que uno puede hacer es no meterse en chusmeta contigo porque enseguida sacas el gallo y te olvidas de la amistad y sólo quieres hacer...

Larios bebía con tranquilidad. Dijo:

—No seáis chavales los dos. Tú, Buenaventura, si quieres te largas y tú, Sebas, pues te quedas bebiendo conmigo, que te acompaño a la feria y se acabó.

El Tripa puso el punto a la discusión.

—Eso está bien dicho.

Sebastián volvió la espalda al Langó. Pidió:

—Dos chatos, Tripa.

Larios le atajó:

—Buenaventura también bebe.

—Que beba por su cuenta.

El Langó mudó el gesto.

—Sebas, que no está bien lo que tú haces.

—Olvídame.

—Que te ha de pesar.

—¿A mí? Bueno...

Larios le hizo una indicación al Tripa para que sirviera al Langó. Éste se opuso.

—No, Jacinto, yo no bebo, no quiero beber. Me voy. Buenas noches. Que os divirtáis.

El Langó, al salir, arrastraba su cojera más tristemente que nunca. En la taberna se hizo silencio. Larios reconvino a Sebastián.

—Tú también tienes cosas...

Sebastián se creció en la ausencia del Langó.

—Es que el hijo de su madre está acobardado por esa tía. Prefiere eso a los amigos. Es un cabra, no tienes más que ojearlo, y además en cuanto le levantas la voz se queda blanco y empieza a hacerte el sermón.

—No tienes razón, Sebas —dijo Larios.

Sebastián pidió al Tripa.

—Cambia el tercio a aguardiente, que la noche se va lavando.

El Tripa escogió una botella del anaquel de los aguardientes.

—De alquitara —dijo.

En los cristales del montante de la puerta de la taberna, el amanecer tenía color de aguardiente aguado.

—Que no quiero nada.

—Hombre, una copa nunca viene mal.

—Conduciendo no me gusta beber.

La carretera en la mañana tenía un brillo alimonado. Cruzaban el parabrisas los pelillos de cardo, las blancas mariposas de julio, los abejorros de vuelo titilante. Los campos segados, con la barba áurica del pajón, se extendían a los dos lados de la carretera. A la derecha, en la lejanía, azuleaban los bajos de la sierra, doradas las

cima del sol. El primer soplo cálido del viento solano revolucionaba el tamo de las cunetas, se colaba por las ventanillas abiertas de la cabina del camión y se llevaba la ceniza de los cigarrillos, alborotando levemente el coloquio del conductor y los viajeros.

—Vais buenos —dijo el conductor—. Yo que vosotros me tiraba al pie de un olivo a echar un sueño, así os despejaríais.

—Tengo yo correa para estar siete días bebiendo —respondió Sebastián—. Siete días o setenta si hace falta.

El conductor miraba a la carretera distraídamente o de reojo al paisaje. Llevaba el cigarrillo pendiente de los labios. Hablaba por la comisura derecha, perezosamente.

—Todo se paga. Yo, cuando tenía vuestra edad, también bebía lo mío; ya no. No lleva a nada. Entonces me estaba bebiendo hasta caerme de culo. Al casarme corté por lo sano; dije: esto se ha acabado, y se acabó. Ahora algún chato cae, pero fuera de las horas de trabajo, si me encuentro con algún amiguete, porque hay que alternar.

Larios cabeceaba de sueño, con los ojos cerrados. Alcanzaron a una pareja de la Guardia Civil, que caminaba por los bordes de la carretera.

—Ésos van para la feria —afirmó el conductor—. Son los del puesto del pueblo que hemos pasado. El cabo ese tiene el amargo en el cuerpo. A los conductores siempre nos anda buscando las vueltas.

Sebastián empujaba a Larios.

—Anda, Jacinto, que no se diga.

Larios entreabría los ojos turbios y se disculpaba.

—Es que hemos cargao mucho vino, Sebas.

—Lo que pasa es que dejas la cabeza bailona y así te da el modorro. No es para tanto. No digas que es mucho, porque aún no hemos empezado de verdad.

Larios no tenía deseo de contestar. Sebastián le volvió a empujar.

—Despierta, hombre; despierta, que vamos llegando.

Larios apoyaba el brazo en la ventanilla y sacaba un poco la cabeza. Con voz pastosa se aconsejó:

—Con el airillo se me quitará el cerrojazo.

Se acercaban al pueblo. El camión moderó la marcha. Entraron por un camino desviado de la carretera. Pararon antes de llegar a la plaza. El conductor saludó a un campesino.

—¿Hay ganado en la plaza?

—No; se lo han llevado todo para la feria.

Dio las gracias. El camión continuó su marcha. Una vieja, desde el portal de su casa, con la mano frente a los ojos evitando el resol, sonrió al paso del camión. Por entre los dientes desvencijados se le escaparon las palabras.

—Está muy estrecho el paso, no podrá pasar.

El conductor sonrió.

—Ya me conozco yo esto. Bien me lo conozco.

El camión maniobraba para situarse junto a una taberna. De una barbería salía un campesino pasándose las manos por las mejillas, brillantes del reciente afeitado. Una mujer vertía el agua sucia de un cubo en la sombra fría que daba la torre de la iglesia. Los niños jugaban al sol. Paró el camión. Bajó primero el conductor. Larios tardó en abrir la portezuela. Por fin, balanceante, se plantó en el suelo, bajo los soportales. Sebastián se dirigió al conductor insistiendo:

—¿Una copa?

—Otro día será.

—Como usted quiera, y gracias por traernos.

—No hay de qué darlas.

El conductor hablaba ya con el tabernero. Larios preguntó a Sebastián, soplando las palabras.

—¿Para dónde tiramos?

—¿Para dónde va a ser? Para el teso de la feria.

El solano traía un olor agrio de bestias por el camino del teso. Las mulas se agrupaban en una móvil mancha morada en torno a la cual había como un blancor aporcelanado de camisas. Los cerdos ponían su color ocre tostado sobre el terrazo. El poco ganado lanar espumeaba suciamente en lo pardo, al extremo del ferial.

Sebastián y Larios caminaban con lentitud. Entornaba los párpados Sebastián y miraba al suelo Larios. Éste tropezaba en las piedras, se tambaleaba fallando el pie en los relejes profundos del camino. Sebastián se agachó a recoger una herradura. Dijo, después de contarle los agujeros a los clavos:

—No es de suerte.

Y la tiró al sobaquillo hacia el burujón de un zarzal, blanqueado de polvo.

Se cruzaron con alguien que regresaba del teso. Lo miraron al soslayo.

—Buenos días —dijeron.

—Buenos nos los dé Dios.

La cortesía del campesino alegraba.

En el teso se conversaban los tratos. Había tres tenderetes de bebidas, donde remansaban el regateo, con las copas en las manos, los tratantes. Sebastián y Larios se pararon frente a un tratante viejo, calzado de botitos de tacón alto para dar nervio a la bestia, al venderla, mientras cogida del ramal le apretaba el bocado. Estaba vendiendo. Sebastián escuchaba.

—... mire qué animal. Su, su, ja, ja, mula —chascaba la lengua, taconeaba con el pie derecho y la mula se estiraba—. Ja, ja...

Luego le acariciaba, le palmeaba el cuello.

—... está bien, bonita, to, to —añadía—. La otra, igual; si usted quiere las

probamos.

Sebastián y Larios se acercaron a uno de los tenderetes de bebidas. Sobre los caballetes, una tabla oficiaba de mostrador. Encima de la tabla, un trozo de hule, cuadriculado en azul y blanco, en el que escurrían vasos y copas, daba un aire familiar y limpio a la cantina.

—Dos de aguardiente.

El cantinero tenía ganas de conversación.

—¿Qué, a ver lo que se hace?

—No, turismo —respondió Sebastián.

El cantinero sirvió el aguardiente en silencio. Luego dio consejos a un campesino que empinaba el codo, bebiendo a porrón, largamente.

—No debes comprar. Ahora no necesitas animales, hombre. Para agosto vuelven a bajar.

Terminó los traguillos el aconsejado.

—Lo que yo necesitaba es un tractor, eso es lo que necesitaba. Me iba a ir bien a mí con un tractor. ¡Hósperas! Me arreglaba..., pero se necesita panoja para eso y mano en Madrid. Con un tractor, entre mis hijos y yo despachábamos la labor solitos.

El campesino ofreció de su petaca al cantinero.

—No gasto.

Pagó Sebastián. Dejaron el tenderete. El cantinero comentó:

—Estos dos calés van soplaos.

El campesino los miró y movió la cabeza. Volvió a lo suyo.

—Con un tractor, zas, zas, zas, liquidas todo rápido. Luego lo pones al alquiler y le vas sacando lo que te costó. Si pudiera, ni dudarlo.

—Tú tienes cuartos, hombre.

—Sí, sí, miseria es lo que tengo, nada más que miseria y compañía. ¡Iba a estar yo en la tierra renco de trabajar si tuviera dinero!

Sebastián y Larios se pararon a hablar con un conocido de Talavera.

—¿Qué hacéis por aquí?

—¿Que qué hacemos? —respondió Sebastián—. Lo que tú, dar una vuelta y esperar a la tarde. ¿Has visto ya el ganado de la corrida?

—Todavía no lo han traído. Viene luego, para el mediodía. Dicen que son grandes, que no van a poder con ellos.

—Antonio puede con todo. ¿Le viste en Maqueda? Mira si eran grandes, como para picadores y en corrida de cascabeles.

—Ya me dijeron.

Larios se tambaleaba.

—¿Qué le pasa a éste? —preguntó el conocido.

—El vino —contestó Sebastián, y sacudió fuertemente a su compañero—. Vamos,

Jacinto, un hombre por cuatro copas no coge esa soñarrera, un hombre...

Larios levantó la cabeza, su mirada emergió desde los pozos del vino, estiró el cuerpo. Habló con la lengua torpe.

—¿Qué dices? ¿Me vas a tumbar tú? Ahora mismo nos bebemos un garrafón para que veas que a mí lo que me sobra...

Sebastián concilió el arranque y la sed.

—Ahora nos bebemos unas copas, Jacinto, y como nuevos, recién nacidos...

El conocido se despidió apresuradamente.

—Anda, vente a tomar una copeja —invitó Sebastián.

—No, hoy no ando bien. Que os divirtáis.

Larios comenzó a canturrear. Empujó a un campesino.

—Se tiene cuidado, hombre.

—Se tiene...

Sebastián tenía una chulería más templada.

—¿Decía usted?

—Que no hay que empujar, que hay sitio para todos.

—¡Ah, bueno, es que creía haberle entendido otra cosa!

El campesino no tenía ganas de bronca.

—Sigán ustedes su camino, que yo no me meto con nadie.

Se acercaron dos mozos.

—¿Le ha pasado algo? —inquirió uno de ellos—. ¿Le han dicho algo?

—No, nada.

Sebastián y Larios canturreaban y gritaban escandalosamente. El campesino profetizó:

—Éstos van a tener un mal encuentro con la pareja en cuanto aparezca por aquí; llevan mucho vino.

El tenderete del Maño estaba colocado cerca de la trata de mulas. El Maño sabía su negocio de cantinero feriante y no se descuidaba. Junto a las mulas estaba la buena venta. Los muleteros se cuidaban. Tomaban bocadillos de pan y sardinas en aceite, o jamón, o queso. El pan lo partía el Maño en grandes rebanadas, finas o gruesas según de qué fuera el bocadillo. Si de sardinas, gruesas para que empapasen bien el aceite; si de jamón o queso, delgadas para que el cliente no se quejase del poco gusto que le sacaba al jamón o al queso, perdidos entre tanta miga.

El Maño conocía a Sebastián. Al llegarse, les preguntó:

—¿Qué, de juerga y luego a los toros?

Sebastián explicó:

—A ver al Antonio, que hoy tiene que armarla.

—Pues no carguéis mucho vino, porque si no, no le veis. Os va a pillar la corrida echados a una sombra. Yo, desde luego, esta tarde estoy pegado al bardal. No me

pierdo los toros por nada. Creo que son hermosos de verdad. Bueno, ¿y qué os pongo? ¿Una miaja de queso y pan, para que vayáis empapando el vino? Todavía es pronto y hay que andarse con tiento.

—Dos copas de aguardiente.

—¿Todavía aguardiente?

—¿No dices tú que es pronto? Pues pronto es hora de aguardiente.

—Bueno, bueno, lo que digáis.

Larios llevaba mal vino. Dijo:

—A ti, Maño, te han debido de echar de algún seminario, ¿verdad?

El Maño se rió.

—A mí no me han echado más que de la barriga de mi madre, que no quise salir de lo bien que se estaba.

Insistió Larios:

—Pues lo que parece es que has salido de alguna fábrica de curas —se dirigió a Sebastián—: Te puchaba el chalao con el sermón.

El Maño cambió el gesto.

—Sin ofender, que nadie os ha faltado.

Sebastián bebió de golpe su copa. Después escupió:

—Esto es un matarratas asqueroso.

—Eso que estás bebiendo —dijo el Maño— es el mejor aguardiente que se vende en Toledo. ¿Dónde has bebido tú un aguardiente como ése, muchacho? ¿A que no te dan en Talavera por cinco perronas un aguardiente tan fino y con tantos grados como éste? Lo que pasa es que no sabéis. En cuanto os tomáis unas copas, le perdéis el paladar y ya os da igual. Protestáis por protestar.

Sebastián guardó silencio. Al cabo dijo:

—Ponnos otras.

Sirvió el Maño las copas. Sebastián volvió a beber de golpe. Larios le imitó. La mirada de Larios descendía lentamente hacia las honduras de la absoluta embriaguez.

—Ponnos otras —repitió Sebastián.

—¡Que la vais a coger!

—Pues la cogemos. Ponnos otras.

El Maño volvió a llenar las copas. Advirtió:

—Cuidado que esto pega mucho.

—¡Me vas a decir tú!

Bebieron. Se acercó un feriante.

—Dame una gaseosa, Maño.

Sebastián se encaró con el que había pedido la gaseosa.

—¿Y por qué en vez de beber gaseosa no traga usted saliva?

El campesino tuvo un arranque.

—Y a ti ¿qué te importa, sinvergüenza?

Larios le empujó. Un gitano tratante se fue hacia Sebastián y le advirtió:

—Tened cuidado, que el cabo está dando vueltas por aquí; no seáis gilís.

Sebastián respondió:

—¿Y qué que esté el cabo? ¿Es que nos va a comer?

Bebemos porque nos da la gana y a mí no me quita de beber ningún hijo de madre.

Hizo una pausa.

—Ponnos otras, Maño.

—Pero ¿todavía queréis otras? Anda ya, muchachos, que os vais a poner buenos. Esta tarde os la pasáis durmiendo la tajada.

El Maño se agachó tras el tenderete a enjuagar unos vasos. El Maño tenía la cabeza grande, el cuello musculoso, arrugado y ennegrecido como la corteza de un árbol viejo. Entre el cinturón ancho de becerra y la trabilla del chaleco le sobresalía un rebujo de camisa. Larios cogió su copa; la dejó.

—Ya no bebo más, Sebas; estoy girao.

Sebastián sonrió, tomó la copa de su compañero y la vertió sobre el cuello del Maño. El Maño se incorporó asombrado. Se pasó las manos por el cuello. No lo creía. Sebastián dijo:

—Ponnos otras.

Larios se había inclinado sobre la mesa. Las manos del Maño hicieron presa en él. Las manos del Maño eran como una tuerca en torno del cuello del gitano. Sebastián había partido la copa contra la mesa. Le clavó con ella en la cara. El Maño se quiso defender, interponiendo el cuerpo de Larios. El tenderete se vino al suelo. En el barullo de gritos y palabrotas, flotaba la voz del Maño:

—Lame, hijo de p..., lame, que te voy a matar...

Sebastián salió corriendo, abriéndose paso en el grupo que se había formado. Le cogieron de la chaqueta, pero se desasió.

Cuando llegaron los guardias, Larios estaba medio ahogado y el Maño sangraba mucho por la cortada de la cara. Uno de los campesinos del grupo le explicó al cabo lo que había ocurrido.

—Primero se metieron conmigo porque había pedido una gaseosa, luego le vertieron una copa al Maño en el cuello; el que se ha escapado le clavó en la cara...

El compañero del cabo había logrado, ayudado por la gente, que el Maño soltase a Larios. Recomendó el cabo:

—Maño, cálmate, que se les dará lo suyo.

—Tenga usted cuidado, que el otro va armado, le he visto yo el hierro en la cintura.

Larios estaba sentado en el suelo, blanco de miedo, sin moverse. El Maño le dio

un patadón.

—¡Arriba, que te voy a majar, cobarde!

El cabo dio órdenes a los del grupo:

—Me lo guardan, bien guardado, hasta que venga la otra pareja. No me lo toquen; que nadie se me tome la justicia por su cuenta. Esto es cosa nuestra. Se va a acordar para toda la vida.

Se dirigió a Larios:

—Y tú, mamarracho, te estás quieto, porque si no te fusilo, ¿me entiendes? Te pongo la barriga como un cedazo, te hago tantos agujeros que no sirvas ni para posada de gusanos. ¿Eh?

Larios contestó como un susurro:

—Sí, señor cabo.

El cabo insistió:

—¿Eh? Desgraciado, ¿es que no sabes contestar cuando se te pregunta?

Larios hizo un esfuerzo.

—Sí, señor cabo.

Luego el cabo se preocupó de la herida del Maño, que se estaba secando la sangre con una servilleta. Con el pulgar y el índice de la mano derecha separó un poco el breve garabato.

—Quieto, Maño. Esto no es nada.

—Más pudiera haber sido, estos hijos de...

—Que te vea el médico en el pueblo. Te necesito para la declaración.

Se volvió hacia Larios.

—¿Para dónde se ha ido tu compañero, di?

—No lo sé, señor cabo.

—¡Que no lo sabes! No me hagas perder la paciencia, o te arreo aquí mismo una que te haga saberlo enseguida.

—Que no lo sé, señor cabo; el señor Maño me tenía cogido y no le he visto. Yo no hice nada, yo no quería beber más.

Larios sollozaba.

—¿Lleva arma —preguntó el cabo— tu compañero?

—No lo sé.

Intervino el Maño:

—Yo se la he visto. Tenga cuidado, porque lleva arma.

El cabo preguntó a todos:

—¿Lo ha visto alguien correr hacia algún sitio determinado?

El campesino que había dado la primera explicación dijo:

—Me parece que tiró para arriba, hacia el sendero del Vía Crucis.

—Muy bien.

Hizo una pausa.

—En seguida estará aquí la otra pareja.

Insistió:

—Me lo guardan ustedes, pero no le toquen un pelo si no quieren verse también en el ajo.

Luego ordenó a su compañero:

—Vamos ya.

Los guardias caminaron hacia el pueblo. El Maño estaba ya calmado y daba explicaciones a los circunstantes.

—Me agaché a refrescar unos vasos; el muy chulo me tiró la copa por el cuello. ¿Que si los conozco? Pues no hace tiempo... Claro. Son de Talavera. Éste es un pardillo, pero el otro tiene más conchas que un galápago; el otro va a acabar muy mal.

Alguien le preguntaba por la herida.

—No, no es nada, lo que pasa es que en la cara, ya se sabe, son muy aparatosas. Ahora, que el tío me tiró con toda su alma a quitarme de en medio. Ya lo cogeré yo por mi cuenta y ese día lo juro que se le acaba la chulería.

Larios estaba vomitando, despatarrado, cogido de los brazos en cruz por dos hombres. Uno de ellos, brutalmente, le preguntó:

—¿Has terminado ya?

Larios alzó la cabeza y le miró tristemente. Le sobrevino una arcada. El Maño, apretando la servilleta sobre la herida, ordenaba con la mano libre la mesa. Decía:

—Os ponéis a beber sin saber cuándo hay que parar y... Las cosas. Por más que ya os lo advertí. Ahora, que tu amigo las paga, ¡vaya que si las paga!

El grupo se iba deshaciendo. Los tratos de los muleteros continuaban. Se acercaba alguno no enterado.

—¿Qué ha pasado?

El Maño quitaba importancia a la cosa antes de servir lo que le pedían, después contaba por menudo.

—Chulerías de gitanos que no saben con quién se gastan los cuartos. Me ha clavado una copa —levantaba la servilleta—, pero se la ha buscado buena. Estamos esperando a los guardias para que se hagan cargo de éste. Tras el otro han salido el cabo y el acompañante.

Larios tenía los bajos del pantalón salpicados de la vomitona. Pidió un vaso de agua.

—Señor Maño, ¿me da usted un vaso de agua, por favor?

—Ahora mucho señor y mucho cuento. No hay agua.

A Larios le caía una baba amarillenta por la comisura de los labios. Se empezó a quejar.

—Señor Maño, ya ha visto usted que yo no he hecho nada, ya ha visto usted que yo no quería beber más. ¡Ay, madre! Usted lo ha visto, señor Maño.

Larios iba creciendo en su desvalimiento, iba ridiculizándose.

El Maño definió:

—Los gallos se acaban pronto; los gallos se acaban con tomate.

Alguien avisó:

—Ya viene la otra pareja.

Sebastián corrió hacia el sendero del Vía Crucis buscando el campo del otro lado del pueblo. No estaba asustado. Corría con el deseo de encontrar un lugar resguardado, un refugio, donde reposar unos momentos para ordenar en el pensamiento lo que le estaba sucediendo. No, no tenía miedo. Solamente quería poner orden en su cabeza. Encontrar justificaciones a lo que había hecho, explicarse los sucesos y alzar una moral. Deseaba dejar atrás el pueblo y luego saber lo que tenía que hacer. Se sofocaba: el calor, la embriaguez, la pelea. Pensó que las piernas le respondían. Iba alegrándose de no tropezar. Miraba unas veces al suelo y otras al paisaje. Saltaba elásticamente las grandes piedras del centro del sendero, pulimentadas a veces con la huella blanca del tropiezo del casco de una caballería, con el roce del aro metálico de la rueda de un carro. Las piedras eran ya grandes huellas de un animal gigante y antiguo en huida.

Le apretaba el pecho. Lo sentía como si se lo hubiesen achicado, como si le hubiesen cosido tetilla con tetilla y necesitase reventar el cosido haciendo un esfuerzo, para que aquel dobladillo de carne se le hinchase con el corazón, que ya no le cabía. Pasó un momento. Volvió la vista atrás, receloso. Escupió una saliva blanca y aceitosa. Le costó escupir. Le dolía la garganta. Al parar, le temblaron las piernas. Subió a un ribazo y oteó hacia el pueblo. Nadie había salido tras él.

La carrera era ya gimnástica. Lejano veía, con los ojos turbios, la mancha de un olivar. Quería alcanzar el olivar. Allí esperaría. Allí descansaría. Allí era donde iba a pensar. Necesitaba un lugar para pensar, para recapitular. Al día siguiente de una borrachera siempre encontraba, en el ácido poso del vago recuerdo, la inquietud. Entonces buscaba en los alrededores de Talavera un sitio, donde se sentaba, donde hilaba los chispazos conscientes de la embriaguez anterior. Creaba hasta frases, que luego nunca llegaba a decir, para Lupe, para los amigos, para los taberneros. Eran frases con cierto perfil humilde y cortés. «Te ruego, os ruego, le ruego que disculpe, que disculpéis, que disculpe; el vino es mal acompañante.» «Te pido, os pido, le pido, que olvides, que olvidéis, que olvide; el vino es el peor consejero del hombre».

No era hora de viento. El solano, a medida que el día iba creciendo, ensanchándose de calor, disminuía, hasta hacerse solamente como una alentada del fondo de los campos. Al atardecer crecía de nuevo y perdía el polvillo por los zarzales, hacía que se pegasen las moscas ojeras a los párpados y las culeras a los

años de las mulas; levantaba la hierba espigonesa, seca y quebradiza, dándole gallardía abrileña; a los lagartos y a las culebras les hacía sacar las lengüecillas como sedientos, mientras los alacranes corrían más rápidos de piedra a piedra, con las colas enhiestas, y las arañas tejían refuerzos en sus telas, pesadas de polvo. No era hora de viento.

En el silencio sonaban sus pasos con un sonido gigante de gotazas de lluvia. La carrera le dio ganas de orinar. Orinó sobre el polvo. La orina daba un sonido oscuro y blando, como el de sus pasos, como el de las gotas primeras de las tormentas. Siguió corriendo.

Antes de llegar al olivar, se mareó. Tuvo que sentarse y dejó, entreabriendo la boca, que se deslizase un agua de saliva salada. El estómago le ardía. Se arrepentía de haber bebido tanto aguardiente. Agachó la cabeza hasta juntarla con las rodillas. No hubiera debido beber tanto aguardiente; tampoco haber pasado la noche en vela, tampoco... De lo único que no se arrepentía era de la bronca con el Maño. Lo tenía bien merecido por... No sabía por qué. Se estaba bien con la cabeza en las rodillas. Veía deslizarse la saliva al suelo en un hilo que ahora se hacía más grueso. Casi estaba distraído y ausente. Alzó la cabeza con esfuerzo y miró hacia el pueblo. Creyó ver pegados a las últimas casas dos puntos que avanzaban. De pronto sintió miedo. Los guardias salían a buscarlo. Necesitaba correr, llegar al olivar, pasar el olivar, perderse por el campo hacia la sierra. Se levantó. Le dolían las piernas, le dolía la cintura. Corrió torpemente, tropezando en las piedras del camino, metiendo el pie en los relejes, balanceándose.

Quiso atajar y se metió por un campo segado. Las cañas del trigo le herían los tobillos. Le ganaba la náusea. Mientras corría, espurreó la saliva que le llenaba la boca. Le sobrevino una arcada, pero no paró. Vomitaba y seguía corriendo. El olivar lejano le daba vueltas. Se le hacía inaccesible. No podría llegar. Se detuvo un momento cegado, para orientarse. El olivar estaba enfrente, plateando a la luz solar, casi como un lagunajo. Creía que estaba corriendo paralelo a él. Volvió a correr. Los tobillos los llevaba en carne viva, pero no los sentía. Salió de nuevo al sendero.

Se tiró en el suelo jadeando boca abajo. Delante de sus ojos pasó una araña cáncana. Vio su cuerpo grueso, sus patas cortas. Una nube de sueño le hizo imaginarse como una araña enorme a punto de ser aplastada por un boto, así como estaba despatarrado, braciabierto, boca abajo en el suelo. Ser una araña pequeña para encontrar refugio, para no tener que correr hasta el olivar. Ser... Pero ya estaba de rodillas, aún con las manos en el suelo. Ya se incorporaba. Ya era de nuevo él, en pie, con miedo y sin aquella fantasía de sueño. Pisó la araña y apartó el pie; no quedaba más que un ensombrecimiento de humedad en la tierra.

El sendero fileteaba un collado, que bruscamente ascendía, para bajar después a la linde de un viñedo pobre, casi labruscario, del que levantó el vuelo una urraca. Por

la linde corrió Sebastián, hasta que el viñedo quedó atrás y hubo otra vez campo segado y barbecheras hasta el olivar que se le hacía como una mancha de azogue huidiza, engañosa, inalcanzable. Se detuvo. Volvió la mirada para calcular la carrera. El colladejo le cubría la base de partida. Pensó que las carreras eran cada vez más cortas, que apenas tenía fuerzas para correr más de seiscientos pasos sin pararse a tomar aliento.

Ya no corría seguido. Caminaba unas veces lentamente, otras deprisa. De vez en cuando hacía una carrera de diez metros. Pero el olivar estaba ya cercano. La idea de que el olivar era el refugio le sostenía. Sólo importaba llegar hasta el olivar. Ya en él la inteligencia se libraría del aplastante y confuso peso de los sucesos, el cuerpo podría descansar en un desmadejamiento total. No movería ningún músculo, no pediría urgentemente a ningún miembro que le sirviese. Estaba seguro de que se desintegraría el cuerpo por un lado y la inteligencia por otro. El cuerpo roto y feliz sobre el suelo mientras la inteligencia buscaba la solución.

Los primeros olivos garreaban la tierra y sus troncos eran como patas descarnadas, tendinosas, de aves de presa. Sebastián corrió entre ellos hasta el cauce seco de una torrentera, que a trozos se atrincheraba y tenía una vegetación de adelfos verdeando sobre la tierra blanca. Tras un adelfo se tendió. Le incomodaba el arma y la sacó de entre el pantalón y la camisa, dejándola junto a él.

Si los guardias llegaban al olivar, pensó que no tendría más remedio que entregarse. Aunque lograra escapar lo cogerían. Los guardias no cejaban en las persecuciones. Lo mejor con ellos era entregarse cuanto antes, no enfadarlos, ser humilde. Lo había oído a un sargento de Talavera: «El que llega con humildad, lleva ventaja, es un buen pasaporte. Ahora, el que se pone chulo, con ése hay que ponerse el pantalón a cuadros». Con los guardias nadie se ponía chulo de verdad, pero los guardias llamaban ponerse chulo a no tratarlos reverentemente, como si fueran poco menos que emisarios divinos. Pensó frases: «Señor cabo, no tengo disculpa, se me fue la mano porque creí que iba a matar a mi compañero. Como había bebido, me temblaba la mano y se me derramó la copa, pero yo solamente quería gastarle una broma». No, aquello no tenía pies ni cabeza. Era absurdo. Su mirada tropezó con la pistola.

Tropezó con la pistola su mirada y el miedo le invadió. Si le cogían con el arma, empeoraría su situación. Decidió que lo mejor era enterrar la pistola, aquella pistola que había llegado por una casualidad a sus manos. Fue en la taberna de Infantes el Ciego, donde el vino se sirve en tazas vertiéndolo de una cafetera, porque Infantes es gallego y aprendió el oficio de tabernero en Vitoria. Allí fue. Estaba hablando con Manolo el barbero, se acercó un amigo de Madrid, que andaba al trato de telas. ¡Qué mala ocurrencia! El madrileño quería vender la pistola, la daba barata. Manolo dijo: «¿Y para qué quiero yo una pistola si no me voy a tirar a la calle, si lo que yo tengo

que hacer lo puedo hacer con las herramientas del oficio?». Lo recordaba bien. Él había dicho después que Manolo terminó: «Enséñela, compañero». Y el madrileño le había enseñado la pistola. Entonces Manolo le aconsejó: «¿Para qué vas a querer tú una pistola si no es para disgustos? Anda, deja eso ya». Solamente la compró porque Manolo había intervenido. Regateó con el de Madrid. Acabó dándole veinticinco duros. «Te doy veinticinco duros —dijo— y te quito un peso de encima. Es un buen negocio el que haces». Luego se la echó al bolsillo.

A Lupe le daba miedo el arma. Le insistía: «Déjala en casa, ¿para qué necesitas tú ese chisme?». Él hombreaba: «Para lo que necesito otras cosas: por si un día me da el airón y me meto por los huertos a ganarme la vida en lo fácil». La verdad era que le gustaba asustar a Lupe y que a veces, cuando estaban solos, la sacaba para pasarle el pañuelo, como había visto en el cine, y la dejaba de centinela en la mesilla de noche. Además, daba seguridad andar con ella por la calle. Únicamente le tenía miedo cuando había bebido. Si un día llegaba la bronca y en la bronca el repente igual le daba por tirar de ella y se buscaba una ruina para toda la vida.

Apartó la pistola. Tenía la boca seca. Arrancó una hoja del adelfo y la masticó. Luego escupió saliva verde. Los guardias podían no haberle visto y continuar tras él, campo adelante. Entonces tendría que bajar a la carretera, lejos del pueblo, parar un camión e irse hacia Talavera. Allí tendría ocasión de solucionar el asunto más fácilmente. Podía llegarse donde el sargento y hablarle confidencial y humildemente: «Usted sabe, don Felicísimo, que yo no me meto nunca con nadie, que yo aquí soy formal, que no ando en malos pasos, pero he tenido un tropiezo, ¿sabe usted?, un mal tropiezo, y he venido a presentarme. En una bronca con el Maño, que usted lo conoce bien, le he pegado con un vaso en la cara porque tenía a mi amigo Larios cogido de la garganta y yo pensé que si seguía apretando le iba a dar mulé». El sargento pondría la cara seria y empezaría así: «Tú, sinvergüenza, vas por lo malo. Hay que hacer una declaración en orden. ¿Por qué no te has presentado a la pareja que estuviese de servicio? Tú, sinvergüenza, estás hecho un chulo y a mí los chulos cuando me cansan, cuando se me hacen antipáticos...». Estiró la pierna derecha, luego de haber hecho un ligero surco en la tierra con el pie. Estaba cómodo, sentía el cuerpo a gusto. Cogió la pistola y maniobró con ella distraídamente. Pensaba en dejarla junto a las raíces del adelfo o escondida en el tronco de un olivo.

Los tobillos le escocían. Tenía los calcetines rotos. Calcetines de seda artificial con listas de colores. Los zapatos despellejados. Zapatos de horma española, empuntados, rojizos. Le pinchaba una espina de cardillo. Pasó la mano apretada por una hierba calvaza y se quedó con las simientes, que fue dejando caer lentamente. El olivar estaba en silencio. Lejano se oía un chotacabras. En Talavera los amigos estarían esperando las doce para irse a tomar un vaso antes de comer. En el pueblo, Larios... ¿Qué habría sido de Larios? Si las cosas habían ido bien, seguro que estaba

durmiendo la borrachera tumbado bajo un árbol. A la tarde toreaba Antonio. Pero ¿qué le importaba a él que torease Antonio? Antonio todavía no se habría levantado. Llegaría a la corrida en un taxi. Tal vez en el de Pacorrito, que como le gustaban los toros le haría una rebaja. Antonio saldría de Talavera vestido de torero. Antonio no tenía miedo, por ahora. Ya se vería cuando los toros serios lo empitonasen de verdad una o dos veces. Entonces se le acabaría la cuerda como a tantos otros. Luego quedaban, para ir tirando, las furcias y dirigir alguna capea o salir de peón con algún otro joven que quisiera ir para figura. Podría ir viviendo.

Sebastián pensó en su familia. En casa no estaba más que Anuncia. Anuncia, la hermana, con sus tres chavales. Anuncia que se había vuelto como de piedra después del tercer hijo, que trabajaba en lo que podía, que comía mal, con la que apenas hablaba cuando la veía, que era muy de tarde en tarde. Madre se ha ido para Alcalá donde los tíos, que tienen dinero; se largó con los hermanos pequeños: Juan y Micaela. Micaela va a cumplir doce años en septiembre, pero ya apunta una mujer.

Siguió revistando la familia. En Alcalá están los hermanos de madre, viven bien. Los que viven bien no se preocupan de los demás, no tienen por qué preocuparse de los demás. Nunca me han caído los de Alcalá. Se golpeó con la palma abierta la pierna izquierda descubierta, con la pernera del pantalón alta, donde un insecto le cosquilleaba enredado en las vellosidades.

De pronto se sintió inseguro y se levantó. Caminó unos pasos y se sentó tras otro adelfo. Le pareció más tupido. Recordó que de niño le gustaba hacer cuevas en los setos, en los matorrales. Desde una de las cuevas que había hecho vio una pareja... Era la primera vez. Se sonrió.

Le dolía la cabeza. Le parecía que el cráneo era de una materia blanda, inconsistente, mientras que la frente se le hacía de plomo. Podía marcarla apretando fuerte con las uñas. Podía moldearla clavando los dedos de las manos en el centro y tirando de las sienes con las palmas. Si hubiese tenido cerca agua, hubiera mojado el pañuelo...

Oyó ruido. Un ruido metálico que le hizo volverse y pegar el cuerpo a la tierra atisbando por entre las hojas. Inconscientemente atrajo hacia sí la pistola. Se levantó y corrió por el cauce. Se ocultó. Miró temeroso.

—Date, sal pronto, que, si no, va a ser peor.

Oyó correr y él también corrió. Le perseguía la voz.

—Date, date.

Sebastián pegó la boca a la tierra conteniendo la respiración.

—Date, date.

Alzó los ojos y vio a un guardia, todavía lejos, que se acercaba. Llevaba el fusil cogido con las dos manos apuntando a la tierra. Tuvo miedo, un miedo aniquilador. Apuntaba al guardia con la pistola y sentía miedo. Si hubiese tenido tiempo, acaso

hubiera tirado la pistola, pero ya era tarde. Apuntaba al guardia con la pistola y le seguía en todos sus movimientos de cazador.

—Date, hombre, date.

Apretó el dedo maquinalmente. Tiró. Vio tambalearse al guardia y oyó el disparo de su fusil. Echó a correr.

Cruzó el olivar y entró en una tierra roja y polvorienta, luego en un retamar. Sintió disparos y apresuró la carrera. Había visto caer al guardia. Las retamas le golpeaban en las manos, en las piernas, como queriendo prenderlo. Había visto cómo el guardia disparaba contra el suelo. Le dolía el bajo vientre como si fuera a reventar. A un caballo se le derritieron los untos del cuerpo después de haber corrido mucho. El guardia podía estar muerto y si estaba muerto... Cuando a uno lo fusilan se mea antes de morir. Ahora iba a tener tras él a todos los civiles de España. Tendría que correr por toda España, perseguido, hasta que se cayera desmayado y lo cogerían echando el madejón de los intestinos por la boca.

La sierra brillaba, no sabía si cercana o lejana. En la sierra es difícil coger a un hombre. Rodó por el suelo. Le dolía desesperadamente el pie derecho. Miró atrás. El olivar, la tierra roja, el retamar habían desaparecido. Comenzaba la tierra montana ondulándose hasta las estribaciones de la sierra. Sebastián corría paralelamente a ella.

En un charcón de abrevadero se mojó la cabeza e hizo unos buchets de agua. Guardó la pistola en un bolsillo de la chaqueta y continuó andando. Quiso orientarse. Caminando hacia la sierra podía salir sobre Pelahustán. Caminando hacia levante sobre la carretera de Cebreros en Escalona o en Almorox, donde tenía un tren para Madrid. Pero estaba lejos, tendría que andar mucho, tendrían que pasar algunas horas y para entonces ya estarían avisados los puestos de la Guardia Civil. Además, que no sabía para qué iba a hacer aquel último esfuerzo si acabarían cogiéndole.

Le habían disparado. Lo andaban buscando. Quince años atrás había visto disparar sobre hombres, huir a hombres, buscar a hombres. Los que disparaban reían al principio, luego se cansaban de reír. Disparaban tranquila y seriamente. Estaban las noches salpicadas del ruido de los disparos. Oía conversaciones en las mañanas: «Ayer se nos escapó un tordo, no sé cómo fue, pero se escapó. Ya darán cuenta de él». Y más tarde muchos soldados y más tiros. Todo se le aparecía confuso. A él le habían disparado y no tenía miedo de los disparos, ni de que se repitiesen. Tenía miedo de que lo cogieran y comenzasen a preguntarle: «¿Tú, por qué lo hiciste, tú, por qué no te entregaste? Te fusilaremos, pero primero irás a la cárcel». Temía el rito de la justicia. Si lo hubiesen tumbado en el campo, si le hubiesen dado en las piernas y el guardia se hubiese acercado apuntándole con el fusil, se hubiera quedado tranquilo. Tal vez podía haber dicho: «Tire ya, señor guardia». O le habría insultado: «Eres un tal...».

Por los destierros del pie de la sierra los animalillos del campo se movilizaban a

su paso. Apretaba el sol. Se desvió para alcanzar un chozo de bálago. Necesitaba reposar a la sombra. Se quitó la chaqueta y la dobló. Se tendió en el suelo apoyando la cabeza en la chaqueta. Veía el campo perdiéndose en la lontananza y manchas distantes que identificaba como pueblos. Tras el chozo, la sierra. La entrada se abría a los vientos cálidos del llano. Penetraba violento y agrio un rayo de sol.

Calculó la hora cuando se levantó. Las tres o las cuatro. Estaba sudando. La boca seca y hambre. Intentó hacer saliva y se apretó el cinturón. Con la chaqueta al brazo caminó.

El fondo del llano estaba anubarrado. Percibió el soplo del solano, el primer soplo de la tarde leve, enlabiado, cargado de los humildes aromas de la tierra. Le pareció que olía a las eras en la trilla; a las vacías iglesias de los pueblos, a las mesas donde anidaba la paz de los mesones de la vera de la carretera.

En un segado apretaba su modorra un rebaño de ovejas. Llamó:

—¡Eh, pastor!

Ladró un perro. Y se levantó algo como un trozo de tierra. No lo había visto. Estaba echado al borde de un ribazo, con un sombrero pardo tendido sobre la cara. Sebastián retardó el paso. Creía dar sensación de serenidad andando despacio.

—Buenas tardes.

—Buenas las tenga.

El pastor era un hombre de tierra, excepto en sus ojos verdes. Era una parte del segado ocre y rubio.

—Calor.

—Calor.

—¿Hay camino hacia Escalona?

—Lo hay, pero queda a trasmano de por donde va. Queda allá abajo. Puede salir a un surquillo si tira más para arriba; le dejará en la carretera y luego no tiene más que bajar.

El pastor se calló. Tuvo como un agobio por haber hablado demasiado.

—¿Cuánto se tardará en salir a la carretera?

—No sé, yo nunca he hecho ese camino por ahí.

—¿Tendría usted agua?

—Joy, agua. No, no tengo.

Sebastián se dio cuenta de que mentía.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes lleve.

Sebastián siguió su camino. Cuando volvió la vista atrás, no pudo distinguir, más que con un gran esfuerzo, al pastor tumbado en el ribazo.

Caminó hacia la sierra y entró de nuevo en el montano. Encontró el surquillo y lo fue siguiendo. Le ardían los tobillos. Tenía recalentadas las plantas de los pies. Cada

vez que se paraba le descansaban, pero al comenzar de nuevo a andar le hacían daño. El cansancio le apartaba del miedo. Lo que importaba era alcanzar la carretera.

Pensó en Lupe. Contaba los pasos y pensaba en Lupe. Dejó de contar los pasos y solamente pensó en Lupe. Se acabaría de levantar. Siempre se levantaba tarde y le tenían que dejar el primer plato calentándose en la cocina. Las compañeras se levantaban sobre las cuatro, pero Lupe se quedaba todavía hora u hora y media más en la cama. Lupe mandaría a una de las criadas a que le comprase fruta. Plátanos. Para estar fuerte hay que comer plátanos. Un plátano tiene tanto alimento como un huevo.

Arreglarse una mujer lleva dos horas. A veces había salido con ella a las ocho, de tapeo. Tapas y vino. A las diez y media se iban al cine. Esto en el invierno. En el verano, hasta las doce de la noche no la solía ver. Lupe tenía que trabajar. Él andaba en negocios. Con Manolo el barbero había tenido negocios a medias. Los negocios de estraperlo daban su dinero. Ellos habían sido intermediarios. Casi ningún riesgo, y un dinero ganado con facilidad.

El surquillo le llevó otra vez a las tierras de labor, últimas tierras de labor perdidas entre el yerbazo y las retamas del monte. Las nubes del fondo del llano habían crecido. Una tormenta en el campo abierto acabaría de molerlo. ¿Cómo estaría Antonio? ¿Y el guardia? No quería pensar en el guardia. El guardia era un mal sueño, una pesadilla del cansancio. Él no había hecho más que pegarle con una copa rota al Maño, él no tenía otra culpa. Cogió una pajilla y la mordisqueó.

El sol descendía al poniente. Se ablandaba la luz en la sierra y las vaguadas y los peñascos altos parecían crecer. El sol descendía y él tendría que alcanzar la carretera antes de que oscureciese. Caminar en la oscuridad sería como entregarse. Lo mismo podía dar en la carretera que volver hacia donde había partido.

El solano traía un dulce y pegajoso olor de tormenta. El solano aumenta el celo en las vacas toriondas. El solano quema la mies en los mediados de junio. El solano llega hasta las tormenteras de la sierra y allí anida haciendo nubes que luego ruedan hacia el llano, en contratormenta, con los vientres hinchados de granizo. El solano hace que peleen los machos cabríos y desgracia el ganado por las barrancadas. El solano, a los enfermos de pecho, les quita el apetito y les acaricia el sexo, los acerca a la muerte. El solano corta la leche de los ordeños, pudre los frutos, infecta las heridas, da tristura al pastor, malos pensamientos al cura. El solano es como huelgo de diablo fino.

El solano traía el dulce, pegajoso e inquietante olor de la tormenta.

Respiraba Sebastián profundamente. Trasudaba. El surquillo le perdió en un valle pequeño de tierra cultivada, que orilló. Llegó hasta el final y ascendió por la ladera hasta el montículo. Volaban torcaces hacia la sierra. Desde la altura, difusamente vio un pueblo y la raya metálica de la carretera que se perdía hacia el sur. En la hondura

griseaba el nublado como una enorme piel de topo. Corría al noroeste. El sol calentaba las espaldas de Sebastián y Sebastián, con los ojos fijos en los olivares, espejeantes, lantejados de brillos, caminaba deprisa.

Sentía en los pies las piedras del camino. Le parecía que los huesos se los raían cuando pasaba los pies sobre ellas. De pronto, en el vacío de su pensamiento, surgía el miedo de su misma acción. Se huía por miedo, y, sin embargo, se tenía miedo a la huida. La misma palabra le daba temor: huir. Huir era una palabra con ruido de pisadas, con ruido de corazón sobresaltado, con un piar de pájaro al que aguarda la muerte inmediata.

En la huida se tenía miedo a la soledad. En la huida se acababa por descansar, cuando se era apresado, de uno mismo, del cansancio que daba uno mismo. Llegaba un momento en que se deseaba ser cogido para terminar de una vez. La huida era llevar aquel azuzante sol en las espaldas corriendo hacia la oscuridad.

Pensaba en cosas en las que nunca había pensado. Coordinaba el miedo del presente con los miedos pasados o con los golpes de temor del pasado. Había tenido miedo en Madrid en el cuartel, cuando entró. Había tenido miedo anteriormente cuando la guerra, cuando niño. Pero aquellos miedos eran distintos. Con la costumbre desaparecía el miedo. La colectividad se distribuía el miedo, que era como una ración, y tocaban a menos. Pero ahora solamente era él, con su cansancio, con sus desfallecimientos, sin poder hacer partícipe a nadie de su miedo.

Tal vez Lupe, tal vez la madre. Y nadie más. Lupe y la madre estaban demasiado lejos, dentro de sus propios asuntos, sin saber que él había disparado en un olivar y un guardia se había derrumbado; sin saber que él corría por el campo buscando la carretera y la compañía de los hombres, unos pocos minutos. Unos pocos minutos de sosiego, de encontrarse de nuevo, si podía, con el Sebastián que había dejado de ser hacía unas horas. Pero tal vez Lupe, tal vez la madre...

Sebastián no vio el crepúsculo. La oscuridad le fue ganando desde levante. Avanzaba él y avanzaba la oscuridad. Antes de llegar a la carretera encontró una noria. Tenía sed. Apoyó las manos en el arco de yugo y recorrió el lendel. Subió al brocal y se refrescó la cara y la cabeza con el agua de los cangilones. Bebió. Después se peinó y se puso la chaqueta.

En los árboles de la carretera, dorados en las ramas altas del crepúsculo a punto de extinguirse, rebullía la pajarada. Pocos minutos más y el silencio del campo solamente sería cortado por el chirrido de los murciélagos y el cantar profundo, como subterráneo, de los sapos. Caminó un trecho por el asfalto caliente. Le dolían más los pies que andando por los senderos. Vio luces lejanas y creyó orientarse. Cruzó la carretera y se perdió en el oscuro de los campos de la vera.

El viento extendía un campaneo amortiguado, lento, de los lejuelos del llano. Sebastián caminaba dolido de hambre. Pan, queso y un trago de vino rascón fresco,

sentado a la mesa amarillenta de una taberna de pueblo. Y sin pensar en el guardia caído, volviendo tarde a Talavera en un camión o quedándose a dormir en las montoneras de las afueras del pueblo. Dormir sin miedo, despertando con la amanecida, con el calorcillo ascendente de los primeros rayos de sol. Dormir con el buen sueño del camino.

Había ido hacía unos años a las capeas y había comido pan y queso, y bebido vino áspero. Después marchaba con los compañeros a las eras y se dormían, tras haber hablado de mujeres, de toros, de broncas. Bien cercano estaba todo aquello. Y los tropiezos con la Guardia Civil. «Vosotros ¿qué hacéis ahí?». Y ellos, puestos de pie, explicando: «Señor cabo, hemos venido a la feria a torear, a sacar unos duros, a hacernos». «Está bien, no desmandarse, no hacer nada malo, que os la buscáis». Pero eran amenazas que no tenían sentido porque entonces no se pensaba en otra cosa que en la capea, en quedar mejor que ninguno y poder oír a los mozos: «Ése es de Talavera, lo llevo visto en dos capeas, se apura en valor». Primero hambre, luego capeas y hambre, después tabernas y negocios y mujeres. Todo iba pasando. Y el recuerdo de los años malos de soldado. Todo había pasado.

Encontró un camino y lo siguió. Estaba todo oscuro. Únicamente las estrellas, con sus luces verdiazuladas, y a la izquierda las luces anaranjadas del pueblo. El camino se volvía hacia las luces del pueblo. Tras sus pasos oyó ruido. Volvió la cabeza y vio una sombra apelotonada que se acercaba, destacando de la noche. Sebastián echó a correr camino adelante, luego entró por un olivar. En la noche el miedo le envolvía, le agrandaba los ojos avizores de animalillo perseguido, le empujaba como una mano que al mismo tiempo lo fuera a coger. Perdió la orientación. Iba sin dirección fija, azuzado por el miedo. Antes de salir del olivar tiró la pistola. Tirar el arma le tranquilizó un poco, pero el miedo volvía como una ola que lo invadía todo, después se retiraba unos instantes para volver de nuevo. Sebastián, por los caminos de la noche, iba apretando su miedo de huido con la mano derecha sobre el corazón.

Sebastián tropezó con una alambrada espinosa. La saltó. Sintió que pisaba arena. Sombras de encinas se unían ante él. Sebastián, desfalleciente, se apoyó en un tronco y luego se tendió junto a él.

Volvió a recapitular los sucesos. En cuanto amaneciese vería de alcanzar el ferrocarril hacia Madrid. En Madrid les sería difícil encontrarle; en Madrid tenía algunos amigos que podrían avisar a Lupe. Pensó en Lupe. Ella le había dicho: «Quédate, Sebastián, quédate por lo que más quieras». No había remedio. Lupe estaría pensando en él. Seguramente ya estaba enterada. Seguramente estaba llorando por él, o acaso no. Si en Talavera sabían lo sucedido, su hermana Anuncia habría hecho algún comentario: «Bueno, tenía que acabar así».

Sebastián estuvo mucho tiempo alertado a los ruidos del campo, se fue fijando en las estrellas lejanas, el sueño le fue ganando. Durmió pegado a la encina, buscando

refugio en la encina, mientras la orden de su detención saltaba de puesto a puesto de la Guardia Civil de la vera de la carretera general hasta la entrada de Extremadura.

Antes del amanecer, las gentes de la huebra salieron al campo por el camino que Sebastián había dejado.

## Martes, San Apolinar

Sobre el encinar, a los primeros, delicados y tibios rayos del sol, rondó el azor. Se disparaban en calambradas, breves, tímidas carreras, los conejos. Partían de sus agujeros, tras olfatear prolijamente el aire de la mañana, y de pronto buscaban cueva enloquecidos o se arreciaban de miedo al resguardo de un matojo hasta que encontraban fuerzas para huir. Los vuelos de los pájaros eran cortos y apresurados, y rápido, tembloroso, su piar. Únicamente la abubilla se paseaba tranquila moviendo la cabezuela galante y desflecada a un lado y a otro. Rondó el azor mientras Sebastián dormía.

Sebastián despertó con el campo en silencio, alto el sol y crudo el cielo. La primera, leve y alegre hora de la mañana había pasado. Se desató los zapatos, pero no quiso quitárselos a pesar de que tenía hinchados los pies. Sentía la boca muerta, cosida decían los amigos de la infancia cuando comían fruta agria, y un sabor de aceituna verde, mal curada, que le obligó a salivar. Las rodillas las notaba duras, doloridas, del relente de la amanecida, de la humedad nocturna penetrante y tenue. Se puso en pie. Su reloj de pulsera estaba parado. Las agujas marcaban las seis. Se le fue el pensamiento hacia el reloj de la casa de trato, siempre parado. La vida transcurría sin que el reloj marcara las horas, dormido espectador de aquella cachaza triste de las noches iguales en que vivían las mujeres. El reloj, lo había leído alguna vez en un periódico, no se sabe por qué, se para dando la hora del accidente, del ahogado, del muerto de la guerra. El reloj tiene como un alma paralela con su dueño, es como el corazón. No se le ocurría otra comparación. Sí, es como el corazón; como un aviso del corazón, a veces, o como la despedida final en que corazón y reloj se pusieran de acuerdo.

Desde la hora fantasmal e incumplida del reloj del prostíbulo hasta aquella hora de miedo y huida de su reloj, había pasado una vida, su vida, pero el tiempo no. Anchos y amargos día y noche. De las seis a las seis. La burla de las seis en el reloj de pared cuando era la madrugada de otra noche; la burla de las seis al despertar de la noche dormida al pie de una encina, vacío de sí mismo. «El tiempo no pasa, es un reloj parado», pensó, y miró hacia el campo.

En la ladera de un cerro estaba el pueblo, con su diminuta estación de ferrocarril. En la torre de la iglesia había un zigzag de grajos. Por las vertientes de la sierra el sol inmovilizaba masas de color, fortificaba relieves, hacía brotar de la lisura agrupaciones violentas de rocas y de tierra. Sebastián se alisó el pelo revuelto, enredado de yerbecillas y polvo, con un peine. Sebastián, con el medido paso del que se sobrepone al miedo, y el corazón latiendo apresuradamente, como en un penduleo doloroso, caminó hacia el pueblo.

El balasto de la vía bordeaba un senderillo de yerba fresca, con charcos de agua

de la manguera del depósito para las máquinas. Al lado del sendero un seto limitaba los terrenos de la estación, defendidos también por un cercado de alambre. Sebastián se sentó junto al seto. Aumentaron sus miedos. No se atrevía a entrar en la estación. Tenía que dar la vuelta al seto. Podía haber una pareja de guardias esperándole. Podía haber simplemente guardias, y lo detendrían. No tendría aspecto de viajero normal. Se pasó la mano por la barba. Debía de estar demacrado, con la barba muy crecida, sucio. Oía murmullo de conversaciones y claras, flotando sobre el ruido de la estación, las voces de unos mozos que descargaban un vagón y hablaban con el dueño de la mercancía.

—Un armario tan grande le habrá costado mucho, ¿eh, don Antonio?

—¿A qué llamas tú mucho, Bonifacio?

La voz de don Antonio tenía un timbre de superioridad.

—No sé, a unos cientos de pesetas, digo yo.

—Si tuvieras de sueldo al mes lo que me ha costado ese armario, no había vino para ti en todo el pueblo.

El mozo se rió. Su compañero dijo:

—Diga usted que sí, don Antonio, que éste con lo que vale esta pieza se moría de indigestión de vino en un año.

La voz del dueño sonó enérgica y preocupada:

—Ten cuidado, que si rompes la luna la hemos hecho.

—Descuide usted.

—Ten cuidado, hombre, que lo vas a rozar todo.

Sebastián se interesó momentáneamente por la operación de descarga. Volvió la cabeza con deseo de ver entre el seto. Una composición mixta de coches de viajeros y de carga le tapaba la estación. Se puso de pie, se arregló el cuello de la camisa, se sacudió los pantalones. Al otro lado del seto, del tren, en la estación, la vida era tranquila. Era como un frente, con un único enemigo: él. Su trinchera en el seto, aquella breve tierra de nadie de las vías, la estación con todos los que podían ser, en cualquier momento, enemigos. La conversación de los mozos y don Antonio se deslizaba por una anécdota.

—Allá en mi pueblo —dijo el compañero de Bonifacio—, la mujer de uno que tenía mucho dinero compró un armario grande, tan grande que no cabía por la puerta de la casa y lo tuvieron que resguardar en una portalina. Un día que el pastor traía las cabras del monte, un chivo entero que llevaba se paró cara al espejo de la luna, vio allí otro macho y la emprendió a turriazos con el armario hasta que lo hizo astillas.

Sebastián dio la vuelta al seto, pasó por delante de la pequeña locomotora; cruzando la vía, subió al andén. El jefe de la estación, quijarudo, estevado, larguimano, cuarentón, gorra roja, daba conversación pícara, entre risas, a dos mujeres jóvenes. En un banco, pobre de asiento y traza, una vieja le quitaba los

mocos a un niño pequeño, que pretendía escaparse de la limpieza de nariz, moviendo a un lado y a otro la cabeza y pataleando. Al término de la casa estación, un grupo de campesinos se encapullaban de humo, en la quietud de la espera, fumando sin hablar, mirando el armario sobre el andén y escuchando a don Antonio y los mozos de tren.

—Ya sabéis que hay una botella pagada para vosotros en casa de Moreno.

—Muchas gracias, don Antonio.

—Ahora me ponéis esto junto a la pared hasta que vengan los de casa para llevárselo.

—Sí, don Antonio.

Sebastián avanzó por el andén hasta que llegó a la altura de don Antonio.

—Ten cuidado, Bonifacio, no me lo vayas a poner al solazo y se le quiebre el espejo. No me vayas a jorobar el armario.

—No, don Antonio.

Sebastián dio la vuelta. Se acercó a la vieja y al niño.

—¿Cuándo sale el tren?

La vieja levantó la cabeza.

—No sé, yo estoy esperando a mi hijo. Me ha dicho que él vendría diez minutos antes. Me ha enviado para aquí...

La vieja tenía los ojillos azules, apacibles, humildes. El niño tiró de la chaqueta a Sebastián. La vieja dijo:

—Estate quieto, Segundo; estate quieto. No molestes al señor. Suelta, que te voy a dar unos azotes. ¡Vaya chico este! Estate quieto, Segundo.

El chiquillo era bisojo y feo. Sebastián dio las gracias a la vieja y soltó la mano del niño, suavemente, de su chaqueta. Fue donde el jefe de la estación.

—... y el baile te gusta separado? Pues te gustan unas cosas raras...

—Buenos días. Perdona —dijo Sebastián—. ¿Me quiere usted decir la hora de salida del tren?

El jefe habló distante y malhumorado por la interrupción.

—Dentro de unos quince minutos.

—¿Estará abierta la taquilla?

—Todavía no. Se abre diez minutos antes.

—Muchas gracias.

—... de modo, María, que eres muy especial...

Todavía oyó Sebastián la voz de la mujer.

—Es que usted tiene muy mala intención y ya sé por dónde va...

Sebastián no se atrevió a salir de la estación. Se asomó a uno de los ventanales de la saleta de las taquillas. Delante de la estación se abría una plazuela con un camino orlado de tapias, que llevaba al centro del pueblo. En la fachada de la única casa de la plazuela leyó: «Vinos. Juan Alvarado». Y con letras más pequeñas: «Comidas y

camas». Sebastián volvió al andén.

Volvió al andén y caminó hasta el final de la casa estación, a poniente, donde los mozos habían puesto el armario de luna. Se acercó. El espejo estaba cubierto por una manta de algodón sujeta con cuerdas. La curiosidad y la inquietud de saberse demacrado le hicieron aproximarse y correr la manta un poco, rápidamente. Tuvo el tiempo justo para contemplarse con la barba crecida y los ojos hundidos. A sus espaldas sonó la voz de don Antonio.

—¿Qué, amigo, le gusta?

Estuvo a punto de contestar: «Sí, don Antonio».

Se escabulló avergonzado hacia la plazuela. Dudó un instante. Cruzó la plazuela y entró en la casa. («Vinos. Juan Alvarado». Y con letra más pequeña: «Comidas y camas»).

Tras el mostrador estaba un hombre en mangas de camisa, con un cigarrillo entre los labios, quitando el polvo a unas botellas de licores.

—¿Qué se tercia, joven? —preguntó campechano.

Sebastián dudó. Tenía hambre, pero temía que el estómago no le resistiese una comida fuerte. El tabernero le ayudó:

—¿Una copa de aguardiente para matar al gusanillo?

—¿Qué tiene para comer, para hacer un bocadillo?

—Ahora nada más que sardinas en aceite y queso. A mediodía suelo tener cosas de cocina, pero ahora nada más que eso.

—Hágame un bocadillo de queso. Desmigüe el pan. Deme un vaso de vino con limón.

—Muy bien.

Sebastián contempló las paredes de la taberna. Había dos carteles de toros de las fiestas de Navalcarnero; anunciaban a unos novilleros modestos y a una señorita rejoneadora. El nombre de uno de los novilleros le sonaba. El tabernero acababa de hacer el bocadillo.

—Aquí tiene usted. ¿Qué, le gustan los carteles? Yo soy de Navalcarnero —dijo con orgullo—. Allí por fiestas se arma la de Dios. Somos gente estirada y el pueblo tiene su quedar bien. Este año no me han enviado los carteles todavía, pero he leído que piensan llevar toreros de verdad. Vamos, usted me entiende, novilleros que sean algo, no desgarramantas. Lo que pasa es que una buena terna cuesta mucho dinero y tienen que torear emparejados. ¿Usted es aficionado?

—Sí.

—Pues ¿para qué explicárselo? Lo sabe tan bien como yo.

Sebastián comía su bocadillo mirando el cartel donde estaba el nombre del novillero.

—¿Usted ha visto torear a ese Jesús Cortés? —preguntó.

—No, no le he visto. Hace dos años toreó. No pude ir al pueblo. Le dio un toro un buen disgusto.

—¿Sí?

—Le cogió por esta parte —se señaló el tabernero la ingle derecha— y le corrió el cuerno hasta cerca del hígado. Lo dejó medio muerto.

Sebastián pidió otro vaso de vino.

—¿Le echo limón?

—No, solo.

Sebastián terminó de comer el bocadillo. Bebió el segundo vaso de vino de un golpe. Pagó. El tabernero, al cobrarle, preguntó:

—¿Va usted al tren?

—Sí.

—Pues no tiene usted prisa. Éstos de vía estrecha salen cuando les da la gana a los maquinistas. Todavía tienen que venir por aquí a refrescar.

Sebastián salió de la taberna. En medio de la plazuela se cruzó con el maquinista y el fogonero, que caminaban discutiendo. La taquilla, en la saleta, estaba abierta. Pidió un billete para Madrid.

Antes de salir al andén, Sebastián contó el dinero que poseía. Setenta y ocho pesetas en total. Tal vez alguna moneda de peseta perdida por algún bolsillo. Setenta y ocho pesetas. Y una ciudad a la espera. Una gran ciudad para un perseguido. En el andén, el jefe de la estación hablaba con uno de los mozos de tren.

—Me compras el extraordinario, el que sale hoy. No se te olvide.

—¿Cómo se me va a olvidar?

La vieja y el niño hablaban con un guardia civil.

—Usted no se preocupe, madre; aquí tiene los billetes. La saldrán a esperar.

Sebastián dio la vuelta y se colocó al estribo de uno de los vagones.

—Tú, Segundo, no le des guerra a la abuela; a ver si te portas como un hombre.

Sebastián tuvo unos momentos de inquietud. Pasaron junto a él el maquinista y el fogonero. Seguían discutiendo. Uno de los dos avisó al jefe.

—Que ya pueden subir, que nos vamos enseguida.

—Daos prisa, calamidades, que éste es el cuento de nunca acabar; hasta que nos echen a todos los perros.

El maquinista y el fogonero volvieron a enzarzarse en su discusión.

Sebastián subió al vagón. Cuatro asientos adelante el guardia civil acomodaba a su madre y a su hijo.

—No tenga usted cuidado, que la saldrán a esperar. Es al lado de la estación, pero la saldrán a esperar.

El nervioso sonido de la campana de la estación fue contestado por el silbido prieto de la locomotora. Todavía en el vagón, el guardia civil hizo una última

recomendación a su madre. La besó y besó al chico. Luego saltó al andén. El tren se puso en marcha.

El humo blanco de la máquina se pegaba a las tierras de la siniestra, bajo la sierra. Y la sierra berrenda, cimarrona, encabritada, era jineteada por el sol. A la diestra corría rápida la potrada pía de los desmontes. Pasaba pausado el bayo de las rastrojeras, pegado a la cansada tierra torda del barbecho. Y en los lejos de levante, iluminado el lomo alazano, se perdía el camino, mientras que al poniente el roano del cielo huía a contramarcha del tren, tornándose fatigoso azul.

Sebastián cerró los ojos para no ver la libertad.

Porque el hombre no sólo es presente, buscaba Sebastián en la memoria. Llegaron hasta sus ojos paisajes de recuerdo. Con la madre, con Anuncia, con los hermanos pequeños, en Talavera, y allá en el Navalmoral extremeño, donde se había extinguido su infancia y había comenzado su adolescencia. Aquella muchacha suave como una noche de julio. La intimidad con el hambre. Las largas charlas de los tíos, siempre lejanos, sobre el padre. La compasión de palabra: «Si no te hubieras casado con él», dicho a la madre. La madre tenía los ojos negros, humildes. Miraba como aquella vieja que estaba con su nieto tres asientos adelante. Si le preguntaban, no sabía. Lo único que sabía era que le habían mandado estar allí, o marchar de allí en un tren, o en un autobús, o a pie, con todos los hijos. Si le preguntaban, no tenía respuesta: «Aquí; me han dicho que me esté aquí». Posiblemente estaría sobre la tierra hasta que el padre, que ya estaba muerto, la llamase: «Anda, vente con todos, o vente tú sola». Nadie obedecería al padre excepto la madre. Ella se iría. «Me ha dicho que vaya», diría sencillamente.

El revisor le tocó en el hombro.

Sebastián le dio el billete.

—¿Cuánto tarda en llegar a Madrid?

—Cuatro horas. A la hora de comer estamos en Madrid.

Sebastián se guardó el billete. El sol entraba por la ventanilla, le adormilaba. Salió a la plataforma posterior. El aire de la marcha le quitó la pereza de los párpados, le refrescó la cara. Sacó un cigarrillo de tabaco negro, ya liado. No tenía cerillas y pidió fuego a un campesino sentado sobre un lío de cestas y de sacos.

—¿Me da usted candela, por favor?

El campesino sacó su encendedor y recomendó:

—Póngase a contraire; si no, no podrá encender.

Sebastián le devolvió el encendedor. El tren marcaba un ritmo uniforme, galbanoso. Sebastián dejaba que su cuerpo se moviera a aquel ritmo hasta que golpeaba con las espaldas en las tablas de la pared del vagón y afirmaba las piernas para dejarlas ir de nuevo, debilitándose con el movimiento.

Llevaba el tren un movimiento picado, como de trote de burrillo. Se balanceaba

Sebastián y balanceaba su pensamiento hacia los recuerdos de las ferias, entrando al trotecico en los tesos, montado en un asno, tras su padre —crenchas negras, labia negra, ojo negro y tuno de feriante de trampa—, caballero de caballo de mal diente. Las ferias de Castilla la Nueva y de Extremadura: Almagro, Esquivias, Borox, Villarrubia, Naval Moral de la Mata, Casar de Cáceres, Villar del Rey. Recordaba el aguardiente con su cucharada de agua. Los tratos ganados, los perdidos con su cola de blasfemias. La comida abundante y el duro chulo que le ponía en la mano derecha el padre, mientras le decía: «Aprieta». Y luego su mano grande, apretando la suya con el duro en la palma: «Para que aprendas lo que daña tener un duro, chavó, pero no abras la mano porque se te vuela».

Había andado mucho, había aprendido mucho. Todavía tenía que andar y que aprender. Le faltaba poco para llegar a saberlo todo y para andarlo todo. Y Lupe por el pensamiento. Lupe, que no había andado mucho ni sabía apenas. De Ciudad Rodrigo a Talavera, a pudrirse en Talavera o en Plasencia, o en cualquier lugar donde hubiera una Carola y uno como él. Ya lo había dicho él: «Es una chalada y no sirve ni para lo que es, hasta para eso se necesita tener su afición». Pero Lupe...

Recordaba su encuentro. Se había sentido gallo. «Que no, que ésta no baila más que conmigo. Que ¿por qué? Porque quiero». Y Lupe bailó, seguía aún bailando aunque estuviera lejos, aunque no la volviera a ver en la vida. Porque Lupe, estaba seguro, lo quería de verdad. Y si él se hubiese quedado...

Paró el tren frente a una estación pequeña. En el quiosco de la cantina, sentados a una mesa, almorzaban dos hombres, a los que saludaron desde el vagón. Aquella tranquilidad de lo cotidiano le inquietó. Él estaba fuera de aquello, de poder almorzar con un compañero, con Larios, sentado a una mesa de una cantina, haciendo y recibiendo bromas. Él estaba en la naja, perseguido, con el rastro buscado, intentando perderlo por las calles de Madrid. Sebastián miraba a los dos hombres con envidia. Se encontraba cansado, tenía ganas de terminar. Terminar cuando estaba empezando. Se le ocurrió poner su reloj en hora con el de la estación. Pitó el tren y Sebastián entró a sentarse.

Fue contando el tiempo en su reloj. Hubo un instante en que deseó que el viaje se alargase, que no terminara nunca. En cuanto llegara a Madrid tendría, lo sentía en el cuerpo, el miedo de la persecución. Madrid era muy grande pero acabarían cogiéndole. En Madrid encontraría ayuda en los amigos, pero acabarían cogiéndole. En Madrid uno cree perderse en un nubarro de gente, pero acaban cogiéndote. En Madrid... Solamente le faltaba pronunciar las palabras para acompañarlas al ritmo del tren. Decidió que antes de llegar a Madrid se bajaría. Se bajaría en Campamento, para tantear la ciudad, para entrar con paso quedo en la ciudad. Y entrar de noche, porque la noche cobija, porque la noche le da el pajazo hasta al lince y los animales del miedo se le escapan por lo oscuro. Sebastián se sentía abanto; pensaba que estaba

moruchao para entrarle a Madrid de largo. Y en Campamento, en los últimos rastros, en los primeros desmontes cabileños, marcó su paso de huida hacia la calle del Ruiseñor.

La voz aflautada de la vieja daba sus trémolos en el consejo. Sebastián se paró a preguntar. La vieja hablaba con una mujer grenchuda, de pechos cansados y redonda tripa triste.

—Dale a la niña un cocimiento de magarza. A todas nos ha ocurrido cuando nos hemos hecho mujeres. Que se tienda en una tabla para que los riñones no se le arruguen, que el cocimiento lo tome a sorbos pequeños, que no beba agua para que no se le enfríen los dentros.

Jadeaba las haches en el dejillo andaluz. Estaba sentada a la puerta de una chabola. En pie, junto a ella, la mujer que escuchaba. Un niño hacía el dominguejo hasta que otro más pequeño le empujó y le hizo dar un traspié.

Sebastián preguntó:

—¿Las calles de los pájaros están de este lado, o para la otra carretera?

—Para este lado —dijo la vieja—. Tienes que salir a la vía del tren y, siguiéndola un poco, ella misma te mete entre las casas.

La mujer que se aconsejaba de la vieja precisó:

—Pase ese alto y ya desde ahí todo derecho.

La vieja insistió.

—Es mejor que salgas a la vía.

—Es que por ahí ahorra camino, señora Luciana.

Sebastián saludó:

—... y gracias, abuela.

—Ve con Dios, hijo.

Caminaba por las traviesas de la vía. Huían las lagartijas en una carrera garrapateada y reptante. El balasto y los raíles, calientes del solazo, daban su golpe de horno dificultando la respiración. Las sombras de los postes de conducción eléctrica apenas si eran manchas brevísimas en el mediodía pasado. Zumbaba, revolando bajo, el moscardón, que invita a una siesta a la sombra. El charrasqueo del tranvía lejano, bajando hacia el puente de Segovia, se oía claro en el silencio del suburbio. El claxon de algún automóvil sonaba esponjoso en la tranquilidad desmadejada de la hora. Sebastián, al irse acercando a las casas, percibió un suave rumor de palabras, de ruidos domésticos, de movimientos mecánicos; el rumor de las colectividades en letargo. Sebastián aceleró el paso y entró por las soledades acres de la calle del Ruiseñor.

El colgante de palillos de la barbería matraqueó en suave vaivén. Sebastián, al golpe de penumbra, vaciló. Luego buscó una silla y se sentó. La barbería tenía dos sillones: uno metálico, moderno y aséptico; el otro de madera, antiguo, sobados los

brazos. Junto a los grandes espejos había fotografías de artistas de teatro y cine, de las colecciones postales que se venden en las mercerías, en los quioscos y en los carrillos de los barrios populares. Recortes de jugadores de fútbol ocupaban, alrededor del calendario, parte de un paño de pared.

Dos hombres vigorosos, las camisas abiertas bajo las batas blancas, atendían a la clientela mientras conversaban amigablemente. Sentado en el sillón blanco estaba un joven que charlaba de donjuanerías turbias. El del sillón de madera acababa de ser afeitado. Se levantó. El barbero indicó a Sebastián:

—Usted.

Sebastián ocupó el sillón. La voz aguda, a veces silbada, del joven de su izquierda, se le hacía desagradable.

—... a ésa, yo, me vas a decir tú... Mira, Pascual —el movimiento de sus manos se veía en el espejo—, el Fulgencio se ha acostado con ella cuando le ha dado la gana, y el Chuleta y Miguel y todo el barrio.

El peluquero le respondió:

—Nada, lo que tú quieras, pero te aseguro que ninguno del barrio, vamos... No tiene un pelo de tonta, ella ya sabe dónde se maneja, y de eso de que tú también, vamos a dejarlo. Así como si me cuentas que con la Carmen...

—Eso es otra cosa.

—¿Qué otra cosa? Me vas a decir tú que con mirarlas las duermes. Ésa, como cualquier otra, necesita su faena.

El barbero que atendía a Sebastián le preguntó:

—Afeitarse, ¿verdad?

—Y me arregla el pelo.

El barbero cogió de uno de los estantes un frasco azul, de barriga grande y cuello estrecho, que tenía un tapón de pajilla. Le quitó el tapón y bebió un trago. Se pasó la mano por los labios húmedos, y comentó:

—Mucho calor, ¿eh? Vaya verano que nos estamos tragando. Ahí en las chabolas se pasará el gran sofoco...

Esperó la respuesta. Sebastián dijo:

—Yo no vivo en las chabolas. He venido a ver a un amigo, pero no lo encuentro. Vive en esta calle.

—¿Cómo se llama? Aquí nos conocemos todos.

—Francisco Vázquez.

—A ver si va a ser Paco, uno al que le llamamos los de aquí el Chistera.

El barbero conversó con su compañero.

—¿Tú sabes dónde vive el Chistera?

Dejó de arreglar al joven Don Juan.

—El Chistera, cuando estaba con el Antonio, vivía junto a la casa azul a la

izquierda, en un bajo. Ahora no sé; como ése cambia el domicilio cada día, puede que se haya marchado donde esos que venden saldos. De todas formas —se volvió a Sebastián—, si usted lo quiere encontrar seguro, lo tiene dentro de un rato en el bar de aquí abajo, uno que le llaman el Asturiano.

Sebastián dio las gracias. El barbero comenzó a arreglarle el pelo. Preguntó:

—¿La patilla cuadrada y como las lleva?

—Sí.

—Es que se lo pregunto porque a algunos les gusta en pico.

—No; así.

Silencio. El barbero deseaba conversar.

—De modo que usted es amigo del Chistera. Aquí mi compadre lo conoce mucho. Se han ido por ahí muchas veces de fiesta. Se sabe gastar el dinero. Es un tío fino con las mujeres. Un día —hizo una pausa—... El Chistera tiene su gracia. ¿A que no sabe lo que se le ocurrió?...

Sebastián no prestaba atención al barbero. Oyó su risa. Sebastián pensaba en los amigos de Talavera, en la barbería de Manolo, casi igual a aquella en que estaba. Fotografías y recortes por las paredes. Un sillón nuevo y uno viejo. Conversaciones sobre mujeres, o fútbol, o toros, o borracheras y broncas.

Mientras le afeitaban, Sebastián miraba al techo. El joven de la voz aguda se había marchado ya. Él había hablado de muchas mujeres, como aquel joven. Había presumido ante Manolo, ante todos los amigos. Luego fue Lupe. Y con ella llevaba más tiempo que con ninguna. Se acordaba de los consejos en la barbería.

—Anda, Sebas, no te compliques la vida. Déjala, que te va a ser mejor.

Se había apartado de los amigos desde que andaba con Lupe o, por lo menos, no salía tanto con ellos.

—Anda, Sebas, que las queridas se acaban pagando y el que no tiene dinero las tiene que pasar por la iglesia.

Y sus respuestas:

—Manolo, que a ti te da la vena de locura y no sabes lo que dices. Yo a Lupe la dejo en cuanto me dé la gana, pero por ahora no me da la gana. Ya no faltaba más que eso, que yo picase con ella.

—Mira, Sebas, que los he conocido como tú y luego se han encogido de hombros, y andando; a tirar del carro.

—Bueno y ¿qué más da casarse con una que con otra? Mientras no te falte, ¿qué más da? ¿Me vas a decir tú que las mujeres son honradas o no son honradas desde que nacen? Cambian cuando menos lo esperas y entonces ya ha podido ser honrada toda la vida, que a ti no te quita de fichar por una ganadería ni el Obispo.

—Bueno, Sebas, tú sabrás lo que te traes entre manos.

El barbero le echó agua de colonia en el rostro. Cuando Sebastián terminó de

enjugarse, le preguntó:

—¿Al pelo agua?

—Sí, agua.

El barbero cogió el frasco azul y roció la cabeza de Sebastián en tanto que con la mano izquierda le frotaba el cabello. Antes de dejarlo en el estante, le quitó el tapón y bebió un traguito.

—Este calor lo seca a uno.

Cuando peinó a Sebastián le dio el precio del servicio. Sebastián pagó. Antes de despedirse, preguntó:

—Así que aquí abajo me darán razón...

—Seguro que usted lo encuentra. Si no, cualquiera que esté allí le puede decir dónde encontrarlo.

—Muchas gracias.

Los barberos contestaron al unísono.

—Seguir bien.

El colgante de la barbería se abrió como una vegetación de altas canas para volverse a cerrar chasqueando. El bar del Asturiano estaba a cien pasos mal contados, y en la calle el sol dividía la calzada al alimón, de breva y limón. Sebastián se palmeó el pelo, húmedo. Pasó delante de un portal en el que jugaban un niño y un perro; se detuvo un instante a verlos. Organizaba su cabeza para el interrogatorio del amigo. No podría decirle de entrada que había disparado contra un guardia, que posiblemente lo había matado, que venía huido y casi sin dinero. Esperaría hasta que la confianza, que el tiempo había difuminado, renaciese. Entonces sí le diría: «Paco, me ha pasado esto», sencillamente, sin exagerar el suceso. El que él estuviera fuera del asunto haría que le diese un buen consejo. Tal vez él dijera: «Hay que enterarse cómo están las cosas. Conviene que te largues para el Norte o para el Sur. Vete a Barcelona, donde está tal, y que él te tape. En Barcelona no te van a buscar. Habrán creído que te has quedado por la tierra o que te has venido a Madrid».

El bar del Asturiano hacía esquina. Las puertas tenían colgadas cortinas blancas con unas aes bordadas en rojo. Las puertas se abrían a las dos calles. Cuando entró Sebastián el bar estaba vacío. Solamente una mesa estaba ocupada por jugadores de garrafina y en el mostrador dos hombres bebían lentamente unas copas. Sebastián preguntó al muchacho de detrás del mostrador por el dueño. Uno de los hombres de la partida ladeó la cabeza.

—¿Qué se le ofrece, amigo?

—Venía preguntando por Francisco Vázquez. Me han dicho que aquí me darían razón de él.

El dueño se revolvió en la silla. Inquirió:

—¿Por Francisco Vázquez, que le dicen el Chistera?

—No sé, puede.

—Si es ése no tardará mucho en aparecer por este distrito. Siéntese, amigo.

El dueño entró en los cálculos de la garrafina. Sebastián se fue al mostrador y pidió un vaso de vino.

—Oye, chico —dijo—, ¿suele venir todos los días por aquí?

El chico de detrás del mostrador era parco en palabras y tenía un fruncimiento de labios despreciativo.

—Ya le ha dicho el jefe que viene sobre esta hora.

Y dejó sobre el mostrador un platillo con una aceituna y una anchoa.

—¿Tú sabes dónde vive?

El chico levantó la voz y se dirigió al dueño:

—Oiga, jefe, que dónde vive el Chistera.

—Me parece que ese elemento para ahora en casa de Inés la de las telas, pero no se apure, amigo, que el Chistera tiene la oficina en esta casa.

—Gracias —dijo Sebastián al dueño—. Y tú, chico, sírveme otro.

—¿Con seltz? —preguntó el chico.

—No, solo.

—Le preguntaba si con seltz porque ahora con el calor los clientes lo piden así.

Sebastián estaba airado.

—¿Y a mí qué que lo pidan? ¿O es que no puedo beberlo como me dé la gana?

El dueño intervino desde la partida de garrafina.

—No le haga usted caso; es que este chico, amigo, tiene un enrosque de listeza, ¿me entiende usted?

Sebastián cogió el vaso y se acercó a la partida. El dueño, amablemente, le invitó:

—Siéntese usted, amigo, que el Chistera estará ilustrándose por ahí abajo. Quiero decirle que estará bebiendo. Bebiendo es un catedrático.

—Ya.

El dueño seguía jugando mientras charlaba.

—¿Qué, algún negocio, eh, amigo?

—No, saludarle.

—Amigos viejos, ¿no?

—Sí, amigos viejos.

—De la guerra acaso.

—No, nos conocimos de cuando él y yo andábamos por las ferias.

—¿Usted ha sido tratante?

—Algo se ha hecho.

—Eso dejó mucho dinero al terminarse... ¡Vaya! He metido la pata, cada vez lo hago peor —elevó la voz—: Ponme un vaso grande de vino sin seltz y a los señores lo que pidan.

Luego, confidencialmente, explicó a Sebastián:

—Yo me bebo todos los días veinticinco cañas de ésas. Marcho como un reloj.

Uno de los jugadores de garrafina, con aspecto de vago, bufoneó:

—Jugando no, pero bebiendo, aquí es un maestro.

El dueño se sintió halagado.

—Tú tampoco lo haces mal.

Cambió el tono.

—Usted ha dicho, amigo, que se llama...

A Sebastián le corrió un escalofrío por las piernas. Dudó.

—Sebastián.

—No será Sebastián a secas. Todo el mundo tiene su nombre y sus dos apellidos, excepto aquellos que no lo tienen.

El dueño soltó una carcajada.

—Sebastián, y me apellido, como Francisco, Vázquez.

—Bueno, amigo, bueno.

Sebastián estaba inquieto.

—Si usted me dijera dónde podría encontrar ahora a Francisco...

—Pero ¿qué prisa tiene usted?

—Prisa no, pero querría resolver...

—¡Ah, vamos, amigo, entonces no solamente es para saludar al Chistera! Vamos, que se traerán sus negociijos.

Sebastián mudó el gesto.

—No se enfade, amigo, que no le voy a preguntar nada. Aquí no se pregunta nada a nadie, ¿no es verdad?

El hombre con aspecto de vago movió la cabeza afirmativamente. El dueño gritó:

—Chico, sal a la calle, lárgate hasta casa del animal ese y si está el Chistera le dices que aquí le está esperando un antiguo conocido.

El chico salió de detrás del mostrador, dando claras muestras de que no le agradaba el encargo.

—Jefe, ¿y si no está?

—Si no está, nada. ¿O es que quieres traerte algún cliente cogido con una cuerda?

Salió del bar el chico. Guardaron silencio los circunstantes. Uno de los del mostrador preguntó:

—Y ahora ¿quién nos sirve?

—Ahora os esperáis hasta que venga el chico —respondió el dueño—. No os estaréis ahogando de sed.

El del mostrador hizo un comentario.

—Es que tienes unas cosas... Mandar al chico a buscar al Chistera...

—Bueno, pues sírvete tú, pero con medida; alarga la mano donde las frascas.

Al poco tiempo apareció el chico.

—Jefe, que ahora viene.

El dueño del bar transmitió la noticia a Sebastián, aunque ya la había oído.

—Que ahora viene, amigo. Estará bebiendo con algún compañero y... —se dirigió al chico del mostrador—. ¿Qué estaba haciendo el Chistera?

El muchacho puso gesto agrio.

—¿Qué quiere usted que esté haciendo el Chistera?

El dueño se enfadó.

—Te pregunto que qué está haciendo el Chistera. Tú no tienes por qué hacerme a mí preguntas. ¿O es que en mi propia casa te me vas a subir a las barbas? ¿Qué estaba haciendo el Chistera? Di.

El muchacho contestó con evidente enfado, canturreando la respuesta como un niño en la escuela.

—El Chistera está bebiendo con unos amigos.

El dueño sonrió y le dijo a Sebastián:

—El Chistera está bebiendo con unos amigos, ¿qué le parece?

Sebastián estaba inquieto. Aquellas conversaciones grotescas le habían alterado. No le agradaba el bar, ni el chico, ni el dueño, ni los clientes. No sabía si se estaban burlando, si estaban bromeando, si aquello era serio. Le dolía todo el cuerpo. Estaba desasosegado. Le tiraban los nervios. Hubiera querido levantarse, coger al dueño del bar por la chaqueta y abofetearlo entre insultos. Procuró calmarse. Dijo:

—Mire usted, todavía no sé si ese Chistera del que hablan tanto es el amigo que yo busco. Todo será que lo hagan venir hasta aquí y no sea el que yo digo.

—No se apure, amigo; de todas formas tenía que venir. ¿Qué más da un poco antes que un poco después? Suele comer aquí.

—En ese caso...

—Bueno, amigo, le voy a decir cómo es el Chistera para que usted esté tranquilo. Viene a tener su altura. Pongamos su altura aunque puede que sea un poco más alto, y su edad. ¿Qué edad tiene usted? Treinta años o treinta y uno. Pues su edad. Es moreno, pero no es gitano. Usted sí es gitano, ¿verdad? Bueno, no se enfade. Yo tuve una novia gitana antes de la guerra. Murió.

Hizo una pausa grave.

—Chico, tráete unos vasos.

—Jefe, ¿el suyo grande?

—¿Es que yo he bebido alguna vez en vaso pequeño?

Sebastián estaba turbado. Deseaba que llegara cuanto antes el Chistera para saber si era su amigo Francisco Vázquez, y deseaba abandonar el bar.

Se abrió la cortina.

—Aquí está el Chistera —anunció el dueño del bar—. Aquí tiene usted a su

amigo.

Francisco Vázquez entró con paso resuelto. Al principio no reconoció a Sebastián. Saludó a la altura del mostrador.

—Buenos días, caballeros.

El dueño del bar le dijo:

—Aquí tienes a un amigo que te quiere ver.

Sebastián se levantó de la silla. Francisco Vázquez sonrió. Echó la cabeza para atrás y extendió los brazos.

—¡Tú por aquí, Sebas! ¿Qué viento te ha traído?

—¿Cómo te va, Paco?

Se estrecharon las manos. Luego Francisco lo presentó a todos.

—Éste es uno de los grandes amigos que uno tiene. Aquí, Simón, el dueño de este establecimiento —Simón tendió la mano, se puso en pie y dijo: «Tanto gusto»—. Aquí, Prego, que le lleva las cuentas...

Todos tendieron las manos y dijeron: «Tanto gusto» o «mucho gusto». Se hizo un silencio. Francisco habló, palmeándole la espalda a Sebastián.

—Bueno, hombre, bueno, ¿quién lo iba a decir? Hoy hay que armar una buena. Buena, pero tranquila. ¿Y cómo te has venido de Talavera? ¿Y sigues con la Lupe?

Explicó a los demás:

—Sebastián es el hombre de la suerte; siempre se lleva a unas gachís de bandera.

Sebastián bajó los ojos. Estaba molesto por las innecesarias explicaciones de su amigo, que seguía haciendo su apología.

—Déjalo ya, Paco —le interrumpió.

Francisco dio fin a su amplia sonrisa.

—Vamos a celebrarlo.

Se dirigió al chico del mostrador:

—Tú, piojoso; sácanos de beber a todos.

El muchacho se molestó. Habló de corrida, enrojando de ira.

—Sin insultar, que yo no me he metido con usted. Que se cree usted que porque yo esté sirviendo tras un mostrador usted tiene derecho a decirme lo que quiera. Que yo tengo derecho a callarme. Usted podrá tener dinero, pero yo no estoy aquí para que usted...

—Cállate ya —interrumpió a gritos Simón—. Cállate ya, que charlas como una mujer. El señor no te ha llamado piojoso con mala intención. El señor te ha llamado piojoso como te podía haber dicho cualquier otra cosa, pero sin deseo de ofender. ¿Lo entiendes?

El chico tenía la boca apretada. Barbotó:

—Para pedir de beber no es necesario insultar.

—¡Que te calles he dicho!

Sebastián miraba al muchacho con pena. Francisco no se preocupaba de él. Sebastián intentó una explicación.

—Tú, Francisco, sigues igual, ¿eh? Siempre de broma.

—Yo siempre igual —dijo satisfecho—. Yo con el alma a la espalda, sin preocuparme más que del día que estoy viviendo.

Bebió un traguito de su vaso.

—¿Qué has echado aquí, hereje? Esto no es de beber. Esto es para darse en el pelo.

Simón largó un capote al negocio.

—Deja al chico, Chistera; ese vino es un vino bueno. Te has estropeado, en casa de ese animal de ahí abajo, el paladar.

Francisco se dobló ante la explicación.

—Ése vende un vino que es vinagre con agua de aceitunas.

—La culpa la tenéis los que entráis ahí.

Francisco preguntó a Sebastián de pronto:

—¿Has comido ya?

—No.

—Pues vamos a comer. Yo ya sabes que me gusta comer de frío. Éste tiene un escabeche que es gloria. De modo que si a ti no te importa...

Había llegado la hora de comer y los amigos de Francisco se fueron despidiendo. De nuevo: «Tanto gusto», y «mucho gusto», y «a ver si se le ve a usted por aquí con frecuencia». Se marcharon todos menos uno, al que Simón dijo:

—Anda, vete ya para casa, que tu mujer te estará esperando. No la hagas venir hasta aquí.

Sebastián y Francisco se sentaron a la mesa donde el dueño y sus clientes habían estado jugando a la garrafina. Simón se acercó un momento y dijo:

—Yo también voy a comer.

Ordenó al muchacho:

—En cuanto les sirvas, te vienes a la cocina, que hay que comer.

Sebastián y Francisco se quedaron solos.

—Bueno, Sebastián, dime: ¿qué es lo que te ha traído por aquí?

—Ya te lo contaré más tarde.

—¿Algo grave?

—Sí, muy grave.

—Bueno. ¿La gripa anda mezclada en esto?

—Sí.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé. Ya te contaré después.

Francisco estaba inquieto.

—¿La cosa tiene arreglo?

—No lo sé.

—¿Ha habido soplo?

—No es lo que tú te figuras. Dime: ¿qué has hecho esta temporada?

—Hablar. He hablado mucho. Sí, no te asustes. Me he dedicado a vender cortes de trajes, plumas, relojes de África. Lo que salía. He vendido de todo, pero todo muy claro. Nada de andar con mercancía que cueste disgustos.

—¡Vaya! ¿Y te ha ido bien?

—Hombre, nunca va bien en estas cosas. Se saca para vivir, que no es poco. ¿Y tú?

Sebastián entristeció la mirada.

—Nada. Lo dejé todo. Algún negocio se ha hecho, pero nada. Ya te digo, lo dejé todo.

—¿Entonces?

—Esto es otra cosa.

—Cuando quedes libre de lo que traes entre manos, te asocias conmigo. Tú sabes mucho y nos iría bien. ¿Te hace? Podíamos vender lo que nos diera la gana. Ampliar el negocio y establecernos por nuestra cuenta —bajó la voz—: Con el socio que tengo ahora no estoy conforme. Ya hablaríamos.

Sebastián meditó un momento. Luego dijo:

—¿Sabes que cuando llevaba un rato esperándote creí que en este bar estaban todos locos? Ha habido un momento que he estado por romperle la cabeza a Simón.

—Claro, la novedad. Bebe mucho y no hay quien le entienda. Aquí todos le llamamos el jefe. Le gusta, tiene esa chaladura. Él fue quien me puso a mí lo de Chistera. Dice que parezco un caballero. Ya te pondrá a ti otra cosa. Ya verás.

Terminaron de comer. Francisco se levantó.

—Anda, vámonos.

Estaban de pie. Francisco gritó:

—Hasta luego, jefe. A la caída de la tarde vendremos por aquí.

Desde el fondo de la casa, transformada la voz, llegó hasta ellos la despedida. El bar quedó vacío hasta que entró una mujer. Llamó pegando con una moneda de duro en el mostrador de estaño.

—¿Quién atiende esto?

—Coñac —pidió la mujer poniendo una botella en el mostrador.

Apareció el chico.

El chico gritó desde la puerta que comunicaba con el interior:

—¿Hay coñac a granel, jefe?

Simón respondió.

—No hay coñac.

La mujer cogió la botella.

—No hay coñac —repitió el chico.

La mujer salió. El muchacho cogió un vaso grande y lo llenó de vino. Gritó:

—¿Con seltz, jefe?

Se oyó una especie de gruñido sordo que se fue agigantando. El muchacho sonrió.

Francisco y Sebastián caminaban lentamente por la sombra. Francisco silbaba y daba golpecitos con el dorso de la mano derecha en las paredes. Llevaba un paso cadenciado de vago paseante y marchoso. Dejaba de silbar y ladeaba la cabeza.

—Un cafelito en un sitio que vas a ver...

—Tú dirás.

Volvió a silbar. Se interrumpía.

—¿Te acuerdas de la tarde que pasamos en Colmenar con tu tío?

—En junio ha hecho dos años.

Dijo alegremente:

—Nos hacemos viejos, Sebas.

Un chiquillo salió corriendo de un portal, se le atravesó. Francisco unió los pies como toreando y encogió la barriga.

—Pero, chico...

Los grandes edificios de Madrid se recortaban en el cielo azul. El verde oscuro del Campo del Moro se extendía hasta la desolación ocre de las Vistillas. En la lejanía, Vallecas se confundía con el color fulgurante del campo. Espejeaba el Manzanares orlado de verde. La Sacramental de San Isidro alanceaba el cielo de cipreses oscuros.

—Estamos enseguida. Te voy a presentar a mi socio y su mujer. Claro es que la que maneja el tinglado es la hembra.

Salieron a una calle con tranvía. Caminaron emparejados por la ancha sombra.

—Te voy a presentar a un chaval que canta como no has oído cantar en tu vida.

Sebastián no contestó. Francisco continuó:

—Tú no te acordarás ya de Leocadio el frutero... Pues hijo de ése. Leocadio está ausente, según su mujer por motivos comerciales. Lleva más de un año ausente. Dicen que lo han visto por Barcelona. ¡Quién sabe! Igual ha saltado el charco. Para mí que se dio la airosa con alguna mercancía con faldas.

El café tenía un nombre anodino: El Paseo. Entraron.

—Ahí están.

Junto a un ventanal estaban sentados un hombre y una mujer. El hombre llevaba gafas de cristales gruesos y bajaba mucho la cabeza mientras revolvía el café con leche en vasito que tenía delante. La mujer iba vestida de oscuro y tomaba un café en taza, cogiendo ésta delicadamente por la diminuta asa.

—Buenas tardes. Os voy a presentar a mi amigo Sebastián.

Sebastián saludó. La mujer le miró de arriba abajo. Luego se dirigió a Francisco.

—¿Qué tal se ha dado hoy?

—¡Vaya!

—Éste —indicó al hombre que estaba con ella— ha perdido diez duros en una operación. Después de llevar treinta años en esto, todavía se la dan.

En el mostrador del café estaba un guardia municipal. Francisco llamó al camarero.

—Dos cafelitos de la casa. Al guardia que no le cobren, que invitamos de esta mesa.

El camarero cumplió el encargo. Desde el mostrador, el guardia los buscó con la mirada; les hizo un ademán de gracias.

Francisco explicó a Sebastián:

—En esto hay que estar a bien con todos. Están los tiempos muy achuchaetes.

Entró en conversación con la mujer.

—Bueno, Inés, tú dirás lo que se hace.

Sebastián dejó de escuchar. No tenía ninguna curiosidad por los negocios de su amigo. Pensó que necesitaba dinero y que posiblemente Francisco no lo iba a tener. Se levantó para ir al retrete. Al volver, antes de sentarse, llamó a Francisco, mientras disimulaba retardando la compra de un paquete de tabaco al cerillero. Francisco se acercó.

—¿Qué?

Sebastián titubeaba.

—Mira, Francisco, antes no me he atrevido, pero he pensado que tal vez no tenías dinero... Es que necesito cuarenta duros, que te los giro mañana o pasado, porque me tengo que ir de Madrid, ¿sabes?

—Hombre, cuarenta duros, así de golpe...

—¿No te los dejarían los capitalistas esos? Es que de verdad los necesito. Ya te digo que te los envío mañana o pasado a tus señas, o al bar del Asturiano.

—No, si no es por eso. Es que cuarenta duros..., yo no los tengo. No sé si éstos me los iban a dejar. Habrá que inventarles algún negocio raro.

Se fueron acercando hacia la mesa. Sebastián insistió:

—Les puedo dejar el reloj. No es que valga mucho, pero...

—Déjalo de mi cuenta.

Se sentaron. Sebastián perdió su mirada por el ventanal. En el solar rebrillaban los cristalillos, los trozos de loza, las hojalatas. Manchas amarillas de yerba seca. Un perro que estaba a la husma. Más allá, bajo la sombra de un mísero arbolillo, estaba tendido un ganapán. Pensó en sus dificultades y en que aquel individuo —un amén de la miseria— no tendría otras que las de buscar algún dinero, poco, para comer cualquier cosa y beberse unos vasos de vino. Aquel individuo no estaba perseguido ni

tendría miedo ni sentiría aquel como amedrentamiento muscular que le poseía el cuerpo.

La voz de Francisco se hacía confidencial. Sebastián sacó el paquete de cigarrillos y ofreció. Él fumaba rara vez, pero había calculado el gesto. El tabaco rubio en los negocios tiene su importancia.

—Es que aquí mi amigo ha visto un buen negocio. Vamos a la mitad con él... Doscientas pesetas... Sí, hasta pasado mañana... Responsable yo...

Francisco guardó el dinero.

Francisco y Sebastián salieron a la calle.

—No ha sido difícil —dijo Francisco—. Éstos, en cuanto ven que pueden ganarse un duro sin mucho riesgo, no aprietan el puño.

—Ya te digo que te lo giro mañana o pasado.

Bajaban hacia el Manzanares. El calor de la tarde se pegaba a las espaldas. Caminaron deprisa, buscando el amparo de los árboles. Llegaron a un aguaducho de la entrada del puente. Borearon el río. Algunos chiquillos jugaban entre el légamo y el agua estancada.

—Oye, Sebastián, a ti te ocurre algo grave.

—Sí, Francisco.

—¿Y no se lo vas a decir a un amigo de verdad?

—Te lo pensaba decir cuando me fuera a marchar. No te quiero buscar complicaciones. No sé lo que va a pasar.

Con la confesión a punto de brotar, Sebastián sentía el temor de lo hecho. Las palabras extendían el miedo. «Las palabras —pensó— agigantan los sucesos. Es mejor no decir nada, no hablar para no sentirse inseguro, para no escucharse como acusador». Después de que le dijera a Francisco lo que había sucedido, ya no le quedaría otro remedio que dejarle. No podría estar con un perseguido, con alguien que podía ser detenido en cualquier momento.

Andaban a la sombra de los árboles, hundiendo los pies en la arena y en el polvo. Se sentaron en el pretil del río.

—En una feria de un pueblo pegado a Talavera, ayer...

Sacó el paquete de cigarrillos con dificultad.

—Francisco, no sé lo que ocurrió. Estábamos bebidos. Me acompañaba Larios, no sé si tú lo conoces...

Francisco hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—... Tuvimos una bronca en el tenderete del Maño. Se nos echaron los guardias. Yo llevaba una pistola pequeña. No sé. En el campo me acorralaron en un olivar. Disparé y vi caer a un guardia. Corrí durante todo el día. Esta mañana cogí el tren de vía estrecha que llega hasta Madrid...

Francisco miraba el suelo, mientras alisaba con un pie la arena.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—No lo sé.

—Hay que enterarse bien de lo que ha pasado. Esta noche lo darán los periódicos si no lo han dado ya.

Guardaron silencio. Sebastián preguntó:

—¿Tú qué crees que se puede hacer?

—Aquí en Madrid te buscarán. Has hecho mal en venirte. Se enterarán enseguida de lo que has hecho, de por dónde has andado.

—Ya.

—Y a mí me preguntarán.

—¿A ti por qué?

—De todo se enteran. Me preguntarán, te lo digo yo.

Francisco se calló. Miró el río. Luego volvió la cabeza hacia el puente.

—Mal viento te ha traído, Sebas. Ahora vamos a estar todos en el ajo. Cuando me lo pregunten tendré que decir que he estado contigo, tendré que decir que te di cuarenta duros, y creerán que yo te he intentado tapar.

Sebastián se levantó.

—Siento esto, Paco. No he debido decírtelo. No quiero que me des el dinero. Bueno, las cosas sucederán como tengan que suceder.

Sebastián le tendió la mano. Continuó hablando:

—No creas que te guardo nada. Éste es un asunto demasiado serio para que yo... Bueno, tú vives tranquilo y no tienes por qué complicarte la vida. Si te van a buscar, lo cuentas todo. No te calles nada. Bueno, y adiós.

Francisco se había puesto de pie.

—Sebastián, tienes que comprender que... Aquí tienes el dinero que yo tengo. Los cuarenta duros se los devolveré a mi socio para que él me sirva de tapadera.

Sebastián sonrió. Rechazó el dinero.

—Bueno, Paco, bébete unas copas en casa de ese loco de Simón a mi salud e invítale con ese parné.

Sebastián volvió la espalda a Francisco y echó a andar por la ribera del Manzanares. Francisco se quedó un momento mirándole. Luego guardó su dinero y se encaminó hacia el puente.

Sebastián se percató de que necesitaba estar solo. Temía la soledad y la necesitaba. Las horas que llevaba en Madrid las sentía como un vacío. En el tren había querido escaparse de sus pensamientos, pero ahora quería refugiarse en sus pensamientos. Simón, el chico, Francisco, la pareja de socios capitalistas... Todo eso era vacío. En el tren, deteniendo los ojos en el paisaje, intentando escabullirse en los colores, en las formas, en los ritmos de la tierra; atento el oído a las conversaciones del viaje; sorprendiendo el gesto, en el que a floraba lo íntimo, del compañero de

viaje. Todo aquello había sido cobardía. Estaba solo y necesitaba aquel refugio de soledad.

Caminaba hacia el puente de la Reina Victoria por la orilla derecha del Manzanares. Llevaba las manos metidas en los bolsillos, apretando con la derecha los pocos billetes que le quedaban. Pensó que iba a hacer algo imprevisto, porque necesitaba reposar el pensamiento. Deseaba sacar fuerza ordenando aquella mezcla de sensaciones, de arrepentimientos, de cariños jamás confesados, de miedo vivido con una intensidad de animal acosado, de ira enloquecedora contra él mismo. Un profundo pozo lleno de chispas, de rescoldos deslumbrantes en la oscuridad, de algo también animal y blando como el cuerpo de una babosa, se revolvía dentro de él, se confundía dándole aquellas imágenes. Imágenes de sueño o de loco, y una angustia de llanto contenido, que le azotaba por dentro el pecho.

Sebastián echó a correr. Corrió doscientos metros o más, hasta que sintió el ahogo de la carrera. Estaba apoyado en la baranda del puente, jadeante. Se recuperó. Volvió sus pasos atrás y se sentó a una de las mesas del merendero de bajo el puente. El agua estancada rebrillaba, impidiendo ver el poco fondo. La imagen le servía para el pensamiento.

No era un hombre dentro de la vida normal. Él se había movido toda la vida por miedo. La pereza y el miedo estaban en casi todos los actos de su vida. Un oficinista, un comerciante, un campesino tenían otros móviles. Él no; él había sacado lo poco que había vivido del miedo y de la pereza. Miedo a su padre, a sus tíos, a los guardias, al hambre, a la enfermedad. Miedo en su padre, en sus tíos, en la madre que tenía los ojos ya no sabía si humildes o si miedosos. La pereza para vivir, una desgana que le hacía acogerse a lo primero que le salía, plegarse al instante. Su gran incapacidad para entender la vida descartando aquellos motores.

Recordaba el hambre, el frío y la primera ocasión en que éstos no le poseyeron. Lo demás había sido dejarse llevar de las oportunidades. Una oportunidad: la facilidad que en la familia se daba a la marcha y al regreso, porque había que buscarse la vida de cualquier modo. No, no estaba dentro de las normas de los demás. Si el guardia había muerto, el miedo llegaría hasta los hermanos pequeños, hasta el corazón de la madre. Pero nunca le supondrían un asesino: simplemente era uno de la familia que había defendido su vida y ahora llegaba el miedo de todos a encontrarse, a girar, a revolver todo lo peor de cada uno. A un crimen se le llama desgracia, porque no es más que un accidente en la vida animal. Un criminal es un hombre arruinado por el miedo, porque no hay otra ruina más terrible, y él sabía que si algo tenía como deseo funcional era vivir. Nunca recordaba haber vivido alegremente ni tristemente. Había simplemente vivido. Exactamente como un animal cualquiera. Únicamente con una razón animal. Lupe sí lo había entendido, porque Lupe era como él. Realmente no era ni triste ni alegre. Como él. Como él. Como él. Tan sola y tan

ciega para las cosas de los demás como él. Su madre tenía todavía aquellas asas de carne que eran los hermanos menores. Hasta que se encontrase sola y volviera a ser como él, como todos ellos.

Bebió de la botella que le habían servido. Bebió larga y pausadamente. Miró al agua, que ya había perdido sus brillos y que dejaba ver el fondo, cercano y lodoso. Sebastián se sabía sin remedio. Huiría hasta que lo cazasen. Huiría como los animales hasta que una bala acabara con él o lo acorralaran para cogerlo vivo. Y lloraría, sabía que lloraría, que se desesperaría sin ninguna vergüenza pidiendo la libertad. Así lo hubieran hecho también el padre o cualquiera de los tíos. Aquello no era más que la legítima defensa de la animalidad.

Cuando Sebastián terminó la botella, se fue hacia el puente. Estuvo mirando el río enrojecido del crepúsculo, que de nuevo no dejaba ver su cercano fondo. Luego sonrió sin saber por qué y escupió al agua.

El Palacio Real tenía un tinte cárdeno de postrera luminosidad. Una bruma grisácea se extendía por encima del Campo del Moro. El pajarín desnidado tardíamente buscaba, alborotando, cobijo en los árboles con inquilinos fijos. Salió trapeando el murciélago a pasar su sombra de hoja por los faroles de gas, verdes de luz. Sebastián había cruzado el puente y caminaba hacia la estación. Lupe no sólo era una costumbre. No era como aquellas mujeres que tuvo unas veces por jactancia, otras por juego, otras... Pensaba que se había estado engañando. Con Lupe se podía haber ido a vivir fuera, tal vez venir a Madrid. Lupe siempre hubiera sido lo mismo. Lo sabía. Siempre hubiera sido fiel. A él le era fiel. Lo demás estaba en la desgracia, en la vida. Pero en Madrid, si él se hubiera entendido con Francisco para hacer algún negocio, ellos habrían vivido. Sin embargo, nada había sido así. La desgana, su irresolución, su mentira, le impidieron ver claro. Lupe habría sido llamada al cuartel de la Guardia Civil. Seguramente la tendrían detenida. Más tarde la echarían del pueblo. Para entonces quién sabe lo que le podía haber ocurrido a él.

En la entrada de la estación vendían periódicos en un puesto. Sebastián compró uno. Fue junto a un farol y pasó lentamente las hojas leyendo dificultosamente las noticias. Leía mal. En el ejército le habían enseñado a leer, pero después no lo había necesitado. Hacía años que no cogía un periódico entre las manos. Recordaba a su padre riéndose de los papeles, divirtiéndose con la gente a la que le daba por leer. «A ése le da por la ilustración». Y saber leer era algo entre cómico y de hombre de poco vigor en una pieza. Saber leer entre su gente, porque el padre respetaba y temía al estudiado. «Guárdate de los que saben, que sólo saben para hacer daño».

En el periódico no venía la noticia, o no la encontró. Sebastián se guardó el diario en un bolsillo de la chaqueta. En algún sitio lo miraría con calma. Luego decidió encaminarse hacia la estación de Atocha, cerca de la que había un bar donde se solía reunir gente conocida de otro tiempo. Esperó, tras de preguntar, un tranvía que lo

llevase y en él hizo el viaje por los perfiles de la vaguada del río.

Luz de neón, luz de ojeras. Paredes de un chapucero color verde desentonado a trozos. Mostrador de mármoles partidos y amarillenta barra que ha perdido el niquelado. Neoclásica fuente de la cerveza. En la alta rinconada, sobre una peana, el torpedo del seltz y del progreso, que se ha quedado antiguo como una imaginación mecánica del siglo pasado. El billarín de los zánganos. Las diez bolitas de la sandunga y la caña gratis haciendo cinco mil; haciendo siete mil, resignación del dueño y bocadete de jamón; haciendo diez mil, trampa y comprobación. Por las mesas del fondo, cafés cortados de las diez de la noche. Por las mesas del fondo, el pleito agresivo de las chicas de la vida. Por las mesas del fondo, la aburrida, terca, bisbiseante charla del andoba de visita. Por las mesas del fondo, la deuda al cerillero de un manojito de «bisontes». Por las mesas del fondo, el recuerdo de un niño comiendo el pan de los Hermanos del Ave María. Por las mesas del fondo, la turbia alegría, la inconsciencia de diecinueve años, que no es edad legal, y un manoteo, colorado de servir de chica para todo en casa de sueldo demasiado bien administrado. Por las mesas del fondo, la perdición de los horteras.

Sebastián sostiene la copa de coñac. Ahueca el brazo. Tuerce el pie como los toreros en la espera. Desploma los hombros. Está apartado unos centímetros de la barra del mostrador. ¡Ele!, en el gesto de la boca. Sebastián ha olvidado todo. No es buen actor. En él es una sabiduría fisiológica. Bebe lentamente y el nuevo, violento movimiento, en la aparente desgana, muestra algo felino y escurridizo. Luego se vuelve al mostrador. Habla con el mozo. Forma parte de la maniobra o del rito.

—¿Usted sabe si viene por aquí...?

—No lo conozco.

—Póngame otra copa.

En las mesas del fondo hay una mirada tendida a Sebastián. Una mujer se levanta. Enhebra los pasos. Camina grave. Las cejas altas. Larga la mirada y los labios apretados, como si pasase entre dos filas de molestos, de burdos piropeadores. Sebastián la siente llegar, pero no vuelve la cabeza. Está junto a él. Se dirige al mozo del mostrador:

—Manolo...

Taconea con inquietud. Insiste.

—Venga, Manolo.

Sebastián la mira de soslayo y lentamente se va dando la vuelta.

—Manolo, cámbiame este billete, que el cerillero no tiene. Anda, date prisa.

Sebastián le pregunta:

—¿Estás cansada, para quererte sentar tan pronto?

Ella tiene sus últimas defensas en la palabra, en el desplante, pero no se defiende.

—Manolo, date prisa, hijo.

—Ya va, Pepita, serenidad —contesta, castizales, el mozo.

Sebastián tiene la labia melosa, suave, fácil al halago.

—Con una planta así, Pepita, es para estarse de pie hasta el fin del mundo.

La mujer entra en conversación con Sebastián. Acaban yéndose a las mesas del fondo, donde simplicidad, canallería, desgracia, cobardía, alegría y tristeza se enroscan, se confunden, dando un nuevo punto de vista a la vida.

En los amagos del belén está el salero. En los dichos barrocos, platicando, está enredador y camelante el diablo pequeño, perilla chivona, colita de ratón, barriga de tambor, que zurce los pecados de la carne. Sebastián sabe demasiado. Pepita sabe demasiado. Acaban dejando el juego, empatado de golferías, triste de ingenios viejos, plateresco de las imágenes de la germanía.

Pepita moviliza su rubia cabellera, mientras echa el humo del cigarrillo a las lácteas alturas de la luz de neón.

—... me vine de Valladolid.

Sebastián escucha, la mirada por las vetas negras del mármol.

—Con la flor en el ojal dispuesta a todo.

Sebastián administra unas gotas de coñac, con el dedo, por las negras vetas.

—La vida...

Sebastián tabalea la uña del índice en el límite del plano.

—La mala suerte...

Sebastián acaricia un recuerdo de Lupe, lejana, en un bar de Talavera.

—A mí no me ha perdido nadie, ¿comprendes? Lo decidí yo.

Sebastián mueve la cabeza, pensando que hay una hora de caer, una hora negra.

—Voy tirando, como las demás.

Pepita forja en su mente un tremendo novelón. Pone música de fondo. Canturrea.

—*El camino de la vida ya te enseñará, ya te enseñará...*

Sebastián resume:

—Todos somos iguales, Pepita; lo que importa es ir viviendo.

—¿Me invitas a una copa? Bueno, si no, te invito yo.

Sebastián aprieta los ojos.

—Déjate de beber, mujer.

—Quiero invitarte yo.

Sebastián encoge los hombros.

El camarero de cuerpo de caballejo que ha entrado al turno de las diez y media vaga con su bandeja recogiendo servicios.

—No le llames, Pepita; vámonos a dar una vuelta por la calle.

Pepita abre su bolso. Saca una barra de carmín, un espejito y una medalla con la Virgen. Se retoca. Enseña la medalla a Sebastián. Tiene un buen recuerdo, una chamba en su vida, y un picor de nostalgia por los ojos. También una amalgama de

piedad y de superstición.

—Es la Virgen del Camino, ¿sabes? La llevo porque me la dio un amigo, porque me guarda. No me pasará nada mientras la tenga.

Sebastián piensa que hay gente al borde del camino que vive tranquila, que no necesita protección alguna, que ve pasar a los caminantes sin que les importe o preocupe. En cambio, los del camino, los que van por la vida y no se están quietos, ni les dejan estarse quietos, éstos tienen que tener toda clase de protecciones. Pepita no es más que un encuentro del camino, como Lupe, como todos los amigos, como toda la familia. Alguna vez se encuentra uno con un hoyo y cae. Es la hora. Unos se levantan, otros se quedan.

Antón Martín es lugar de mala parada.

—Te invito a la copa en este bar.

—Como tú quieras.

Entran en un bar.

—Lo llamamos nosotras el bar de la soledad, porque nunca hay gente.

Al término del mostrador está la cafetera exprés, vieja, y el rincón de las cucarachas marrones que zapatean por entre los vasos de café, cada uno con su cucharilla, cada uno con su paquetito de azúcar.

—Te has quedado triste, hombre.

—Estaba pensando.

—Pues no hay que pensar. Si una fuera a pensar, se amargaría la existencia. Para cuatro días que va uno a vivir...

Sebastián piensa que así es toda la gente del camino. Gente que mide la vida por cuatro últimos días siempre, que es necesario gozar.

—Cuando a uno le ocurren algunas cosas —dice Sebastián—, no tiene más remedio que pensar.

—No hay nada tan importante que le haga a uno pensar para amargarse.

Pepita lo siente así, porque para ella pensar es hacer un acto de constricción, darle vueltas a los errores cometidos, sacar fuerzas para una reforma que nunca llegará.

Pepita alza la copa.

—Vamos a brindar.

—¿Por quién?

—Por nosotros, porque no se nos cambie la suerte del todo y acabemos donde no se...

Sebastián bebe lentamente.

—Pepita —dice—, te voy a contar algo que te va a extrañar, algo muy raro que me está sucediendo contigo. Seguramente no me lo vas a creer. No me creas, pero es verdad.

Pepita se sonrío. No ocurre muchas veces, pero suele haber chalupas que le echan

por gusto cuento a las cosas.

—Anda, cuenta.

Sebastián guarda silencio. Como en un diorama, jugando ahora la luz de tras el lienzo, es Lupe la que ocupa el dintorno de la figura de la mujer que le acompaña.

—Anda, cuenta.

La vida al salto. Recuerda el miedo de Lupe. El miedo al coto, blanco y gris, donde se muere solo. Miedo de la soledad. Miedo de borrar la vida de uno tan fácilmente que no se percaten los que vivieron con uno que la vida no se vive sola. Resistencia a aceptar que uno se muere solo, a pesar de la vida. Miedo a adelantar la muerte habiendo vivido con alguien, con un alguien que ya no es ni meta de recuerdo. Porque si el recuerdo no se comparte, ya estás muriendo.

—Estaba recordando, Pepita, cosas que no son de hoy.

—Cuenta, hombre.

—No tienen gracia.

Sebastián sonrió.

—Te da romántica —dijo Pepita—, te da romántica como a mí.

Sebastián marcaba un volapié con la copa en la mano. El volapié del cante, el volapié de la compostura flamenca, chillado y grave.

—No, Pepita, es que se me escapa el santo.

La mujer se rió. Propuso:

—¿Otras?

—No tengo el cuerpo...

—Otras, que hoy me siento lanzada.

Pidió coñac.

—Mira, cuando yo estaba en Valladolid a veces me entraba una como tristeza por el cuerpo, como si me arrugase, como si me entrara un deseo de morirme...

—Te emborrachabas.

—Sí. Me emborrachaba sola o con quien fuese. Me emborrachaba hasta que no podía más.

Pepita contaba la historia tal como era. Luego la confundía por un extraño sentido de autodefensa.

—No vayas a creerte nada malo. Yo era decente.

Sebastián bebió de golpe.

—Vámonos a la calle.

—Espera.

—Vámonos.

Al salir a la calle Pepita le dijo a Sebastián:

—En Valladolid yo conocía a un muchacho empleado en la estación. Fuimos novios. Yo le quería mucho, ¿sabes?

Pepita se rió a carcajadas.

—Yo le quería mucho —repitió.

Sebastián la llevaba del brazo. Preguntó cansadamente:

—¿Te dejó? ¿Murió?

—No.

Sebastián perdía la mirada en la masa verdinegra de la Plaza de Tirso de Molina. El calor de la noche de verano hacía que estuviera concurrida y alegre. Llegaba de ella un olor pegajoso, vegetal y lacio. Había una procesión de luciérnagas de taxis. Se adivinaban cuerpos cansados, sueño e insomnio.

—Me casé con él.

Sebastián la miró a la cara.

—¿Tú estás casada?

—Cosas, amigo.

Sebastián hizo una pausa. Preguntó:

—Bueno. ¿Y qué?

La mujer se rió.

—Ahora vamos a beber vino, ¿te parece?

Por la escenografía urbana de la calle de la Esgrima encontraron la taberna de Eugenio Cachero. El mostrador apenas como una mesa de cocina. Las paredes pintadas de blanco, con una cenefa azul vacilante de línea, cercana a la alta techumbre. Busconas en familia. Forzados del vino y el mico cortejando. Eugenio, serio con la fila arañada, sirviendo vasos. El pudor de la gente de orden expresado al pasar en miradas inquisidoras. Por las profundidades, tertulia con cante barato. Un siseo de vez en cuando, de Eugenio que teme la advertencia del sereno, de los guardias.

—Vino, dos.

Pepita siente el retozo del vino por el cuerpo. Sebastián se desasosiega.

—Es mucho beber. Habrá que dejarlo.

Sebastián calcula su escasa fortuna.

—Vino, dos.

Pepita comienza una copla de radio, de gramola de bar. Eugenio advierte:

—Señorita, que no se puede cantar.

Cree su deber dar una explicación a Sebastián.

—En seguida caen por aquí y como le andan buscando las vueltas a uno, pues son diez duros. Menudo negocio hago yo.

Pepita canturrea al oído de Sebastián. Termina. Reflexiona una filosófica consecuencia.

—... y que es verdad.

Pepita bebe de golpe su vaso.

—Vino, dos.

Sebastián cansa el ojo por la sonrisa insistente de las busconas.

—Pepita, ésta es la última. Yo no bebo más.

El sereno vaga por la calle, taconeando el chuzo. El sereno lleva el cigarrillo rechupado pendiente del labio, el vientre abultado del cincho llavero, la blusa gris, abierta, los zapatos deslucidos y reventones de los padeceres de los pies. Suda y se tercia la gorra, que le molesta.

—Señorita, que van a dar las doce, que no es hora de armar escándalo.

Pepita se apoya en Sebastián.

—¿Qué dice el gallego?

Sebastián la amansa.

—No me armes un espanto. Sigue para adelante.

—¿Dónde me llevas?

—A tu casa.

—No.

—¿Dónde quieres ir?

—Al café.

Pepita se suelta de Sebastián y establece la embriaguez por su cuenta, desafiante.

—... *tán clavadas dos cruces.*

El sereno se acerca decidido.

—Como siga armándola, va a comisaría.

Pepita teme al sereno. Da explicaciones.

—¿Es que no se puede cantar bajo?

—¡Hala, andando! Ni bajo ni alto. Si canta, la llevo a comisaría.

Sebastián disculpa.

—Perdone usted, sereno; es que ha bebido un poco de más.

—Ya lo veo. Si en esta calle —insiste ordenancista y cazurro— les oigo cantar, van los dos a la comisaría.

En otra ocasión Sebastián se hubiera sentido flamenco. Coge del brazo a Pepita.

—Anda, cállate ya. Vamos.

—¿Es que no se puede cantar? ¿Es que uno no puede cantar cuando le da la gana?

—Anda. Vamos.

El sereno ha vuelto a su mutismo dispuesto a intervenir en cualquier momento. Ordena:

—Circulen.

Pepita se deja llevar mientras farfulla insultos. Ya en la calle de Atocha se estira, compone la figura.

—¡El tío gallego! Ya lo conozco yo al gachó ese. Te juro que me las paga un día. Voy a comisaría, pero le saco los ojos.

—Cálmate, Pepi.

Cuando llegan al café, Sebastián pide, apoyado en la barra, dos cafés, mientras Pepita se desmadeja sentada en una silla cercana al juego de las diez bolitas.

Toman los cafés.

—Esto te sentará bien. Te espabilas enseguida.

Sebastián desea marcharse. Titubea.

—Yo, Pepita, te voy a dejar. Mañana...

—Mañana igual que hoy. Vete cuando quieras, hombre. Ya te había visto venir desde hace un rato.

Sebastián paga en el mostrador.

—Bueno, Pepita, si tú te quedas...

—Déjame en paz.

—Mañana...

—Anda, vete a ver si tropiezas por ahí a una Venus —cela airada.

Sebastián se encoge de hombros. Sale a la calle. Camina hacia la estación. Vuelve sobre sus pasos. Piensa en todo lo que ha ocurrido desde que entró en el café. Piensa que necesita ir a algún sitio a descansar.

Antón Martín. Plaza de Tirso de Molina. Plaza de la Cebada.

El mercado de la Plaza de la Cebada tiene algo de circo, algo de garaje, algo de tinglado portuario, con su fantasma criminal dentro. Sebastián se acerca a un sereno.

—¿Hay por aquí una pensión para dormir?

El sereno le indica la Cava Baja.

Sebastián entra en una de las posadas de la calle. Son las doce y media de la noche y el vecindario se retira a sus casas. Del campo llega un viento tibio, que en la Plaza de la Cebada agiganta un hedor frutal, cárnico, pesado.

## Miércoles, Santa Cristina

La ventana da a un patio. La luz del patio tiene una turbiedad, una densidad, una acritud de zumo de limón. Sebastián, en el amanecer, se despierta, la boca seca, saborete de bilis, los brazos flojos y dolidos. Bajo el reloj de pulsera, unos pocos billetes doblados, apretados contra la muñeca. Entorna los párpados intentando dormirse. Siente las piernas débiles y nerviosas.

La cama es de hierro, con flores pintadas a los pies y en la cabecera; el colchón, duro, de borra apelmazada; el jergón, armado de ballestillas anchas; las sábanas, gastadas del uso; el cabezal, con un algo de pringue, que el cutis del rostro precisa.

Sebastián gira el cuerpo. Abre los ojos. Baldosas rojas y un trozo de alfombra, borroso el dibujo, oscura de suciedad la urdimbre. Enfrente, en el rincón oscuro de la alcoba, un camastro. En éste, un durmiente.

Sebastián oye la respiración acompasada de su compañero de habitación. Cuando llegó a la posada, se lo advirtieron.

—No queda más que una cama vacía en una habitación de dos.

Firmó en un impreso, luego que rellenó las casillas de filiación. Se inventó un nombre. Abonó nueve pesetas y dejó una de propina.

La luz del patio se va aclarando. Son las siete de la mañana. Sebastián tiene sueño. Sin embargo, no puede dormir. En el patio se oye el chancleteo de alguien. Luego una voz que requiere la presencia de una mujer. Un estridente ruido de cubos. Una conversación apagada.

Sebastián se incorpora. Encoge las piernas. Está terriblemente cansado. En los pies de la cama falta un boliche, el otro está inclinado, suelto, con manchas oscuras en el latón apagado. Cuando vuelve la cabeza se encuentra con la mirada del compañero de cuarto. Es un viejo. El pelo gris se le arremolina en la cabeza. Sonríe y muestra unos dientes quebrados. Saluda.

—Muy buenos días, compañero.

—Buenos días.

—¿Tiene usted hora?

—Las siete y diez.

—Todavía queda por dormir un buen rato.

Sebastián apoya el cabezal en los hierros de la cabecera. El viejo le pregunta:

—¿Por casualidad lleva usted tabaco? Es que anoche se me olvidó...

Sebastián se inclina hacia la silla donde ha colocado, doblados sobre el asiento, los pantalones.

—Tome usted.

El viejo coge el cigarrillo, lo examina, lo ablanda rodándolo entre los dedos.

—Fuma usted tabaco caro —comenta.

Hay un silencio. El viejo dobla un brazo sobre su cabezal, expele el humo del cigarrillo con delectación.

—Todavía no le he dicho mi nombre.

Sebastián guarda silencio. En el patio hay un creciente rumor de conversación. Se escucha un siseo prolongado. El rumor se va apagando.

—Me llamo José Cabeda. Profesión, mis labores.

El viejo se ríe con una penetrante risa en i.

—No vaya usted a pensar mal...

Sebastián se apoya en los codos cómodamente, con el zancajo del pie derecho da golpes en el colchón para hundirlo en los medios y poder poner las piernas a su gusto.

—Mis labores son labores muy particulares. Labores finas. Hago sombreros de papel, cometas, farolillos japoneses, trenzados para fiestas y verbenas. Me lo compran todo en la casa Álvarez. Los Álvarez hacen el gran negocio conmigo. Lo que yo les pongo a cuatro, ellos lo venden a diez. Antes de esto tuve un negocio de pasadores de medallas para el ejército. He recorrido todo España. Me conozco todos los cuarteles de España. Era un buen negocio. Lo que pasa es que ya es uno viejo y no está para andar trotando por ahí. ¿No le parece?

Sebastián encendió un cigarrillo. Preguntó:

—Habrán usted visto mucho...

—¿Yo? ¿Que si he visto? Treinta y dos años dando vueltas por el país y por Marruecos, figúrese. Yo les he vendido pasadores a todos los mandamases. Dígame usted un nombre conocido, de coronel para arriba, y a ése le he vendido yo un pasador.

Fumaron en silencio. El viejo dijo:

—Las cosas que yo podría contar... Mi vida es una novela, se lo digo yo. Yo he ganado mucho dinero; pero, amigo, ya sabe usted... Si le digo que yo he sacado, seguramente antes de que usted naciera, mis buenos veinte duros diarios, entre ventas y propinas, ¿qué diría usted?

Sebastián miró el reloj. Eran las siete y media. El viejo dijo:

—Ahora hay que dormir un rato. Todavía es pronto. Yo me levanto a las diez. ¿Y usted?

—Me da igual.

—Pues yo le avisaré si se duerme. Podemos ir a desayunar a un sitio que yo conozco, barato y bueno.

Hizo una pausa.

—¿Usted se llama?...

Sebastián respondió por su nombre.

—Sebastián Vázquez.

El viejo se inclinó, tendió la mano a través del espacio entre las dos camas.

Sebastián le imitó. Se estrecharon las manos.

—Mucho gusto, señor Vázquez.

—Tanto gusto, señor Cabeda.

—Buenas noches, hasta las diez.

Correctamente, cada uno giró el cuerpo en sentido contrario al del otro. El viejo hacia la pared. Sebastián hacia la ventana que daba al patio, que ya se doraba de sol.

Sebastián se despertó. El viejo ya estaba vestido. Sonreía.

—He estado silbando —dijo— para no despertarle bruscamente. Los malos despertares dañan el corazón. Apresúrese, que ya es hora de desayunarse. En la puerta de al lado está el lavabo. No debe de estar ocupado.

Sebastián saltó de la cama y se puso los pantalones.

—¿Tiene usted jabón? —preguntó el viejo—. Tenga usted jabón. No habrá toalla. Se puede usted secar con la sobrecama.

Sebastián se calzó. El viejo se sentó en el camastro.

—Esa cama donde usted ha dormido es endemoniada. Dura como una tabla. Ésta tiene el colchón de corcho. Es mejor.

—El manso de esta cama es bravo —dijo Sebastián.

El viejo pidió:

—Antes de irse a asear, ¿me podría dar usted un cigarrillo?

Sebastián le tendió el paquete.

Cuando salieron a la calle, el viejo llevaba una maletita de madera.

—Mi industria —dijo—. De cualquier cosa se puede hacer un oficio y sacar para comer. Yo con papeles de colores y goma, lo tengo resuelto. Trabajo en los mejores sitios. Con frío en las tabernas; con el buen tiempo en cualquier lugar donde haya sombra y no demasiados chiquillos.

En la calle de Toledo, la media mañana sonora, vivaz, luminosa. El arco de agua de las mangas de riego; el insectil caminar de la gente, como en un sendero de hormigas, con los mismos reconocimientos antenales, con las mismas dudas y paradas; el cacharreante pasar de los tranvías; el apagado mugido de los cláxones de los automóviles; gritos, voces rataplanes de garganta de los vendedores de la calle.

—Esta calle es muy hermosa —dijo el viejo—. A esta calle nos vinimos a vivir mi señora y yo cuando nos casamos. ¡Qué tiempos, compañero!

—¿Se le murió la mujer?

—¡Claro!

—No le entiendo.

—Se murió de pena de estar sola. Nos queríamos mucho. Yo no la podía llevar conmigo.

El viejo tenía ademanes teatrales. Hizo un silencio para significar su pena. Movilizó las manos en un temblor falso. Dijo:

—Anduve algún tiempo de mula coja, hasta que me repuse de la pérdida. ¡Una pérdida tan grande!...

Sebastián le miró interrogante. El viejo arrugó la nariz.

—Usted no sabe —dramatizó— lo que es perder la fiel compañera de la vida. Usted no lo sabe...

El viejo cerró un instante los ojillos, apretó los labios, movió la cabeza nerviosamente, inventó un sollozo.

—Nadie lo puede saber excepto el que lo ha pasado.

Estaban frente a un bar de puerta estrecha, abierta, por la que salía un tufo de gas.

—Aquí vamos a desayunarnos —dijo el viejo—. Pase usted.

—No, pase usted, señor Cabeda.

—Insisto, pase usted. ¡Paso a la juventud!

—Pase usted.

El viejo inclinó la cabeza cortésmente.

—Bueno, pasaré yo. Siempre cedo. Es mi costumbre ceder. Es mi filosofía. Me gusta pasar el último, pero pasaré el primero. Los últimos, compañero, serán los primeros.

El viejo pidió dos desayunos. Mientras los servían, dio en meteorólogo.

—Con los calores el aire se carga de electricidad. Usted no lo nota. Claro, usted es muy joven. Yo noto la electricidad en los huesos. Los siento cargados de fluido. Los que ya tenemos muchos años sabemos que esto es lo peor del verano, porque lo mismo se forman tormentas en las alturas que en los huesos de uno. No somos nadie, compañero, y una tormenta de ésas lo lleva a uno a la Sacramental y ¡a Dios misericordia!

Les sirvieron dos tazas de manzanilla y dos copas de aguardiente.

—En el verano —dijo el viejo— lo mejor para el desayuno es la manzanilla seguida de un copetín. Le arregla a uno el estómago y le descarga la electricidad.

Sebastián callaba. El viejo le miró fijamente.

—Lo que usted necesitaba era haber dormido más. Siete días que vive uno y no saberlos dormir... Claro que ésta es la maldición divina. Siempre he tenido para mí que el Paraíso no fue otra cosa que una larga y buena siesta. A Adán lo despertó la mujer y perdió la ciencia de dormir. Es algo que no se le ha ocurrido a nadie. ¿A que a usted no se le había ocurrido?

—No, no se me había ocurrido.

—Pues esto se lo dice un hombre dinámico como yo, un hombre que no tiene un pelo de perezoso.

Sebastián terminó su copa de aguardiente. Hizo un gesto al del bar. El viejo dijo:

—¡Quite usted allá! A desayunar le invita un servidor de usted.

Sebastián se encontraba cómodo en compañía del viejo. La voz del viejo le

tranquilizaba. No sabía por qué, pero no tenía miedo junto a él. Parecía que el viejo fuese la clave de la existencia, y su voz era el rumor de la vida sosegada, de la vida en calma.

—Si usted no tiene otra cosa que hacer, le brindo mi compañía hasta la hora de comer. Podemos ir donde haya un jardín. Me verá usted trabajar. Trabajo fácil, sí, pero delicado. Encontraremos algún amigo. ¿Qué le parece la Cuesta de la Vega?

Sebastián movió afirmativamente la cabeza.

—Pues allá nos vamos.

Caminaron lentamente. Sebastián se ofreció a llevarle la maleta de madera.

—No, no. Apenas pesa. Son papeles, como le he dicho, y dos frascos de goma. La ropa me la guardan en la posada. Allí tengo una maleta grande con mis cosas.

En la Plaza Mayor formaban un tiovivo los tranvías. En la Plaza Mayor, junto a la estatua, eclipse de sol. En la Plaza Mayor, el sueño de decoración del señor Cabeda, tomando como centro la hermosa nariz del rey a caballo: cientos de cadenetas y faroles japoneses en los balcones.

—Sería todo un año de trabajo, pero sería la verbena mejor adornada del mundo.

Sebastián sonrió contento.

—¿Por qué no lo propone?

—No me harían caso.

El viejo compró un periódico. Sebastián naufragó en la realidad. Ya no escuchaba al viejo.

—... enterarse de lo que ocurre por el mundo...

Sebastián sentía que le arrebataban aquel rincón, aquel limbo de sosiego, de la amistad con el viejo. Volvía a ser un perseguido.

—Lo leeremos cuando nos sentemos.

Sebastián seguía emparejado al viejo. Caminaba a su compás. El viejo se paró en una tienda de condecoraciones y efectos militares.

—¿Ve usted esos pasadores? Pues mucho más artísticos los he hecho yo. Entonces nadie se dedicaba a la industria de los pasadores. Pasadores para héroes, pasadores para gente de oficinas, pasadores para criminales. En África había de todo. ¡Quién sabe! Yo he conocido soldados condecorados de los batallones disciplinarios. Seguramente merecieron la condecoración y acaso también el ser fusilados.

Sebastián hubiera dejado al viejo, pero se sentía cobijado por él.

—En las guerras se hacen demasiadas barbaridades para que haya medallas. Pero resulta que el hombre es así. Tiene que haber premios para todo. Premios y castigos, ¿no le parece, señor Vázquez?

Sebastián estaba descubriendo en la voz del viejo unos ligeros matices de burla. Pero el viejo no se burlaba. Sebastián le preguntó de pronto:

—¿Usted sabe quién soy yo?

El viejo dudó un momento.

—Creo que sí. Sebastián Vázquez, según me ha dicho usted.

Sebastián tenía el presentimiento de que el periódico daba su nombre.

—¿Quiere usted enterarse bien de quién soy yo? Mire el periódico.

—No es necesario, hombre. Si es algo desagradable, algo que usted haya hecho que no haya sido honrado, no es necesario. No tengo ningún interés en enterarme de quién es usted.

Sebastián calló. La voz del viejo volvió a ser alegre.

—El cuerpo, compañero, necesita de vez en cuando que se le recete algo. Lo mismo ocurre con el espíritu. Yo para el espíritu me suelo recetar una medicina llamada presente. La medicina del minuto. Claro es que a veces caigo enfermo de pasado o de porvenir. Me gusta recordar el pasado, sí, pero en los sucesos. Procuro no tener nostalgia, compañero. Y del porvenir... Del porvenir, nada. ¡Qué sé yo si me voy a morir en el camastro de una posada, en el hospital o en la calle! Cuando sea, entonces...

Creó un silencio.

—¿Usted se llamaba en la posada, quiero decir para los de la posada?...

—Me inventé un nombre.

—¿Cuál?

—Antonio Jiménez.

—Bueno.

El viejo tendió la mano.

—Pues tengo mucho gusto en conocerle, señor Jiménez.

Sebastián apretó la mano del viejo. Éste miró cuidadosamente el periódico, arrugó la frente, volvió el labio inferior.

—Siempre ponen las mismas cosas.

Al llegar a la escalinata del viaducto lo tiró.

—Ahora, en cuanto nos sentemos, verá usted cómo trabajo. Seguramente me podrá echar una mano. Cuando llegue un amigo mío nos iremos a beber unos vasos. ¿Le parece?

Sebastián miró la lontananza brillante, por encima de las últimas ramas de los árboles.

—Como usted quiera.

Los dos bajaron por la cuesta en busca de un banco a la sombra para hacer cadenas para las verbenas, para los festivales, para la alegría. La tierra estaba húmeda, recién regada. Olía bien. El viejo respiró profundamente. Dijo a Sebastián, con la cara iluminada de una infantil picardía:

—Deme usted un cigarrillo. Siempre se me olvida comprar tabaco.

Habían alternado los papeles verdes, los amarillos y los rojos. El viejo había

sacado del bolsillo del chaleco una tijera y los estaba cortando. Extendió luego la larga oruga de colores. Puso ojos de artista.

—Queda bien, ¿verdad?

—Queda muy bien.

—Tengo que hacer siete diarias para sacarme el jornal.

—No le lleva a usted mucho tiempo.

—Eso parece, pero sí lleva tiempo. Cuando más trabajo es por la tarde. La tarde me cunde mucho. Luego, en la habitación, si no tengo compañero ni sueño, también hago algo. Pero no crea, nunca hago más de lo que necesito. Si hago más de la cuenta, al día siguiente trabajo un poco menos y compenso. El trabajo es otra maldición de Dios, pero hay que hacerlo para poder comer.

Sebastián preguntó:

—¿Y dónde aprendió usted a hacer estas cosas?

El viejo enarcó las cejas, se quedó un momento pensando.

—En el hospicio. Allí lo aprendí y acaso allí enseñé a alguno a hacer estas cosas.

Sebastián miró al suelo. El sol, a tres pasos del banco, había secado ya la tierra. El viejo continuó:

—Yo soy hospiciano. Del hospicio pasé al cuartel como educando de banda. Luego me dediqué a hacer pasadores. Me lo enseñó un soldado viejo en el calabozo. Aprendí a hacer estuches de papel endurecido con goma laca. Aprendí a forrar estuches y portafotografías con hilos de colores. Aprendí a hacer carpetillas para el papel de fumar, y objetos de regalo con dibujo moro. Todo con papel, hilos y madera. Éste ha sido mi oficio.

El viejo guardó en la maleta los recortes del papel.

—Una de las cosas que me hubiera gustado tener —dijo— es una tienda de pájaros. Nunca reuní dinero suficiente para ponerla. Todo lo que he ganado me lo he gastado. No he sido hombre de orden.

Movió la cabeza el viejo a un lado y a otro. Chascó la lengua.

—Para tener dinero hay que tener orden, hay que pensar en el porvenir. Yo he nacido pobre y moriré pobre. La pobreza es una enfermedad que uno padece; también la riqueza, compañero. Lo que pasa es que una es peor que la otra. Lo natural es no tener nada. Eso es lo natural, como todos los bichos del mundo. Hay que trabajar para comer hoy, no mañana. Hoy es lo importante. Lo que sobra hay que dejarlo pudrirse y no preocuparse.

La oruga de colores que sostenía el viejo entre las manos fue aplastada. La metió en la maleta. Sebastián sacó los dos últimos cigarrillos del paquete y le ofreció uno al viejo. El paquete, arrugado, lo echó bajo el banco.

—Ahora vendrá el amigo que le digo —afirmó el viejo—. Es algo más joven que yo, un tipo muy curioso. Ya lo verá. Un revolucionario.

Estuvieron fumando en silencio. El viejo anunció a Sebastián:

—Ahí viene.

Un hombre alto, delgado, cargado de hombros, se acercaba por el paseo.

—Es puntual. Ahora debe de ser la una y media.

Sebastián miró el reloj.

—Las dos menos veinticinco.

—Puntual —dijo triunfalmente el viejo—. Charlaremos un rato y luego nos vamos a beber unos vasetes.

El hombre alto llegó junto a ellos. Saludó:

—Buenos días, Cabeda, y la compañía.

—Buenos días, Hernández, ¿qué tal va eso?

—Muy bien, ¿y usted?

—Muy bien, gracias. Le voy a presentar a un amigo. El señor Jiménez.

Sebastián se levantó y dio la mano a Hernández, un poco abrumado por tanta fórmula cortés. Hernández se sentó en el banco, junto al viejo.

—¿Qué, mucho trabajo?

—¡Vaya!

Hubo un silencio. El viejo dijo:

—Le estaba yo hablando de usted a este amigo.

Hernández hizo un gesto de asentimiento. Dijo:

—¡Ajá!

—Le estaba hablando de que usted ha sido un revolucionario. Un hombre activo y práctico.

—No exagere, Cabeda —su voz sonaba humilde—. Va a creerse este señor que yo he sido el Cid Campeador —se dirigió a Sebastián—. No. Uno ha hecho lo que tenía que hacer y ha llevado una conducta honrada toda su vida. Nada de amaños. Nada de hoy para ti, mañana para mí. Me costó la expulsión del partido. Menos mal que tuvieron la idea de expulsarme, porque si no me hubiera ido yo y los hubiese dejado en ridículo. Uno ha trabajado, eso es lo que ha hecho, por la clase obrera.

Sebastián sentía los ojos de aquel hombre clavados en el rostro. Unos ojos grandes, azules, suaves y, sin embargo, duros.

—A mí, la lucha. La lucha ha sido mi manía toda la vida. Cuantas más dificultades, mejor. ¿Había que ir a la cárcel? Pues se iba sin hacer de ello una epopeya. Antes que nada, antes que la familia, los hijos, la vida, la lucha. El hombre que no lucha es un muerto en vida. A mí... ¿Cómo se llama usted, y perdone?

El viejo terció:

—Antonio Jiménez.

Hernández continuó:

—A mí como le digo, Jiménez, la lucha. Claro, esto es una cuestión de

temperamento. Aquí, por ejemplo, nuestro amigo Cabeda nunca ha sido luchador. Él es otra cosa. Él es un filósofo. Todo le parece bien, o todo le parece mal. No se sabe. Por eso somos buenos amigos, porque es un filósofo y yo un luchador. Él no me lleva jamás la contraria. Si no, ya hubiéramos reñido y, sin embargo, somos amigos de antiguo.

Hernández tenía una voz monótona, sin inflexiones. Hablaba rápido y sin fatiga. El viejo elogió a su amigo:

—Usted, señor Jiménez, es muy joven y no habrá oído hablar de él, pero si tuviera mi edad sabría lo que hizo. Traía en jaque a todos los patronos de la construcción. Los traía locos. Él solo organizó una vez una huelga...

Hernández movía la cabeza asintiendo, satisfecho. Interrumpió al viejo:

—He hecho eso y mucho más. He levantado una provincia en unas elecciones.

Hernández tenía un gesto regocijado.

—Quisiera que usted lo hubiera visto. Hubo de todo. Y allí me tenía usted hablando y hablando y hablando. Hasta que me quedé sin voz. Diciendo lo que tenían que hacer. Lo que había que hacer. Ni la Guardia Civil ni nadie podía contra mí. Claro, acabé en la cárcel. Y allí llegó un señorón explotador y me dijo: «Oiga, Hernández, le doy a usted tanto». Y no crea que me ofreció poco: el dinero no hace al caso. Bien, pues me dijo: «Oiga, Hernández, tanto y la libertad bajo la promesa de que no vuelve usted por aquí más». Yo le respondí: «Guárdese su cochino dinero; a mí no se me compra. Guárdese su despreciable libertad. Hernández se queda en la cárcel. Hernández no admite un céntimo de un explotador. Hernández es fiel a sus principios, y se lo digo a usted, que sé que defiende lo suyo».

El viejo se entusiasmaba oyendo hablar a su amigo. Le dijo a Sebastián:

—¿No le decía yo a usted? Un auténtico luchador. Un revolucionario.

Luego se dirigió a Hernández, interrumpido en su disertación:

—¿Y él qué le dijo?

—¿Que qué me dijo? ¡Qué me iba a decir! Agachó la cabeza. «Usted es una pena que esté al lado de ellos. Hombres como usted es lo que necesitamos nosotros. Usted, Hernández, es un hombre». Eso fue lo que me dijo aquel tipo.

En los ojos de Hernández había un fulgor de orgullo. Afirmó:

—Eso es lo que he sido toda mi vida: un hombre. Lo mismo en la desgracia que en el triunfo. Si yo hubiese nacido en otro país, quién sabe a lo que hubiera llegado. Claro que a mí no me tiran los honores, pero hubiera llegado a algo muy gordo y hubiera hecho justicia. Sí, justicia.

A Sebastián todo el discurso de Hernández se le aglomeraba como una parla de loco, salmodiada y grave, en los oídos.

Hernández se levantó del banco.

—¿Le parece a usted que vayamos a refrescar?

—¿Le parece a usted? —preguntó el viejo a Sebastián.

Sebastián dijo:

—Lo que digan ustedes.

Hernández caminaba dos pasos delante de ellos, conduciéndolos, capitaneándolos.

—Junto al viaducto hay una taberna donde se puede tomar un vaso y charlar un rato sin interrupciones.

El viejo afirmó encantado, sonriente:

—Sí, es una buena taberna. Quiero que la conozca nuestro amigo. Es una taberna —se dirigió a Sebastián— de un antiguo compañero de lucha de Hernández.

—Los compañeros deben ayudarse —dijo seriamente Hernández—. Los compañeros deben estar unidos hasta la muerte.

El viejo, mientras caminaba, hacía en voz baja elogios de Hernández, que éste fingía no oír.

—Es un hombre cabal. Hasta que lo echaron del partido, porque usted ya sabe que en todo hay zancadillas y malos quererres, era el brazo derecho de la acción del partido. Luego se acabó. Puso una frutería, que ahora lleva un hijo suyo. Fue para él un golpe de muerte su expulsión, pero supo salir adelante y no desfallecer.

Sebastián miraba sus cargadas espaldas. El viejo continuó:

—Y no crea usted. Ha sido un perseguido. Los mismos de su partido lo persiguieron luego, porque le temían. Ya nos lo contará. Le temían, porque sabían que Hernández no cedería nunca.

La taberna del compañero de Hernández estaba en la calle de Segovia, a cien pasos del viaducto. En ella entraron. Hernández saludó y preguntó al chico de detrás del mostrador por el dueño.

—Ahora sale.

—Dile que está su amigo Hernández.

A poco salió el dueño. Un hombre gordo, sonriente, con los carrillos colorados. Se secaba las manos en el mandilón a rayas verdes y negras.

—Hombre, Hernández. ¿Cómo por aquí?

—A visitarte, viejo vendido —dijo Hernández riéndose.

—¡Ay, si tú supieras!... —reparó en el viejo—. ¿Qué tal, señor Cabeda? Hacía tiempo que no se dejaba usted ver el pelo —cambió la voz—: No son los tiempos de negocio, Hernández. No marchan bien las cosas. Nos asan a impuestos. Se llevan lo que ganamos, lo poco que ganamos. Mal van las cosas.

Hernández se sentó en una banqueta. Las rodillas le punteaban bajo los pantalones. Reposaba las manos, largas, huesudas, arbustivas, sobre los muslos. Estiraba el cuello y lo encogía, formando una golilla de pellejo como las tortugas. Sonreía.

—Recuerdo —dijo solemnemente— que una vez fuimos a revolver un poco las conciencias en Getafe. ¿Te acuerdas tú, López?

—¿No me voy a acordar? —respondió el tabernero.

—Fue en invierno. Pasamos mucho frío hasta que comenzó la función. No me dejaron hablar. Tuvimos que salir por pies. Yo creo que llegamos hasta Madrid corriendo. Desde luego no he sudado más en toda mi vida. A éste —señaló al tabernero—, le arrimaron un palo detrás de las orejas como a los conejos. Por poco acaban con él.

El tabernero hinchó la barriga. Dio noticias, hizo historia:

—A ti por poco te quiebran de una pedrada, aparte de los palos que te dieron, que estuviste rebragado más de un mes.

—Es verdad —dijo, pensativo, Hernández—. Es verdad, para todos hubo.

El viejo se dirigió a Sebastián:

—La juventud de hoy no es como la de antes. Ahora parece más serena. En mis tiempos la juventud era muy loca.

Hernández le atajó:

—Es que la raza degenera. La raza va a peor. Mi padre solía decir que mi abuelo, a los cincuenta y tantos años, tenía más pulso que un hombre de treinta. Los alimentos...

—Hoy se come menos —dijo el tabernero—. Se come menos y se bebe más. El vino sin comida come grasa. Hoy la gente es más flaca.

Hernández aclaró:

—¿Qué tiene que ver la flacura con la fuerza? Yo he sido siempre flaco, pero mi esqueleto —puso las manos sobre el pecho— es de hierro. Lo que importa es el esqueleto. Lo dicen así los médicos. Hoy los esqueletos, por eso que digo de los alimentos, son más débiles.

El viejo dio su juicio:

—Hernández tiene razón.

El tabernero se encogió.

—Yo no digo que no la tenga.

Bebieron los cuatro de una botella con tapón de cañita. El tabernero sacó su petaca y ofreció. Sebastián no aceptó. El viejo aceptó. Hernández no aceptó. El viejo lió su cigarrillo cuidadosamente.

—No debería fumar tanto antes de comer.

—No debería fumar nunca —dijo Hernández—. Yo no he fumado nunca. Si fuésemos a contar al cabo de la vida el tiempo que se pierde fumando, sumarían años. La mano de obra con el vicio del tabaco rinde una décima parte menos. Deberían hacer una ley prohibiendo fumar.

En el umbral, sol y sombra. En el escaparate, una raquílica luz tamizada que

dobra sobre las botellas arrancándoles gemáticos reflejos. En la taberna, una penumbra casi líquida que calma los ojos. El espejo grande de detrás del mostrador azulea los rostros.

Sebastián ha pasado la botella al viejo. Dice:

—Me marchó. Los voy a dejar a ustedes.

—¿Cómo eso? Espérese, compañero, y nos vamos juntos a comer. A la tarde ya será otra cosa, porque el trabajo tiene sus exigencias y usted tendrá, además, que hacer algo.

Hernández teme perder público.

—Hay que esperarse, hombre; con este calor no se puede dar un paso.

Sebastián accede. El viejo anima la reunión.

—Que nos cuente Hernández cuando fue torero, que de todo tiene que haber en la viña del Señor.

Hernández no desea hablar de sus fracasos como torero. El viejo insiste. Por fin, Hernández comienza:

—La verdad es que no es un episodio muy glorioso para mí este de mis intentos de hacerme torero profesional. He dicho torero profesional, porque yo fui torero aficionado, y como aficionado no estaba mal.

Hizo significativamente memoria.

—Tendría a lo sumo veintidós años. A los veintidós años se hacen muchas locuras, la personalidad no está formada, uno no sabe bien todavía lo que quiere ser. A mí me dio lo de torero. En mi barrio habían salido dos y eran como héroes. A mí lo de ser héroe me ha tirado siempre. Bueno, pues me fui a las capeas de los alrededores de Madrid...

Sebastián ya se sabía la historia. Iba pensando. Ahora dirá que los toros de antes no eran como los de ahora, que entonces costaba mucho triunfar, que no pagaban nada en los pueblos, que todo lo que se podía llevar uno era una buena cena en la cocina del alcalde o una tunda de palos de los mozos, según quedase uno bien o mal. Etcétera, etcétera.

—Los toros de antes no eran como los de ahora. Aquéllos eran toros. Los de ahora me comprometía yo a mis sesenta y tres años a torearlos.

La desfachatez de Hernández lo hacía antipático a Sebastián. Procuró no escuchar. Bebió de la botella.

—Torear en los pueblos lo hacían cientos de muchachos. Ahora, salir de aquellas capeas, ganar dinero, ser famosos, lo eran pocos. Pocos llegan en cualquier profesión. En esta de torero, menos que pocos.

Sebastián miraba al viejo. El viejo miraba a Hernández. Hernández miraba al suelo. En el suelo, una mosca gorda rondaba una mancha de vino. El tabernero era pura ensoñación, con los codos apoyados en el mostrador. Su ayudante atendía con un

fueguillo vocacional por los ojos.

—En un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme, nos echaron una marrajada de gigantes. Mi compañero, el bueno de Fermín Lucena, que venía conmigo, me dice: «Hernández, que yo no me acerco, que yo dejo de ser torero y me dedico para siempre a lo mío». Yo soy bastante tranquilo. Le dije: «Mira, Fermín, si no te acercas a darle un capotazo aunque sea, los mozos de este pueblo nos brean. Yo voy a hacer lo que sé». Y con las mismas, me acerco al toro. Paso a paso, echándole arte al trance. De pronto se me viene para mí como una carga de la Guardia Civil. Pasa. Pasa otra vez. Oigo gritos. Pasa una tercera vez. Vuelve a pasar. Me voy asegurando. Le grito a Fermín: «Ahora tú, con calma». Los mozos estaban entusiasmados. Toreamos los tres bichos. Los mozos gritaban: «Que no se acerque nadie, que los dejen solos a esos dos». Nos habíamos hecho con la masa. Pero cuando ya iban a retirar el tercero, de pronto me da a mí un repente. Y voy con el capote. Lo llamo, se arranca despacio y... me largó un hachazo... Menos mal que me dio casi con la cepa del cuerno. Me mandó contra las talanqueras. Lo pasé muy mal. El médico me dijo que me había roto una costilla. Pero ni costilla ni nada; yo tengo el esqueleto muy duro. Estuve, eso sí, cinco días en la cama, bismado. Y se acabó.

Sebastián estaba aburrido. El fastidio de la charla de Hernández hacía que le naciera la preocupación de sus asuntos. Temía perder la compañía del viejo porque temía el desasosiego y la angustia de su situación. Junto al viejo pensaba mejor, no se le llenaba el pensamiento de temores, no se hundía en los temores. Pensaba en imposibles soluciones. Creaba remedios. Sentía que dosificaba la vida y que se daba cuenta de su transcurso. No olvidaba la vida. Esto era lo principal. La dejaba irse sabiendo que se iba. Tenía la conciencia de su situación, pero la veía desarrollarse fuera de él.

—Señores, ustedes disculparán, tengo que irme.

El viejo le miró a la cara.

—Bueno, si usted se va, yo me iré también. Quisiera antes de la tarde decirle alguna cosa que le interesa.

Hernández se levantó de la banqueta.

—Cabeda, yo me quedaré todavía un rato. Para mí es pronto. En casa comen tarde.

—Bueno, pues hasta mañana.

El viejo dio la mano a Hernández y al tabernero. Sebastián le imitó. Hernández dio al público unas frases de despedida.

—La fortaleza está en el corazón del hombre más que en sus músculos. La fortaleza depende de lo sano que esté el corazón.

El viejo caminaba por el litoral de sombra que Sebastián le había cedido. Sebastián iba al sol.

—A usted no le ha gustado mi amigo, ¿verdad? —dijo—. Es un tipo muy curioso; muy buena persona. Hace muchos favores, ¿sabe? Ya se ve que no le ha gustado. Ustedes son opuestos. También las circunstancias en que lo ha conocido... Eso es lo que los aleja más.

Subían por la calle de Segovia. Los machones del viaducto fortificaban los terraplenes de la vaguada. El arco del viaducto canalizaba las altas vistas del principio de la calle. La sombra del viaducto invitaba a la parada.

—¿Usted tiene familia? —preguntó el viejo.

—Sí.

—¿Aquí en Madrid?

—No.

—Usted vive en...

—No, estoy de paso.

—¿Dónde va?

—No lo sé.

—¿Barcelona? No, no vaya. No le conviene ir a Barcelona.

Sebastián le miraba asombrado. Luego dijo:

—¿Por qué lo sabe usted?

—Perdone. En realidad, yo no sé nada. Puede ir usted a Barcelona, o a cualquier otro sitio, pero tenga cuidado: se pueden repetir los hechos.

Sebastián miró hacia lo alto del viaducto.

—El azar interviene en casi todas las cosas —dijo el viejo—. La mala suerte suele ser compañera del hombre; fiel compañera. Luego lo deja a uno. Llegla la buena suerte, que no existe, que es solamente la ausencia de la mala. Bueno. Soy bastante confuso. Tenga usted cuidado.

—Usted sabe lo que he hecho yo. Usted sabe...

—No me lo diga. Lo sabe todo el mundo. Venía en los periódicos de anoche. Un gitano llamado... Bueno, usted no se llama como el de los periódicos. Usted es Antonio Jiménez.

Sebastián hizo un gesto de duda y de recelo.

—No tema, compañero; el último sitio que se me ocurriría visitar voluntariamente es una comisaría. Yo, en espíritu, estoy fuera de la ley. Yo estoy contra la sociedad. Solamente quería...

Sebastián preguntó:

—Señor Cabeda, quisiera que usted me dijera... Compré el periódico, pero no lo vi.

—No vendría en el que compró.

—No sé... ¿Murió el guardia?

—El cabo Francisco Santos. Murió.

El viejo dio unas palmadas en la espalda a Sebastián. Dijo:

—Él ya está muerto. Nada se puede arreglar. Él ya está muerto...

Sebastián tenía la cara pálida.

—No lo piense —dijo el viejo.

Sebastián pensó que había matado a un hombre. A un hombre con su nombre y apellido, con su familia seguramente. Francisco Santos. Miró al suelo.

—Señor Cabeda...

—Cálmese, hombre. Lo que importa es que usted, ahora...

—Lo mejor, señor Cabeda, es que nos separemos.

—Es verdad que nos tenemos que separar, compañero, pero yo quería ofrecerle antes. Usted perdonará. No lo diría de no ser por las circunstancias. ¿Tiene usted dinero? Yo no le puedo ofrecer mucho, pero mi dinero está a su disposición.

Sebastián palpó en el bolsillo su escaso dinero. Tal vez diecisiete o dieciocho pesetas.

—No, no necesito dinero.

El viejo miró a lo alto del viaducto.

—Le extrañarán todas estas cosas que yo le digo. Necesita usted una explicación. Necesita saber por qué soy yo así. Necesita usted saber que yo no he aprendido mi oficio en el hospital ni en los calabozos del cuartel. Podía haberlo aprendido así, pero no fue en ninguno de esos lugares. En el hospicio y en el cuartel aprendí otras cosas. Mi oficio lo he aprendido en la cárcel. Veinte años de cárcel. Cuando salí, ni mujer ni amigos ni nadie. Vacío. No servía para nada. Sabía dar lustre a las tapas de los libros. Sabía hacer cadenas y todas las cosas que le he dicho. Tenía en el bolsillo ciento veinte pesetas. No las he gastado. Es mi reserva. Ciento veinte pesetas en el bolsillo del chaleco, junto al corazón. En veinte años, ciento veinte pesetas. En cuarenta, doscientas cuarenta. En un siglo, seiscientas pesetas. Buen jornal, ¿no le parece? Un buen jornal y una gran tranquilidad —el viejo hizo un gesto cómico—. Hernández cree que soy un trasto viejo, pero Hernández no sabe nada. Yo he tenido un proceso memorable en el año trece. Dos compañeros... Bueno, es mejor no recordarlo. Hay especies que se extinguen. Suelen ser las fuertes. Lo mejor para pervivir es ser débil. Las moscas no desaparecerán. Las moscas son moscas desde el principio del mundo. Seguirán siendo moscas hasta que desaparezca el mundo. En cambio, los dinosaurios son piezas de museos. Yo pertenezco a las piezas de museo. Yo y todos los de mi especie.

De pronto, dijo bruscamente:

—Esas ciento veinte pesetas están a su disposición. Esas ciento veinte pesetas yo no las necesito para nada. Nadie me exigirá dinero para enterrarme. Son tuyas —el viejo tenía en la mano los billetes. Se echó a reír—. Ciento veinte pesetas de entonces eran algún dinero; hoy no es nada. Me hubiera gustado tenerlas en los mismos billetes

que me dieron, pero ahora no serían más que papeles viejos y no podría ayudar a un compañero. Éstas son de eso que se llama curso legal. Téngalas.

Sebastián le miraba a los ojos. El viejo frunció los labios.

—Después de lo que he dicho, me ofendería si no las aceptase.

Sebastián alargó la mano tímidamente.

—Muchas gracias, señor Cabeda.

—José Montaner Cabeda, de Barcelona.

Sebastián guardó el dinero. El viejo le tendió la mano.

—Hemos de separarnos. He tenido mucho gusto, compañero. Suerte.

—El gusto, señor Cabeda...

Interrumpió el viejo.

—Hágame usted un favor. Llámeme compañero. Será volver a lo que sólo es recuerdo.

—Suerte, compañero.

El viejo salió de la sombra del viaducto andando calle de Segovia arriba. Sebastián subió por la escalinata hacia la calle Mayor.

Chufra de los mirones. El agua bate la luz y la deshace en colores de vidriera. Las botas de goma y los coturnos de los empleados municipales chapotean al corro del árbol de agua de la cañería reventada. Juegan los últimos niños de la mañana con palitos, en el reguero acantilado por la acera. El Palacio Real tiene la palidez tradicional de los infantes que enternecen el suspiro de las viejas pulidas —cintajo al cuello, tras el visillo terciado, el ojo alerta, bisbos de rosario, patriotismo colonial—. Los reyes de los jardines tienen musculatura de caballos de guerra. Bajo los reyes de los jardines, en los bancos, los sólitos, amargos ancianos de la gleba, dejan pasar el tiempo.

Sebastián zaquea hacia la Plaza de España. Las sombras están a media asta. Son las dos y media. Las dos y media, y sereno el cielo. Las dos y media, y un tranvía moroso, con un repique de monaguillo, apagándose en la fronda de la arboleda. Las dos y media, y los cimientos del rascacielos que sostienen un cielo de siesta. Las dos y media, y el abrecoches con la digestión a medio hacer —el fresco tomate, la sardina embalsamada, el vino con limón y el pan añorando la chicha— bailando en el estómago. Son las dos y media en todos los relojes de Madrid. Son las dos y media, y Madrid es un pantano en luz solar.

El churre de las gambas a la plancha le corre los dedos a la muchacha. El que la acompaña le hace la mano con una servilleta mientras le habla por bajo. Sebastián ha entrado a preguntar.

—¿Sabe usted algún sitio para comer, cerca de aquí?

El del bar lo examina.

—Ahí en la calle de la Puebla tiene usted un sitio que está bien.

En la calle del Pez, sombra y bochorno. En la calle de la Puebla, bochorno y sombra. El restaurante barato muestra la carta en el escaparate. Sebastián entra. Olor de cocina. La clientela aguza el diente, escarba el diente, marca el diente en la fruta, pega el diente al hueso, entretiene el diente por el pan, mientras los mozos vienen y van, van y vienen, los pulgares bañándose en los platos o poniendo la huella en el librito de notas.

—... usted, uno de lentejas; usted, cincuenta de vuelta. Usted, media botella; usted, nueve pesetas en total y..., muchas gracias, caballero. Siga usted bien... Muchas gracias, muchas gracias... No, señor, está hecho con aceite de oliva...

Sebastián se ha sentado junto a la puerta. Contempla el largo comedor. Caras, cabezas y espaldas. Palabras. Silencios. Periódicos. Protestas. Urgencias. Demoras. El jugueteo amoroso de una pareja. El buche de agua de un vejstorio gorrino. La voz de los aledaños del fogón: «Se ha acabado la ternera. Evaristo, táchala». Y el calor, sobre todo calor. Los oficinistas jóvenes comen en mangas de camisa. Los oficinistas viejos no se sueltan ni la corbata. Una señora, con un vestido pasado de moda, se refresca el rostro abanicándose con la carta del establecimiento.

Sebastián combatía con el entrecot aforrado, atento al tajo, el rizado mechón caído sobre la frente. Levantó los ojos. Desde el fondo del restaurante se acercaba el escándalo de los parguelas. Trenzaban el melindre, se recomponían ausentes de la expectación. Brama de los empleados jóvenes. Acaso de los viejos. La señora que se daba aire, dejó de dárselo, sorprendida.

—... no me debes traer a restoranes tan populacheros...

Al pasar junto a Sebastián, el de la queja posó una mirada incendiaria de descubrimiento. Sebastián volvió a su entrecot. Los empleados jóvenes festejaban el loriteo, el falso enfado; la delicadeza del chiste, el golpe de chaqueta y la salida de mangas de los invertidos. Hacían la chirimía con la voz.

—... Pepi, nerviosa, loca; no me traigas a restoranes que no estén de moda; me pongo muy mala. Hay tanto hombrón...

Se reían a carcajadas. Los empleados viejos, austeros, tristes, desautorizaban con sus miradas a los jóvenes en mangas de camisa. La broma se repetía, se hacía pesada. Todos ensayaban nuevas gracias a cuenta de los invertidos.

—... marinero, marinero, sube, marinero, marinerito... Si me repudias, me fugo con un cabito a la Chimbamba...

Uno dijo, soltándose el cinturón:

—¡Ay, chica, cuánto me aprieta el corsé!

Los empleados jóvenes gozaban con las obscenidades. Decían obscenidades brutales en voz baja y lo celebraban con grandes risas.

Sebastián salió a la calle.

Recordaba al viejo. Aquel viejo seguramente había sido algo muy grande. El

viejo había estado veinte años en la cárcel. El viejo le había dado ciento veinte pesetas y le había dicho: «No vayas a Barcelona». No, no iría a Barcelona. Pero en Madrid no se podía quedar. Acabarían atrapándole. A la madre hacía siete meses que no la veía. La madre estaba en Alcalá con los tíos. Iría a Alcalá; después ya vería. Iría a Alcalá y besaría a su madre. «Madre, adiós... Ya volveré». No le diría lo que había hecho. El guardia muerto. No quería pensar en aquello. El guardia muerto. Una muerte se paga con otra. Correría delante de los fusiles de los guardias. Ya no le gritarían: «Date, date». Dispararían. Uno, dos. No podría seguir adelante. Y seguramente, ya caído, le volverían a tirar. Es mejor acabar de una vez. Uno, dos. Y acabar.

Sebastián andaba deprisa. Notaba la camisa, sudada, pegándosele a la carne. Sentía la desesperación del momento. Ahora estaba solo. Ahora le hubiera gustado encontrar al viejo. Que le hablase de la cárcel y de la muerte. De aquellos compañeros... Que le dijese que no había que tener miedo a nada ni a nadie. Que morir resultaba tan sencillo como vivir. Que la cárcel...

Necesitaba compañía. Bajaba por la calle de San Marcos. Vio un bar abierto y entró. Necesitaba ver a la gente con reposo, oírla contar sus cosas o charlar, pero verla y oírla cercana. No como en la calle, donde todo se teñía de indiferencia, donde no había posibilidad de la más leve y calmante intimidad.

La golfería de la calle entretenía el ocio jugando a las damas, fantaseando sobre negocios de reventa, dando humo y hablando de mujeres y de los luchadores de Libre Americana. Ni le miraron al entrar. Sebastián sabía ya dónde estaba. Sabía que todos aquellos eran iguales suyos. Los oía hablar.

—Acabo de dejar el «gimnasio»....

—¿A qué hora te acostaste ayer?

—A las cinco. Llevé a una punta de ganado inglés donde la Chon. Treinta duros. ¡Qué boqué los tíos! Se comieron cuatro fuentes de jamón. Bornaban botellas como si fueran de pañí. Armaron una... Todos jumas perdidos...

—Yo te aseguro a ti que si Sepúlveda no hace eso cuando pise el ring, se le acaba el cartel. Un luchador tiene que hacer el teatro. Ése se encara con el público y otro le da al árbitro y otro sale con bata de golfa. El teatro es lo principal en la lucha...

Sebastián estaba servido por el dueño. Al dueño le gustaba tantear a la clientela. Vivía de la chusma y estaba al lado de la policía. La policía, de vez en cuando, se presentaba y se llevaba a todos al «colegio». En el «colegio» barajaban las fichas. Fichaban a uno nuevo. Les repasaban las cuentas. Si estaban bien, los soltaban. Nadie se callaba. Todos eran bufaires. Todos eran muy respetuosos con la policía. Todos se saltaban la ley a la torera. Vivían de la reventa, de las mujeres, del soplo y hasta del aire... Los que sabían la verdad eran los policías y el dueño del bar. Cada uno tenía su apodo: Paco el Viajero, carterista de ferias; el Marquesito, que sólo bebía alcohol

rebajado con pipermin y seltz; el Legionario, rufián; el Chaquetas, elegante a su modo...

El dueño trabó conversación con Sebastián, por el método del tiempo.

—Calor, ¿eh?

—¡Fuff!

—Hoy le ganamos a Córdoba, que está dando las máximas.

—Es que no se puede andar por la calle.

—¿Quiere un trozo de hielo en el vaso de seltz?

—Bueno.

Alguien echó una moneda en la gramola, y el molinillo de los discos comenzó a girar runruneando. Sonó la copla. A los primeros compases levantó la cabeza uno de los jugadores de damas.

—Mira que a ti te dan venas, Viajero; llevas poniendo eso tres semanas. ¿No puedes dejarlo ya?

El llamado Viajero se sonrió.

—¿Es que no te gusta, macho?

—Anda ya, lilón; que estás lilón.

Paco el Viajero acompañaba la copla haciendo palmas. Mudaba el gesto de cantaor, rizando el rizo en el movimiento de cabeza.

—Eduardo, paga su men.

El dueño tomaba nota. Había perdido a las damas el Marquesito. Éste protestaba.

—Este Viajero le quita a uno los tornillos con la coña de la gramola.

El Viajero insistía:

—Pero ¿no te gusta, macho?

—No me pongas negro.

—Yo creí que te gustaba, macho.

—Menos cachondeo.

—De verdad, Marqués. Lo que te ocurre es que eres un nervioso. Hazte un cóctel para calmarte.

El dueño intervino:

—No es hora. Déjalo ya, Viajero. Si se pone a beber a las tres y media, a las ocho hay que echarlo.

El Marquesito se paseaba con las manos en los bolsillos del pantalón. La pescadora abierta, dejando ver el vello del pecho. Los zapatos de dos colores, recién limpiados. El Marquesito era muy pincho.

—Te juego, Viajero, unas copas a las damas.

—Na...

—Te las juego al chino.

—Na...

—Te las juego a cara y cruz.

—Que no, macho; cuando quiera beber, ya pediré por mi cuenta.

El Marquesito se volvió de espaldas al mostrador. Sebastián calculaba los efectos del Marquesito. Se dirigiría al que le había ganado la partida de damas.

—Te lo juego a ti, ¿hace?

—Hace.

—A cara y cruz.

—Va.

Sebastián asistía entretenido al espectáculo. Sabía que podían estar todo el día, todo el año, toda la vida, aburridos, jugando a cara y cruz, al chino, a las damas. Sabía que se jugaba la vida verdadera, que ya no tenían remedio y unas veces unos y otras otros, desaparecerían por temporadas y volverían al bar con el pelo cortado al rape. Antes de que llegaran a los cuarenta años, tendrían un montón de condenas pequeñas. Acabarían cansados. Buscarían oficio. Volverían a las mismas suertes de la existencia, pero sin juventud, muy cansados, muy aburridos, muy hartos. Porque la suerte de aquella gentecilla de la briba no era más que la juventud, perderían la suerte con la juventud. En esto, pensó Sebastián, los gitanos les llevamos ventaja. El tiempo no cuenta para nosotros. Tenemos más facilidad para salirnos del garfio; tenemos la familia, los amigos...

El Marquesito había perdido.

—Eduardo, ponnos unas copas. Estoy reventándome el ubrique.

Hizo un silencio.

—Ponnos a todos, menos al Viajero, que sólo juega cuando quiere beber.

Eduardo se acercó a Sebastián.

—Una copa de parte del señor.

—Se agradece.

El Viajero dejó la banqueta y fue a la gramola. Puso la misma copla. El Marquesito guiñó el ojo a Eduardo.

—Te gusta mucho, ¿eh, Viajero?

—Sí, macho.

Los dos guitones tenían calma y sabían hacerse el juego.

—Yo que tú me compraba el disco y me lo trajelaba.

—Me pasaría el día cantándotelo, macho.

—Era para ver si se te quedaba en el intestino y te daba un colicazo que te llevara al cortijo de los callados.

—¿Tan mal me quieres, macho?

—¡Vamos, que ya está bien!

—Hombre, si está ahí es para que lo ponga el que quiera, ¿no?

—Pero no tan seguido. No tienes derecho de amolar a todos con tu copla.

Se dirigió a Sebastián:

—¿No le parece a usted?

—Hombre, no sé —dijo Sebastián.

El Marquesito explicó:

—Es que se pasa los días con la copla esa y le vuelve loco...

—Que eres un nervioso —dijo el Viajero—, que te tienes que poner en tratamiento, que esa sífilis te está comiendo los nervios.

El Viajero era cerril, provocativo, terne.

—Si lo pongo otra vez, te da un patatús como a las viejas, Marqués.

—Bueno, déjalo ya. No jorobes.

El Marquesito tenía interés en hablar con Sebastián.

—Ponle otra copa al amigo, Eduardo.

—Éstas son mías —dijo Sebastián.

—Le invito yo. Ponle una copa, Eduardo. No le cobres, que invito yo. Y al Viajero, si no pone el disco, dale lo que quiera beber...

El Viajero dijo que no quería beber y sacó una moneda, que dejó sobre el mostrador, significando que iba a poner el disco. El Marquesito trataba ya de tú a Sebastián.

—A ti no se te ha visto nunca por estos barrios.

—Alguna vez he venido —mintió Sebastián—. Alguna vez ya tarde.

—Pues nunca te había visto por aquí. Yo conozco a todos los que vienen, vamos, a los que no vienen de visita.

—Ya.

—Aquí todos somos amigos...

Habló el Viajero:

—Macho, ¿me tomo una copa a tu cuenta?

El Marquesito respondió secamente:

—No. Pon la copla.

—A tu gusto, macho —dijo el Viajero.

Eduardo recomendó:

—Viajero, no des la lata. Voy a quitar ese disco para que no des la lata.

—¡Si le gusta al Marqués! —dijo el Viajero.

El Marquesito entrevistaba a Sebastián:

—¿Vives en Vallecas?

—No, en la Cava Baja.

—¿Cantas?

—No, un poquito la sonanta, para ir viviendo.

—Te hago un trato. Esta noche te busco una punta de ingleses.

—No, estoy comprometido.

—Bueno, podemos quedar un día.

—Eso sí, me dices un día y trabajamos.

—Te llevas a un cantaor. No hace falta que sea bueno. Aquí les cantamos todos cuando sale.

—Ya.

—Ése ayer se llevó treinta duros. Ése es muy golfo.

Sebastián invitó a unas copas.

—Ya serán las cinco —dijo—. Tengo parado el reloj.

—Las cinco y media —aclaró el dueño.

—Gracias. Tome usted una copa.

—No bebo.

El Marquesito precisó:

—Es un chalao. Tiene un bar y no bebe. Si yo tuviera un bar, me iba a beber hasta las sillas.

—Tú sí —dijo el dueño—, pero yo no. Yo tengo familia y un negocio. Tú eres solo y puedes hacer lo que quieras.

—¡Vamos, Eduardo, me vas a decir tú! Pues sí que te importa a ti la familia. Vamos, lo que pasa es que —apretó el puño— eres así. Tú, por no gastar, no bebes ni agua.

—Bueno, me vas a enseñar tú cómo hay que llevar un negocio —dijo, ofendido, el dueño.

El calor de la tarde hace nacer un silencio crudo a lo largo de la calle. El calor de la tarde es un sofoco de tormenta en el bar de Eduardo mientras el Viajero juega a las damas y el Marquesito y Sebastián conversan. Eduardo hace gasto de granadina con agua y se relame. El verano se reparte en los escaques y en las fichas del juego de damas: sol y sombra, blanco y negro. La gramola está callada. Los espectadores de la partida de damas están callados. Los jugadores también. Eduardo le da al grifo del agua para aprovechar un resto de jarabe de granadina y el grifo refresca, sisea, calma. El teléfono suena como un canto de cigarra.

—Marqués, te llaman.

—¿Quién?

—La Olga.

—Que no estoy, que he salido, que llame a las nueve.

Eduardo apoya el codo contra la pared. El Marquesito escucha.

—... sí, sí, sí. Sí, preciosa. No vuelve hasta las nueve... No. Negocios. Vaya. ¿Cuándo nos vemos? ¿No me quieres ver?...

Los labios, móviles y mudos, del Marquesito, el aspaviento de las manos, el fruncimiento de las cejas farseaban en el antiguo mimo. Al terminar Eduardo de hablar, dijo el Marquesito:

—No me la revuelvas, Eduardo, que es mucha mujer para ti.

—¿Eso?

—Sí, hombre, eso. ¿O es que tu mujer es la Rita *Jaibor*?

—Es mejor que eso.

—De *nel*.

Sebastián se ha quedado pensando con la copa en la mano. Que no estoy, que he salido, que vaya a las doce al Columba. A las doce en punto, en el Columba. Se imaginaba la voz de Lupe como una queja: «Bueno, que ya iré; le dice usted que a las doce en punto estoy en el Columba».

El Marquesito se estaba animando.

—Te invito a un cóctel. Aquí nos fabricamos unos cócteles de bandera.

—Hoy no hay cócteles —dijo Eduardo—. El otro día, con tus cócteles, ya viste cómo acabasteis todos. No quiero que la arméis. Hoy no hay cócteles.

—Pero, Eduardo, que ya somos mayores de edad.

—Que no hay cócteles.

—Pues ponnos otras copas.

—Eso bueno.

Sebastián rechazó la copa y pidió un café.

—Es que tengo que beber mucho todavía. Esta noche me espera una buena.

—Yo no fuerzo —aclaró el Marquesito—. Yo, el que quiera seguirme que me siga. Si no quieres una copa, peor para ti.

El Marquesito se ponía farruco con la bebida.

—Yo a todos estos los tumbo bebiendo. Uno por uno y en cuadrilla. Me da igual.

Sebastián preguntó:

—¿Cuál es el primer tren que llega hasta Alcalá de Henares?

El Marquesito se encogió de hombros.

—Yo no viajo nunca. Viajero, ¿cuál es el primer tren que pasa por Alcalá, de los que salen por la tarde?

—Un correo. No sé a qué hora saldrá ahora. Que llame a la estación, a Información. Hace mucho tiempo que no voy por esa línea.

Sebastián dio las gracias. Explicó:

—Es que una amiga se marcha esta tarde a Alcalá. Me ha dicho que en el primer tren, y quiero ir a la estación.

—Llama por teléfono, como dice el Viajero.

Sebastián iba a obedecer, pero se brindó Eduardo a llamar. Volvió del teléfono.

—No tienes prisa. A las... —dio la hora de salida.

El Marquesito propuso jugarse unas copas a los chinos. Sebastián aceptó.

—Va a ser la última.

—La penúltima. No creo que pienses morirte esta tarde.

Sebastián no respondió. Sebastián tenía el pensamiento ido hacia un olivar y un hombre llamado Francisco Santos, que se desplomaba sin vida. Sebastián tenía el pensamiento en rojo; el pensamiento de los huidos. En la estación, en la calle, en aquel mismo bar, de pronto le podían decir: «Tú, Sebastián Vázquez, acompáñanos». Y entonces aquélla podía ser la última copa de la libertad.

El infantil juego del chino le hizo concentrarse en su aburrida, estúpida, monótona limitación.

—Tres.

Dijo números. Perdió. Oyó la voz del Marquesito, triunfante:

—En esto no me mete a mí mano nadie. En esto soy una figura.

Eduardo sirvió las copas. Paco el Viajero había terminado su partida. Anunció:

—Me voy a ver qué se vende para la noche. El otro sábado falló el Campo del Gas. Me quedé lo menos con diez delanteras.

—Te costó los cuartos.

—¿A mí? Bueno. Pero ¿qué te crees tú? A mí costarme el papel, dinero. No, macho. Gané menos. Pero yo nunca pierdo.

Paco el Viajero salió del bar.

—En seguida vuelvo.

El Marquesito aclaró:

—Dice que no le ha costado. Si será chalao... El otro día perdió lo menos treinta duros.

—Pues si hoy tiene mucho papel —dijo Eduardo—, vuelve a perder, porque hoy no es cartel. Yo, por ver a todos esos mantas, por ver esas peleas de calle, no doy una peseta. Antes de la guerra, cuando el *cach*, había un luchador que le llamaban La Pantera Americana, que era cosa buena. Por ver a aquel tío se movilizaba todo Madrid. Mira, los cogía así...

Eduardo hacía llaves de lucha al aire.

—... les echaba la zarpa. Al que le echaba la zarpa al cuello... —a Eduardo le surgía su niñez campesina en la comparación—... Tenía unas manos como trillos —terminaba—. Aquéllos eran luchadores y no los de ahora.

El Marquesito preguntaba:

—¿Tú has visto luchar a García Ochoa? ¿Tú lo has visto, di?

Eduardo aclaró:

—Yo no voy a la lucha. Para ver tongos...

—¡Pues, entonces! Yo te digo a ti que García Ochoa es tan bueno como cualquiera de los de antes de la guerra.

Eduardo no discutía.

—Si yo no digo que no lo sea. Puede que haya uno que sea bueno. Pero los demás, por lo que yo os oigo, por lo que decís, deben de ser una pandilla de vagos.

—Y tongos —insistía el Marquesito— los ha habido siempre. Me vas a decir tú que antes de la guerra no había tongos en el *cach*.

Al Marquesito le gustaba la lucha, era un entendido en la materia. Tenía las contradicciones, los apasionamientos, los odios del público de los espectáculos violentos. Preguntó a Sebastián:

—¿Tú vas a la lucha?

—Yo no. A mí no me saques de los toros. Fuera de eso, no entiendo.

—Eso es más serio cuando es serio —concedió el Marquesito.

Sebastián entró en la conversación.

—Ponerse delante de un burel con arrobos y dos velas de buten tiene su cosa.

—¡Vaya si la tiene!

Eduardo mostró su disconformidad.

—Como eso. Los toros... No hay toreros que se la jueguen de verdad.

Sebastián saltó:

—¿Que no? Bueno, ¿para qué discutir?

El Marquesito apoyaba a Sebastián.

—Es que a ti, Eduardo, todo lo de ahora te parece mal. Si la lucha, la lucha. Si los toros, los toros. Si el fútbol, el fútbol. Y luego no entiendes nada de nada.

—Tú entiendes... —dijo Eduardo—. Tú eres el que lo sabes todo.

Eduardo se inclinó sobre el mostrador:

—Yo —afirmó— he visto más toros que tú, más lucha que tú, más fútbol que tú. ¿Lo entiendes? Enterados, que sois unos enterados. Cuando tú hayas visto la mitad de lo que yo he visto, me hablas de tú en estos asuntos.

El Marquesito lo echaba a broma.

—Usía debía darnos clases a todos.

La gramola volvió a funcionar. Rumoreaba la calle. Pasaba el tiempo entre copa y copa. Sebastián alternaba con el Marquesito, bebiendo a su compás.

—Que me voy, que ya es tarde.

—Otras.

—Que no, que no voy a llegar a la estación.

—Te acompaño.

Sebastián preguntó a Eduardo cuánto le debía.

—Poco. La mitad de lo que habéis bebido. Tres duros. A dos pesetas la copa y una que me has invitado.

El Marquesito dijo:

—Pero, Eduardo, si no te has tomado la copa, ¿cómo se la vas a cobrar?

—Por eso le cobro una peseta, porque no me la he tomado. Tomé la granadina y le cobro una peseta. Le tenía que cobrar dos, pero le cobro una.

El Marquesito le insultó entre sonriente y airado, Sebastián había gastado su

último dinero. Había comido del dinero del viejo y tenía en reserva el resto del dinero del viejo.

—Me marcho —anunció.

—Te acompaño hasta la Plaza del Rey, a ver lo que hace el Viajero —dijo el Marquesito—. Quiero ver cómo se queda con todo el papel ese tipejo.

En la Plaza del Rey estaba el Viajero con los tunelas de su cuerda. Sebastián y el Marquesito caminaban cansadamente.

—Viajero —gritó el Marquesito—, no me cuentes tu vida, que estás perdiendo dinero.

El Viajero le hizo un gesto. Se acercó.

—Está el Mangas dándonos la tarde. Ha dicho que no se vende ni una sola entrada de reventa.

—Úntale.

—Se hace el sueco.

—Le habrás ofrecido poco.

—Está como de piedra. No hay forma de entrarle.

—Pues estáis listos. ¿Y tus muchachos?

—Si no se da bien, cero. Ni idea tienen.

Habla con la taquillera.

—Con el Mangas ahí, ¡qué cosas!...

El Marquesito sonreía.

—Hoy pierdes los duros que ganaste el otro día, ¿eh?

—Hoy no pierdo nada, ¿qué más quisieras? Para reírte. Me costará un poco, pero no me quedo ni con una entrada.

—Yo y el amigo nos vamos a pasear un rato. Que se te dé bien, genio de las finanzas.

El Viajero llamó a uno de los tunantones al tanto por ciento.

—Manolín, vete a la calle de la Victoria y llévale esto al Ratón. Dile que es de mi parte.

El Viajero le extendió un montón de entradas.

—Le dices que se arregle como pueda, pero que no me deje colgado.

Sebastián y el Marquesito llegaron a Cibeles.

—Voy a coger un tranvía hasta Legazpi. Puedes bajarte en Atocha.

—No, voy paseando —contestó Sebastián.

—Entonces, hasta mañana. No te olvides.

Sebastián caminaba por la acera del Banco de España. Tenía todavía tiempo. En el cielo del atardecer, nubes y vencejos navegando en el suave soplo del viento pardo. Viento del llano que entraba en Madrid por Atocha, que revolvía las cloacas y daba el tufo de los sumideros de la calle.

Sebastián, en el pretil del Paseo de Atocha, miraba la lejanía. Verde, al poniente, de laguna en calma. Hora de trenes. Abajo, las locomotoras, moviéndose sin ruido. Un penacho de humo. Y un silbido corto que parecía extenderse.

Sebastián bajó a la estación y sacó billete para el tren que le llevaría a Alcalá.

En el pasillo del vagón de tercera, maletas de madera de soldados, cestas de trajinantes, barullo y turbación de mujeres que buscan asiento y discuten. Sebastián sale a la plataforma. Un hombre joven con blusa negra fuma el farías del tratante serio. Habla:

—Esto a Alcalá tardará un año. Han variado la hora de los autobuses y lo he perdido. Viajar así es una perrería.

—Está cerca.

—Claro que peor es ir a Zaragoza en esta matraca.

Campos de oscuridad. Las luces del tren retuercen fantasmas en los bordes de la vía. En la noche se siente la fuerza de la máquina mejor que por el día. Una vieja sale a la plataforma. Pregunta:

—¿Me dice usted el retrete?

—Está en la otra punta del vagón. También lo hay en el vagón que va detrás del nuestro, pero no pase la pasarela; se puede caer.

La vieja, a la que la marcha del tren le ha relajado la vejiga, corre que si se mea o no por el pasillo del tren.

—¿Dejan ustedes pasar?

La vieja va apurada. Se ha olvidado de cerrar la puerta y Sebastián y el hombre con blusa de tratante se ríen y la miran.

Los soldados ponen dificultades al paso de la vieja. Hacen la fiesta. A uno le golpea con el débil puño en la espalda.

—Deja pasar, sinvergüenza, deja pasar.

El soldado se le encara de bromas.

—Sin pegar, abuela, que hay mucho tiempo, que ya no se le escapa el tren.

La vieja los insulta y sigue adelante hasta que desaparece en la plataforma del vagón. Los soldados ríen y cantan. Cantan las canciones de la veteranía cuartelera, que a veces tienen un dejo pícaro y casi siempre una tristeza mal expresada, rústica y grave. Imitan las voces de los sargentos: ¡A formar! ¡Cubrirse, ar! ¡Esa fila, que voy a tener que empezar a repartir jarabe! Sólo los vivales y los brutos hacen pornografía con el son de la Irene: *Muévete despacito, purum-pum-pum...*

Sebastián y el hombre de la blusa hablan de la feria.

—Mañana, Santiago, el ganado bajará. Ya están hechas todas las labores. Mañana para el que tenga un buen sitio para el ganado, es de hacer dinero.

—Yo tengo unos parientes en Alcalá que se dedican al trato.

—¿Cómo se llaman?

—Les llaman los Carava. Mi padre también se dedicaba al trato.

—¿Los Carava? Sí, hombre. Gitanos. Ésos tienen una buena cuadra de mulas. Vamos, tenían, no sé cómo andarán ahora.

Antes de llegar a Alcalá, ya hay sueño por los vagones. Los soldados se cansaron de cantar, de contar, de reír. Los soldados solamente cantan cuando salen o cuando llegan. Sebastián y el tratante están en el pasillo. A Sebastián todavía le llora un ojo, en el que se le ha metido una carbonilla.

—Ya vamos llegando.

—Falta poco. Esto en el autobús se hace en un dos por tres. Así se hace más largo que ir a América.

La vieja se abre paso entre la gente del pasillo, con un niño pequeño de la mano.

—¡Paso, paso! Dejen ustedes pasar que el niño quiere ir al retrete.

Un soldado le dice:

—Que lo haga por la ventana. Da usted más guerra, abuela, que...

La vieja le empuja con el codo al soldado.

—¿Es que no tiene derecho a ir al retrete?

—¡Claro que tiene derecho! Yo también tengo derecho a ir sentado, pero no tengo asiento y me aguanto.

—Dígaselo usted al revisor.

—Como si se lo digo a mi tía.

—¡Paso, paso! Dejen ustedes pasar.

Sebastián piensa en su madre. La madre, que no sabe que él está llegando a Alcalá. Que él, un perseguido, viene solamente a besarla, a refugiarse un poco en ella y quién sabe si a partir de nuevo. Sebastián decide no ir a la casa de sus tíos esta noche. Irá mañana.

Al final de una calle de tapias altas está la posada de Marciano Solís. Allí pasará la noche.

La gente que habla en el tren se desconoce, se recela, ya en el andén. Sebastián y el tratante se han despedido fríamente. Sebastián se encamina a la posada de Solís, en la que nunca ha estado, de la que ha oído hablar mucho. Cruza Alcalá. La posada da al campo bravo de los alrededores, donde crece el espino y muere el trigo, donde el cardo borriqueño y el espantón de las mulas hacen crepitar el campo al viento, donde la avena loca loquea a lo largo de los senderos y el campesino en la arada ve rebrillar trozos de loza en la vuelta de la tierra rejacada. Mala tierra. Mala tierra a las puertas del ganado, en la posada de Marciano Solís.

En la cocina, las mujeres de la posada hacen el tercio de la noche con los chismes del día.

—¡Casarse con un hombre tan feo! ¡Meterse a la cama con un horror! Hace falta mucha gana.

—Tendrá cosas que no sabemos.

—Tendrá lo que todos tienen, hija. No va a ser un fenómeno.

La criada y el ama separan las lentejas de la comida del día siguiente.

—Es que la Aurora —dice la criada— tenía muchas ganas de casarse.

—No lo va a resistir.

—Ya le engañará con alguno.

—Cada vez que vaya a Madrid. Aquí no, por el qué dirán, pero en Madrid, en Madrid...

La dueña pone los ojos, overos, en blanco. Se le mueve la barriga con la risa.

—En Madrid nadie se entera de lo que pasa. Lo que tiene vivir en una ciudad tan grande.

Sebastián asoma la cabeza a la cocina.

—Señora, ¿se puede?

La dueña aparta el plato de las lentejas.

—Pase.

—Buenas noches.

—Buenas las tenga usted.

—Quisiera saber si podía quedarme a dormir. El señor Solís me ha dicho que se lo preguntase a usted.

La dueña miró de arriba abajo a Sebastián. Preguntó:

—¿Viene usted para muchos días?

—Vengo, por lo pronto, a la feria. Según me vaya.

—Solamente hay salón.

—Bueno.

—Ya sabe usted. En el salón duermen cinco o seis. No hay cama. Duermen en un colchón sobre el suelo.

—Con tal de pasar la noche...

—Ahora, le advierto a usted que con el calor que hace es preferible el salón a dormir en cama.

—Bien. ¿Y de cenar?

—Se le pueden a usted hacer un par de huevos. Aquí todo el mundo cena temprano. Todo el personal ha cenado.

—Pues hágame el par de huevos.

Sebastián sale a la taberna, donde Marciano Solís, con ojos turbios de sueño y de vino, charla y sirve a los clientes.

Los tratantes, después de cenar, beben anís. Los tratantes, después de cenar, se han ido a un café a tomarse un exprés muy caliente y han vuelto a la posada de Marciano Solís a consumir licor. Hablan de sus asuntos.

—Sánchez compró en junio pasado unas mulas de mina en León, que eran una

maravilla. Todavía las tiene. No se da salida al ganado. Yo te puedo decir que tengo en Torrelaguna cuatro yuntas paradas. Nadie las compra.

Todos hacen el feo del negocio. Todos saben el tejemaneje. Mañana procurarán comprar lo mejor que puedan, pero hay que asustar al contrario. La misma técnica para todos y todos acaban asustados. Van a dormir con la idea de que el negocio de la trata cada vez está peor y que es perder dinero comprar en la feria de Santiago.

Sebastián se dirige al dueño:

—Señor Solís, me quedo; póngame un vaso de vino con limón.

Solís mueve la cabeza afirmativamente. Charla con un amigo que está pegado al mostrador.

—Unas merinas que le compré a Ponciano me salieron con fiebres. Menos mal que les di el ojo a tiempo y las vendí. Si no, me cuesta unos miles.

—Hay que tener cuidado. Por Salamanca dicen que está subiendo. ¡Quién lo va a saber! Aquí nadie dice la verdad. Cada uno va a lo suyo.

—¡Claro!

Sebastián pide un trozo de hielo. Solís mueve la cabeza negativamente y continúa la charla.

—Veremos si para la feria grande del 24 de agosto las cosas se ponen mejor. Lo dudo, pero ¡qué sé yo!

—Para el 24 las cosas estarán como ahora, si no peor.

Sebastián bebe apresuradamente su vaso y pasa a la cocina, de donde le han llamado.

—Mire, si a usted no le importa, cena aquí, porque en el salón ya hemos tendido los colchones y habrá alguien durmiendo.

—Bueno.

Sebastián se sienta a la mesa de la cocina. Mesa blanca grande, donde las moscas se apelotonan en las manchas de grasa y de vino. La criada pasa un trapo. Las moscas se espantan. La criada va a dejar el trapo en el fregadero. Las moscas vuelven a las manchas.

Sebastián cena.

Sebastián, cuando termina, sale a la taberna.

—Una copa de anís, Solís.

Solís afirma con la cabeza.

—¿Uno se acuesta en el primer colchón que encuentra?

Solís grita:

—María, ¿dónde le habéis puesto a dormir a éste?

Sale la criada.

—En el salón.

—¿Que dónde se tiene que acostar?

—En el colchón pegado a la puerta.

Sebastián se toma la copa de golpe.

—¿Hasta qué hora tiene usted esto abierto?

—Hasta las dos y media.

—Entonces voy a darme una vuelta.

Sebastián sale a la calle. Camina hacia el campo bravo. Sebastián se sienta en el suelo y mira el cielo. En el cielo no hay ya una sola nube. Sebastián oye revolverse las bestias en la cuadra. Corre una estrella fugaz. Ladra, lejano, un perro. Lejana también, suena una radio. Sebastián respira profundamente. Piensa en su madre. Arranca una espinilla de un cardo. Juega con ella. Sebastián se tiende a contemplar las estrellas de la noche de Santiago y a pensar, sobre la tierra brava. Mala tierra. Yerba mala y mala tierra a las puertas del ganado, en la posada de Marciano Solís.

## Jueves, Santiago Apóstol

Dormía a siete sueños, ron con ron. Lo despertó un compañero. Era hora de piensos. Se asustó el durmiente. Al final del salón comenzó una plática sobre el ganado. Alguien chitó. No había amanecido. La plática continuaba en bisbiseos.

Sebastián, echado en el colchón cercano a la puerta, los vio pasar con pasos inseguros de sueño, con broncas toses de madrugadores, garganteando saliva. El ganado en las cuadras se removía inquieto. Por la ventana se veía el cielo, del que se iban borrando las estrellas. Los primeros gallos anunciaban el amanecer y el asomo de la cresta solar, rojeta en la brumilla del crepúsculo. Los primeros gallos quiquiriqueaban por las corralizas, por las ventanas de las cuadras, por los patizuelos donde el rocío deja una sombra nocturna, una huella de la noche huida.

En el salón olía mal. La atmósfera era pesada. Se iban precisando los vagos contornos de los durmientes. Se volvió uno hacia Sebastián:

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media o las seis.

Gruñó y volvió a dormir. Se notaba en su respiración, regular, que la caída en el sueño había sido profunda, que aquel aflorar de lo consciente no había sido sino como el breve y momentáneo hoyo que hace una piedra en el agua. Las aguas volviéronse a reunir y a extenderse en ondas de silencio.

Subieron de las cuadras los dos tratantes. Hablaban en voz baja.

—Hay que vestirse ya. Hay que limpiar ese ganado.

—Queda tiempo, hombre. Todavía se puede echar un sueño.

Sebastián se iba durmiendo. Le llegaban débiles las palabras.

—¡Qué mal huele!

—A cuartel, chacho. Esto es como un cuartel. El negocio redondo de Marciano.

—Vístete pronto, que hay que preparar esos animales.

—Que hay tiempo, hombre.

Sebastián se levantó el último. Los colchones tenían la huella de los cuerpos de los durmientes. Abrió la ventana. Asomó por la puerta la criada.

—¿Se levanta ya? Hay que arreglar esto.

—Ahora mismo.

La criada se quedó mirándole. Dijo:

—Es que hoy tenemos un día de mucho trabajo. Hay que quitar pronto lo que se pueda. ¿Va a comer usted aquí? ¿Va a desayunar abajo? ¿Qué quiere para desayunar? Seguramente ya hay gente en la feria. Hoy va a hacer mucho calor. Se nota. Hoy al mediodía no va a parar nadie en la feria. Dicen que han venido muchos...

Sebastián la miraba desde la ventana. Dejaba que el fresquillo de la mañana le bañara el rostro. Escuchaba la charla de la criada.

—¿Va a comprar usted mulas? Aquí han traído mulas muy buenas. Un señor que es de Sacedón ha traído dos yuntas que deben de valer un montón de miles de reales. También otro que le dicen don Juan ha traído una yunta, pero no es tan buena. Ese señor de Sacedón es muy rico y le ha dicho al señor Solís que quiere comprar un tractor, que le sale más barato que tener mulas.

Sebastián veía por la ventana una larga tapia, crestada de cristales.

—¿Qué hay tras esa tapia?

—Es un convento. Hay monjas que nunca salen. Este invierno decían que si se iban a morir todas porque comieron algo que estaba malo y les dio el mal de la orina, que así fue. El capellán llamó a un médico y les dio píldoras y se les pasó. Pero estuvieron a punto de morirse. La señora de la casa les llevó dos gallinas para que se hicieran caldo, porque sabe usted, comen mal y aunque no trabajan, pues se desgastan y luego les da cualquier cosa y estiran la pata antes que cualquier otro.

La criada sacudía los colchones y los iba amontonando. Comenzó a hablar mal de los huéspedes:

—No crea usted, que aquí viene cada uno... Hay muchos que no han visto el agua en su vida. Los hay guarriminos.

—¿Dónde me puedo lavar?

—Mire, aquí cerca tiene un lavabo, pero es mejor que se lave usted en el patio. Le será más cómodo. Pídale usted a la señora una toalla. La señora está en la cocina.

Sebastián salió del salón atusándose el pelo. Bajó a la cocina.

—Buenos días. ¿Me da usted una toalla y un poco de jabón para lavarme?

—Ahora mismo. El jabón tiene que ser del de fregar. ¿No le importará?

—Bien.

En el patio había algunas macetas arrimadas a las paredes. En un rincón, una pila de lavar la ropa. El brocal de un pozo en medio. Una parra, apenas con hojas, se extendía como un tendón a todo lo largo de la pared. La patrona apareció con una toalla amarilla en la mano.

—Va a llegar tarde si va a la feria.

—Hay mucho tiempo.

—Sí, pero si va a comprar algo... Al que madruga Dios le ayuda. Con este calor hay que estar allí pronto. Los animales luego se alborotan. La gente que trae algo que valga la pena, se los lleva para el mediodía.

—Algo quedará.

—Hombre, siempre queda algo.

—Me pone el desayuno y me dice lo que le debo.

—¿Desayuna usted café, o hay que hacerle algo de huevos?

—Café.

Sebastián salió a la calle. Dejó paso a un botijero que caminaba rimando chufas

de amor. Echó a andar tras él. Una madre en un portal dormía a un niño; cantaba la nana con voz susurrada: *¡Ea, ea, ea! ¡Qué gallina tan fea, cómo se sube al árbol, cómo se balancea! ¡Ea, ea, ea!*

—No quiere dormirse el mozo —dijo el botijero—. Dele usted un trago de vino.

El botijero se paró. Insistió:

—Dele usted un vasito de vino y verá cómo se le duerme. Yo a mis hijos les daba cuando eran pequeños un traguete, o un pedazo de pan mojado en vino.

En seguida surgió la intimidación.

—Es que mi marido me lo tiene prohibido —dijo la mujer—. Eso no es bueno para los chicos tan pequeños. Aquí les cuecen la bellotilla de la amapola algunas mujeres. Pero dicen que les da como una murria y que igual se mueren.

—Dele usted lo que le digo, mujer.

La mujer dudaba.

—No. ¡Ea, ea, ea!...

El botijero, al ver que sus consejos no eran atendidos, pasó a los negocios.

—¿No quiere usted un botijo?

—Ya tenemos.

—Pues seguir con Dios.

Sebastián caminaba delante. Pensaba en sus hermanos, en su madre. ¿Se habría enterado la madre de lo que había hecho? Le parecía tan lejano lo ocurrido... Si estaba enterada, también lo estarían los tíos. Se vio interrumpido por el botijero, que caminaba a su diestra. El botijero era campechano. Explicaba a Sebastián:

—Que se lo tenga prohibido el marido es otra cosa, pero para dormir a un chiquillo lo mejor es el vino. Ahora, con la disculpa de estar durmiendo al crío, no hará nada en toda la mañana. Lo que quieren es una disculpa. Lo digo yo, que llevo quince años casado.

Sebastián dejaba hablar al botijero.

—En mi tierra enseñan a beber a los chicos desde pequeños y no crea usted que les va mal. Yo vendo botijos; pues bueno: yo no he probado el agua desde qué sé yo. Me refiero al agua sola, usted me entiende. A lo más la quiebro cuando hace mucho calor con un dedo de vinagre; pero lo demás vino, que es lo mejor. ¿Va usted para la feria?

No esperó la respuesta.

—Allí tengo a un chico mío a ver si se vende algo.

—Mal andará el negocio.

—Mal anda. Antes se vendía mucho el botijo, hoy ya no. Hoy fuera del campo no vende usted uno. La gente es otra cosa.

Llamaron al botijero desde un portal. Sebastián continuó adelante. Pensaba en el áspero, hostil, violento hermano de su madre. No, él había venido solamente a ver a

la madre, no iría a casa del tío. Iría a la feria. Tendría que buscar a alguno de la familia. Le diría que le avisase a la madre, que le dijera que se fuese detrás de la posada de Marciano Solís, que allí la esperaba.

Los chirrones de feria, los vendedores de coplas de amor y de horror, los que retuercen el cuello al cuervo burlón del arte pictórico en el pastel de los barquitos veleros bajo la luna, los que domestican su hambre de faquires devorando bombillas, los que al lagarto y a la culebra los amigan para vender bálsamos, los que enseñan la lllaga y el muñón, los que dan para el pelo el agua secreta que hace encabellecer a los calvos, los que a las cuarenta cartas les hacen un trajín de cuarenta reales... Todo el suburbio de la feria está ya trabajando.

Sebastián se detiene en el grupo de la señora de los reptiles. Escucha el discurso: «Polen de la flor de mistal, que tiene la virtud... ¿Usted no lo cree?... , pues pruebe; que tiene la virtud, a pesar de los incrédulos —la fe, caballero, es la que nos salvará —; que tiene la virtud de hacer desaparecer los baldamientos, los malos humores, los dolores de madre, los que tiene el padre de trabajar, con sólo tomar una infusión, es decir, un cocimiento, para que lo entiendan mejor, al levantarse y al acostarse. Y si duele mucho, entre horas. Ahora les voy a enseñar a ustedes a Paquito y a Felisa haciéndose el amor».

Aquella era la parte interesante. Los chiquillos estaban en la primera fila del corro. La señora, gorda, colorada, con un rizo pegado a la frente, extrajo de una caja de madera con agujeros un lagarto y una culebra. Los chiquillos se echaron para atrás.

—No muerden —advirtió la señora.

Uno de los chiquillos comentó en voz alta:

—¡Pues si no muerden, vaya mérito!

La señora le dio un cachete con mala intención.

—Anda, guapín, échate atrás, que no dejas ver a tus amiguitos.

La culebra se retorció en la mano de la señora. El lagarto se le coló por la pechuga. La señora rió.

—Paquito es muy pícaro. Paquito ha sido cocinero antes que fraile. Verán ahora cómo Paquito besa a Felisa y ésta le devuelve el beso.

La señora cogió a los dos animales y entrechocó las cabezas, dos veces. Después los guardó en la caja.

—Y ahora que ustedes han visto a Paquito y Felisa, ahora paso a venderles, solamente como propaganda del producto, pues la casa no me permite otra venta, este bálsamo indio de grasa de caimán y flores de la selva, cuya fórmula solamente la tienen los indios de América y la casa a la que servidora, Candelaria Ortiz, tiene el honor de representar. Estos dos productos, el bálsamo y el polen de la flor de mistal, se completan. El que compre uno, cualquiera de ellos, en una peseta, puede llevarse

el otro, y otro más que yo le regalo, en dos pesetas. Únicamente es propaganda. Pagarán aquí dos pesetas por aquello que en las farmacias les costaría cuatro, cinco o seis duros.

El corrillo se iba deshaciendo. Los chiquillos se largaban corriendo a ver al faquir. Las personas mayores proseguían su camino hasta que tropezaban con otro carro y se paraban a ver lo que pasaba.

Sebastián fue a ver al faquir.

El faquir era una pena, una desconsolación, una amargura.

Delante de los tenderetes de atalajes para las caballerías, delante de las modernas máquinas de aventar funcionando de prueba, delante de los puestos de fierros y de los modestos vendedores de varas de trata y de trallas de arriero, pasó Sebastián. Pasó Sebastián hacia el calor, el hedor, el color y el ruido de la feria.

Apiñaban las cabezas las mulas. El sol hacía sudar. Algunos tratantes llevaban pañuelos en torno al cuello para no manchar las camisas. Los cagajones, los orines, daban un olor pesado que se pegaba al rostro y a las ropas. Andar por la feria era entrar en un baño de vapores animales, formar parte de un color, integrarse en un ruido.

Sebastián buscaba la cara conocida, la voz amiga, la mirada comprensiva. Pasaba, surcaba, en el vapor, en el color, en el ruido. Llegaban a sus oídos, emanando de aquel todo, las palabras de un tratante que vendía un caballo, pero enseguida se confundían en la armonía y se hacían notas de un mismo rumor que crecía, o se apaciguaban a cada instante. Y en la ansiedad de la cara conocida, de la voz amiga, de la mirada comprensiva, volvió a nacerle la angustia, tan olvidada a veces, tan presente hasta la anulación de la inteligencia en algunos momentos.

Sebastián, la inteligencia de Sebastián, naufragaba en aquella mancha de vida. Acaso era la parte que no se integraba, la parte suelta que zigzagueando huía o que sorteando no era absorbida por la fuerza gigante de la feria. Sebastián estaba solo.

En aquella concentración —donde el recuerdo era son de plañido—, Sebastián se buscaba con afán. El afán, el anhelo de búsqueda de sí mismo, le producía el desasosiego —hecho de temor de las cosas y de los demás; hecho de la incapacidad de profundizar en el recuerdo consolador; hecho de su paso o carrera sin meta—, el desasosiego abismático de la soledad. No pensaba. Era solamente una sensación la que le invadía. Invadido de muerte estaba Sebastián entre la vida.

Huyó de la feria. Se refugió en una calleja donde el espanto de la muerte se remansaba en un silencio acre. Allí pudo pensar. Pensó que su madre, último lazo, podría calmar su ansiedad. Pensó que él necesitaba a su madre en aquel trance de agonía. Fue calmándose con el pensamiento, con la tormenta que acababa de pasar su pensamiento, ya resignado y sereno.

Volvió a los suburbios de la feria. Estuvo un rato parado, contemplando al faquir.

Distraído oyó su nombre. Cuando volvió la cabeza a la llamada, se encontró con la mirada enemiga de su primo Gabriel. Sebastián se acercó.

—Te ando buscando, Sebastián. Vete a casa. Mi padre... Bueno, vete ahora a casa. Entra por detrás, por la cuadra. Ahora en el patio no hay nadie.

Gabriel siguió andando. Sebastián le vio confundirse entre la gente.

—¡Ay!, ¿qué será donde no hay, y donde no hubo ni habrá, qué será?

La vieja vendedora de coplas movía la cabeza a un lado y a otro, el ojo sin vista disparado de la órbita, haciendo la queja al son del decir:

—¡Ay!, ¿qué será donde no hay, y donde no hubo ni habrá, qué será?

La vieja barajaba su mercancía, verde y roja.

—La copla moderna. La samba, el mambo, el bugui... Diviértanse, jóvenes, diviértanse.

Sebastián cruzaba el círculo de la miseria, del idiotismo, de las lacras.

Bailaba el tonto amodorrado a la voz del vendedor de la mixtura contra diviesos.

—Baila, hombre, baila.

Era el reclamo. El tonto se jaleaba, escandalosamente.

—Chusma, chusmeta..., cheta, cheta, cheta.

Se interrumpía.

—Que me canso.

Se enfadaba y se retiraba manoteando.

—Ya no bailo más. Estoy muy cansado.

Le animaba el golfo de la mixtura.

—Baila, hombre, baila, o no te pago.

—¡Que no bailo más!

El tonto se sentaba en el suelo.

El golfo de la mixtura tenía al ojo la Guardia Civil. En cuanto los veía de lejos, cerraba la maletilla y pasaba a ser un distraído ciudadano.

Sebastián caminó hacia casa de su tío.

Entró en el portón del patio de las cuadras. En las cuadras, alguien acariciaba a un animal...

—Quieta, guapa, quieta. Agurra, mala. Bonita. Quieta.

Sebastián se sentó en un poyo pegado a la pared. Volvió la cabeza cuando se abrió la puerta y apareció su primo Gabriel.

—Sebastián —dijo—, tú estás chalao perdido. Tú no sabes lo que ha ocurrido aquí. Después de lo que has hecho, no sé cómo se te ocurre venirte para este toro.

Sebastián estaba de pie.

—¿Y mi madre?

—Tu madre no sabe nada. Tu madre se marchó hace tres días para Cogolludo, con la Albina y su marido... Mi bato ha dicho que como no te largues pronto, el que

te denuncia es él. No quiere líos con los guardias. Lo que tú has hecho es muy gordo. Se lo ha dicho el Chano, que te vio esta mañana. Ya te puedes largar pronto.

Sebastián no respondió.

—Lárgate a Madrid —dijo Gabriel—, allí les será más difícil echarte la uña. Vete pensándolo, Sebastián. Has matado a un guardia, y eso se paga con la vida.

Sebastián miraba al suelo.

—Ya lo sé, Gabriel, ya lo sé.

—Si tuvieras dinero podrías largarte a Francia y allá, ¡qué sé yo! Siempre se encuentra algún escape.

—Dinero no tengo. Ya sabes que eso es... Si tu padre me lo dejase.

—No lo pienses, Sebastián. El bato está dispuesto a denunciarte si sigues por aquí. No quiere líos que le estropeen el negocio. Aparte de que a ti nunca te ha podido ver.

Golpearon en la puerta. Entraron dos tratantes, con blusa negra, y un señor de sombrero verde, vestido de gris.

—Oye, Gabriel —dijo uno de los tratantes—, tu padre nos ha mandado para acá. Queremos ver lo que tenéis. Nos ha dicho que tú nos lo enseñarías.

Gabriel llamó:

—Bernardo, asómate.

Luego preguntó a los tratantes:

—¿En el patio o en la cuadra?

—En el patio —dijo el señor del sombrero verde—; que corran.

Gabriel ordenó:

—Bernardo, suelta las mulas y hazlas dar unas vueltas.

El grupo se apartó hacia el poyo. El señor del sombrero verde se subió en él. Sebastián se pegó al portón. Hubo unos minutos de espera. Luego salieron las mulas. El mozo de la cuadra se puso en medio del patio. Chasqueó la tralla. Las mulas comenzaron un trote muy rápido en carrusel. De vez en cuando, el casco de una levantaba una chispa de las piedras. El mozo chasqueaba la tralla y las animaba con la voz. El señor del sombrero verde señaló una:

—Ésa.

—¡Je, *Limonera*!

—Parece buena.

Gabriel intervino:

—Buenas son todas. ¡Je, *Limonera*, je!...

—Y aquella otra.

—¡Je, *Bragada*, je!...

Sebastián abrió el portalón y salió a la calle. Comenzó a caminar sin dirección. Oía el golpeteo de los cascos en las piedras del patio y los gritos del mozo y de

Gabriel.

—¡Je, *Limonera!* ¡Je, *Bragada!*...

Como un trote corto, poderoso, bien golpeado, oía su corazón Sebastián. ¡Je, je, corazón! Anda, corazón. Ya, corazón. Quieto, corazón. Y ¿adónde ir? Y ¿qué mejor juez que la familia? No, márchate. Si te quedas te denunciarán. Has matado a un guardia y eso se paga con la vida. Todo se paga con la vida. El viejo señor Cabeda había pagado veinte años de vida. Le habían dado la vuelta: a usted le sobran ciento veinte pesetas. Esta sobra para Sebastián Vázquez, que va a pagar con la vida y no le van a devolver nada. Para Sebastián Vázquez, que quiere ver a su madre y después...

Sebastián tiene necesidad de reposo. Dentro de una hora, la Guardia Civil sabrá que él ha estado en Alcalá. Será el fin. Inútil huir. Inútil querer defenderse cuando se está acorralado, pero ha de cumplir algo antes del fin.

Sebastián entra en una taberna y busca el rincón oscuro, el rincón de la siesta del pobre ante la media botella.

—Media botella.

Desde el rincón, Sebastián siente el mundo. Oye el mundo. Huele el mundo. Ve el mundo. Palpa el mundo. Saborea el mundo. El mundo en la taberna. Las voces del tabernero y sus clientes. El olor de la taberna. La mesa manchada. La madera, sí, la madera. El sabor del mundo. Toda la libertad.

Y Sebastián aprovecha el mundo. Presta atención a la conversación de los hombres de la taberna, con fe. Una conversación trivial, que ya es un símbolo para Sebastián. Y los mira gustoso. Y palpa la madera y bebe su vino con una última alegría.

Llegan las palabras con oculto sentido, con rincones de alegría.

—No ha estado la feria como el año pasado. Este año ha habido menos ganado.

Y el año que viene habrá más o menos. Pero el año que viene habrá también feria.

—Se ha vendido poco y mal. Alguno tal vez ha hecho negocio; pero, en general, ha corrido poco el dinero. Se ha notado que este año se han adelantado las labores.

Y el año que viene se harán negocios, o no se harán, y la gente en esta taberna, o en cualquier otra, comentará lo mismo.

Sebastián se acongoja de pronto y sale de la taberna. Ha pagado y ha bebido poco.

—¡Quién entiende a los gitanos! Estará ya juma —dice el tabernero.

—Estará —dice un cliente.

Sebastián vuelve a la feria. Va posando sus ojos con calma en las gentes. El faquir sigue rompiendo platos y bombillas con los dientes. Mira a los ojos al faquir cuando se le acerca con el casquillo de la bombilla en la mano. Los ojos del faquir son tristes. Pero no tienen la tristeza de los ojos de Sebastián. Los ojos del faquir tienen la tristeza de la libertad. Y los ojos de Sebastián...

La mujer de los reptiles se ha cansado de hablar y está sentada en la maleta del

bálsamo, de los paquetillos de polen. La mujer de los reptiles piensa en mañana, que será otro pueblo y tendrá que hacer para comer el mismo número de Paquito y Felisa. Pero la mujer de los reptiles, que mira al suelo, no mira como Sebastián.

La tuerta de las coplas sigue repitiendo su estribillo:

—¡Ay!, ¿qué será donde no hay, y donde no hubo ni habrá, qué será?

El ojo que ve y el que no ve. El ojo que contempla el mundo y sus asuntos, y el que ya es inútil, pero vive en la órbita de la libertad.

Sebastián entra en el vapor, en el color, en el ruido. Y zigzaguea en la vida deseando formar parte de ella. Sebastián ya es vapor, color, ruido y una esperanza de azar que le anima.

Al volver Sebastián a las calles buscó la taberna de la media botella y el mundo. La encontró. De pie en el mostrador pidió:

—Media botella.

—La que usted dejó antes todavía está en la mesa.

—No, media botella nueva.

Sebastián invitó. Habló de la feria.

—Se ha vendido poco.

—Eso le decía yo a unos amigos.

—Este año se ha notado el terminarse temprano las labores.

—Sí que se ha notado.

—El año que viene habrá que esperar que se dé mejor Santiago.

—¡Quién piensa en el año que viene! De aquí al año que viene todos podemos estar criando margaritas.

—No, hombre.

Sebastián bebe su vino. Sonríe.

—Hay que pensar que no van a ir las cosas a peor.

Entra el bobo que bailaba por cuenta del vendedor de mixtura para los diviosos.

Farfulla:

—Un vaso, señor Juan, que traigo sed.

—¿Te pagó el tipo ese?

—Me pagó.

El tabernero se ríe.

—Cuenta qué te dio, hombre.

—Me dio dieciocho reales.

—Dieciocho reales te los sacas tú cuando quieras cantando por Alcalá. Tú eres un artista, y a los artistas se les paga bien.

—Sí, señor Juan, a los artistas se nos paga bien.

Sebastián invita al bobo.

—Bébetese ese vaso y que te pongan otro.

—Muchas gracias. ¿Quiere que le cante algo?

—No, bebe.

—Muchas gracias; el señor Juan le dirá que yo soy un artista.

Entran unos clientes. Saludan al dueño. Después le golpean en el cuello, fuerte y alegremente, al bobo.

—Casimirín, estás hecho un artista de fama. Nos han dicho que van a venir de Madrid a contratarte para un teatro.

—Sí, eso dicen, pero no me lo creo.

Sebastián paga las invitaciones. Pregunta al bobo:

—Tú, por un duro, ¿qué haces?

—Bailo y canto.

—¿Si yo te doy un duro bailas y cantas?

—Sí.

El dueño le corrige:

—Se dice: «Sí, señor», Casimiro.

El bobo repite:

—Sí, señor.

Sebastián saca un duro del bolsillo y se lo alarga.

—Me tienes que prometer que en todo el día de hoy no vas a bailar ni a cantar.

El bobo tuerce el gesto.

—Eso no puede ser.

El bobo Casimiro no acepta el duro de Sebastián. El bobo Casimiro está hecho para bailar y cantar. La libertad del bobo Casimiro no se compra con un duro aunque el bobo, el artista, Casimiro, no tenga un real que llevar a casa para que le den de comer.

Sebastián ha aprendido demasiado; vender la boba libertad de cantar y de bailar en la calle no es cuestión de dinero. Sebastián sale de la taberna y camina hacia la carretera. Piensa en el dinero que le queda. Él todavía puede comprar con sesenta pesetas un viaje, un poco de libertad y una mirada de su madre. Sesenta pesetas, la mitad del dinero del señor Cabeda, la mitad de la juventud del señor Cabeda, la mitad de los sueños del señor Cabeda.

La carretera brilla al sol del mediodía largo. La carretera es una invitación a la marcha del hombre. Por la carretera camina Sebastián. Piensa que su familia vende una sola mirada de comprensión, de alivio, de tranquilidad compartida por mucho dinero, por el dinero que valen *Limonera* y *Bragada* y todas las mulas del trote del patio. Mucho dinero para conceder una morada a Sebastián, toda la vida de Sebastián no vale el duro de Casimiro el bobo. Pero Casimiro el bobo no comercia con su vida. Casimiro acepta lo que le dan por su arte. Sebastián tiene que aceptar que por su vida no le dan nada.

Sebastián contempla el campo de las huidas, el largo campo de los avatares de la fuga y vuelve, paso a paso, golpe a golpe de corazón, hacia Alcalá.

Calle de casas de una sola planta. El árbol solitario da una sombra pequeña. En la sombra, sentada en una sillita baja, la vieja cuida de sus recuerdos y los niños juegan. El cigarrón del aburrimiento produce su estridente y monótono ruido. La discusión va por casas. La risa va por casas. Por casas va también la alegría de los niños a los que han feriado los juguetes de Santiago.

Los niños juegan a la raya de butín, que butín que bután, que tirintintín, que tarantantán. La raya de butín es un juego para que pierdan los niños, para que rían las niñas triunfalmente. La raya de butín es un juego para que los niños y las niñas suden y pierdan el apetito, suden y beban agua y les dé calofríos, suden y se lleven azotes de los padres, que discuten y que ríen en los portales de las casas esperando la hora de comer.

Los niños modosos, hijos de padres con dinero, no juegan a la raya de butín; juegan con los juguetes de la feria. La pistola que escupe agua como el sapo veneno. La muñeca de cartón que se despatarra como la mujer de Baldeón, el titiritero. La sogá que tiene campanillas en las manijas, como las serpientes de las películas del oeste en la cola. El tambor de metal, que es una lamentable equivocación comprarlo, y sonará tres días hasta que se olvide o sea guardado.

Sebastián camina por la calle.

Las puertas de las casas están abiertas. Desde la calle se ven sus penumbrosos interiores, sus intimidades humildes. La cama matrimonial de madera, en la habitación del fondo; habitación que hace con la puerta, también abierta, una parva corriente de aire. La cama de matrimonio, que en el verano tiene chinches, y se vierte en sus junturas agua hirviendo y se la frota con aguarrás. La cocina diminuta. La alcoba del jergón para los dos niños mayores y la cuna para el pequeño. El desvencijado sillón de mimbre en el pasillo.

Sebastián camina.

En medio de la plazoleta desierta, el poste de la conducción eléctrica se alza, con un tejido de cables por corona. La tierra de la plazoleta es dura. Hay un edificio a medio construir. En la plazoleta existe un garaje, con un portalón, que se cierra con una trampa metálica alabeada. Apoyado en una de las jambas del portalón está un mecánico. Al fondo del garaje la luz entra por una gran claraboya. Sebastián se acerca. La oficina del garaje es una especie de cajón, sucio de polvo, con cubiertas de ruedas sobre el techo. Hacen ruido las moscas gordas, negras, torpes, que no desaparecen ni en el invierno. Cuyos cadáveres se ven en los bordes de los bastidores de las ventanas de la oficina.

El mecánico fuma un cigarrillo mientras se limpia las manos, sucias de grasa, en un algodón hilachado. Tras él está desmontada la caja de una camioneta, colocada sobre

el foso oscuro de las reparaciones. Sebastián saludó:

—¿Me haría usted el favor de decir —dijo— si sabe de algún camión que salga esta tarde para Cogolludo?

—Para Cogolludo, para Cogolludo... ¿Un camión de qué? Tiene usted un autobús por la mañana, me parece. Algún camión irá, pero yo no sé. Espere, espere.

—Pagando lo que sea.

—No sé si le querrán llevar. Depende.

El mecánico hacía memoria.

—Hay uno que hace un viaje hasta cerca. Si a usted le conviene... Lo malo es que hoy es feria y habrá muchos igual que usted. Si usted se da prisa, ahora estará comiendo. Ha estado aquí esta mañana. Si él no tiene compromiso lo llevará. Suele cobrar algo. Él para en Casa del Burro. Mire usted...

El mecánico hizo una pausa.

—Usted va hasta la plaza. Usted sabe dónde está la cárcel de los militares. Bueno, usted tira a la derecha por una calleja y luego a la izquierda. Bueno. Allí pregunta por Casa del Burro.

Se rió.

—No le vaya a llamar usted Burro. Aquí le llamamos así, pero se llama Federico. Seguramente que le lleva. Tiene usted que preguntar al Burro si está Argensola. Y habla usted con él.

—Gracias.

—No hay de qué.

El mecánico tenía deseo de estar acompañado. Añadió:

—Tiene usted tiempo. Argensola no saldrá hasta el atardecer. Ese Burro que yo le digo es un punto de cuidado. Un día salió detrás de uno con un cuchillo, a clavarle porque le había llamado Burro. En cambio, vino aquí un asturiano muy gracioso que se apostó a que le llamaba burro y no se enfadaba.

El mecánico le ofreció la petaca a Sebastián.

—No fumo.

—El asturiano entró con unos amigos del Burro en el bar. Pidieron de comer. El Burro les sirvió el vino. «Me han dicho éstos que usted es tocayo mío». «¿Se llama usted Federico?» «No, es que en mi pueblo me llaman a mí el pollín, ¿sabe?». El Burro no tuvo más remedio que reírse. Ahora, que lo mismo le da el repente y le pega un botellazo allí mismo, porque él es así.

Sebastián se secó el sudor de la frente.

—Esta calor...

—Hoy se forma tormenta. Al atardecer, seguro que se forma tormenta.

Estuvieron unos instantes en silencio. Sebastián dijo:

—Bueno, pues muchas gracias y que siga bien.

—No hay de qué, hombre, estamos para ayudarnos.

Sebastián cruzó la plazuela, pasando junto al poste de conducción eléctrica, alta cucaña de muerte. Sebastián caminó hacia la plaza en busca de la casa de Federico el Burro.

Bajo los soportales de la plaza entorna los párpados el vago que sesteaba de pie; tropieza el hastial, que tiene hecho el andar al terrón; llama la mujeruca vestida de negro, tan poquita cosa, a su hombrín para que se asombre de la baratura de unos zapatos para el nieto; cloquea el tacón la joven lagarta de los tenientes; cansa el discurso el comerciante que hace el negocio de Santiago; discute el jayán de la moto con dos amigos, pegado a su máquina, rodeado de la chavalería, sobre la velocidad en la carretera de Madrid; posa su mirada lánguida el dependiente de tejidos y novedades, que las trae locas, en el capricho, porque es un capricho de mocita, que pasea con su papá, el teniente coronel. Hoy se come tarde. Hoy el preso canta el rancho extraordinario y duerme la gran siesta, tras de fumarse un petardo en el retrete, en el frescor de la sala de soldados. Los oficiales que han delinquido olvidan la pena en el juego de las cartas, en la fresca cerveza, en el recuento memorístico de las escalillas.

La pata de la cigüeña marca la hora con el sol. La cigüeña castañetea el pico. La risa de los grajos corre por los terrados, cae por las vertientes de los tejados, se entrelaza y confunde en torno de las torres.

Campesinos que fuman puros andan en los derredores de los autobuses. Campesinos que no fuman acarician los astiles y contemplan el acero brillante de las herramientas compradas. El cura de un pueblo a treinta kilómetros de Alcalá se echa la teja al cogote y se pasa un pañuelo muy blanco por la frente. El cura se cuece en la candela del sol como en el infierno se churruscan los condenados a la mirada del príncipe Lucifer, que es toda de fuego verde. Los campesinos y el cura esperan la hora del autobús.

Sebastián pregunta por la Casa del Burro.

—No soy de aquí.

—No sé. Pregunte usted a la de los periódicos.

Sebastián pregunta a la mujer de los periódicos y encuentra el buen camino hacia la difícil y célebre Casa del Burro.

Federico el Burro muestra los brazos poderosos con la camisa remangada. Federico tiene la piel blanca, femenina. El tatuaje de una moza en cueros y el lío serpentino de las trompas del distintivo de infantería se van haciendo borrosos con el tiempo en los brazos del dueño de la casa de comidas. Bajo el embuchado de la camisa, las roscas de grasa de la barriga. El pantalón en la pretina le marca una uve de tripón. La papada merece un ombligo.

—Óigame. Argensola el chófer ¿está por aquí?

—Ha salido. Ahora vuelve.  
—¿Tardará mucho?  
—¡Quia! No ha comido todavía.  
—Le voy a esperar.  
—¿Va usted a comer?  
—No, le voy a esperar.  
—Siéntese ahí.

Federico ordena. Federico ha nacido para mandar. La mujer de Federico también ha nacido para mandar. Han distribuido de tácito acuerdo los terrenos de su mando. El comedor, el pan, el vino, los cubiertos y los cobros están bajo la alta jurisdicción de Federico. La cocina, la compra y el servicio, bajo el mando directo, irreprochable y justo de la mujer de Federico. En el lecho conyugal nadie manda.

—Quiere que le lleve, ¿no?  
—Quería, si podía ser, que me llevase a Cogolludo, o que me dejara cerca.  
—No pondrá inconveniente. Hoy va de vacío.

Federico se sirve un vaso de vino con limón.

—Con este calor los que estamos algo gordos sufrimos mucho. Y luego el trabajo. Terminó de beber.

—Es que hay que ver la cantidad de personal que se descuelga en una feria. Y eso que este año no ha estado muy animada.

Se le acercó una de las sirvientas.

—La señora dice que mande usted a por fruta, que se ha acabado.

—Que mande ella.

En el rumor del comedor se distinguían los gritos de las sirvientas: «Una de carne». «Dos cocidos»....

Una de las sirvientas le hizo la cuenta a Federico.

—Tres de ensalada. Tres de carne. Seis de pan. Tres plátanos. Dos botellas de vino. Son los de Peral.

—Bueno.

Federico comenzó a hacer la cuenta con dificultad. Sumó varias veces.

Argensola entró sudando. Federico le anunció:

—Aquí te quieren ver.

Sebastián se acercó.

—Buenos días. Me ha dicho el del garaje de la plazuela que usted iba para Cogolludo, que si no llegaba, en caso de llevarme, me dejaría cerca. Venía a preguntárselo.

—Hoy no llevo a Cogolludo.

—Ya, pero si me deja cerca...

—Hombre, cerca... Le puedo dejar a usted a unos diez kilómetros. Yo voy a

cargar allí.

—No me importa.

—Tiene usted que ir en la caja del camión. Echado. No quiero ahora disgustos. Hoy estarán muy duros los de carretera. Si le conviene...

—Me conviene.

—Estese usted a las seis y cuarto en el surtidor de la salida de la carretera. Tengo que coger gasolina. A las seis y cuarto; si no, me largo. No puedo esperar.

Sebastián hizo un ademán de sacar dinero y dijo:

—¿Quiere usted que le pague ahora?

—Ya hablaremos.

Sebastián se despidió.

—Hasta las seis y cuarto.

De la plaza sale el último autobús. Hasta las seis no hay coches. El comercio sigue abierto. Las terrazas de los cafés están vacías. La cigüeña revuela alta.

El hortera ordena las piezas de tela. El vago se ha largado. El limpiabotas medita sentado en su caja, con las espaldas pegadas a uno de los pilares de los soportales. Toma un café apresurado el zascandil secretario del ayuntamiento de un pueblo lejano. El sol está sobre la plaza devorando la energía militar del sargento de vigilancia, que siente la tirilla del cuello sudada y sucia y habla a un soldado, imprecisamente, de una ordenanza.

Sebastián cruza la plaza y se pierde en las callejas.

La casa de los tíos de Sebastián es ancha, poco profunda. Un frutal, seco del coco y del pulgón, extiende sus ramas tras la cancilla. En la blanca pared está pintado un jabeque negro, a carbón, por mano infantil. Las ventanas, entornadas. La puerta, abierta. Sebastián duda. Sebastián piensa.

Tras la cancilla ha muerto el árbol. Tras la cancilla ha muerto la familia. Pero es necesario enfrentarse con ellos. Acusar con la presencia, no con la palabra. Preguntar por la madre. Tratarlos con la indiferencia de lo desconocido. Decir solamente: «¿Mi madre estará todavía en Cogolludo?». Y desafiar: «Voy a verla. No necesitáis decirme más. Gracias». Y hasta desearles suerte: «Que sigáis vendiendo mulas, haciendo negocios; que tengáis la suerte que yo no he tenido».

Sebastián abre la cancilla. Ladra un perrillo. Sebastián cruza el umbral. Ahora da una voz.

—¿Se puede pasar?

Siente un murmullo. Avanza. Aparece Gabriel.

—¿Tú aquí? Vete.

—¿Tan mal me queréis?... Espérate, que vengo a saludar a tu padre.

Pasa al patio, seguido por su primo.

—Buenas tardes. Buen día para todos —dice Sebastián.

El tío le mira fijamente.

—¿Qué quieres, Sebastián? ¿A qué has venido?

—No quiero nada, solamente preguntar.

—Ya te lo dijo Gabriel; aquí, nada. Se ha acabado.

—¿Qué se ha acabado?

—Sebastián, tú lo sabes. No quiero cuentas con los guardias. Vete de Alcalá. No diremos nada, pero vete.

Sebastián los contempla a todos. A su tío Manuel, jucó, largo, tieso. A su tía Sacramento, a la que llamaban la Valenciana; a sus primos, Román y Gabriel. A toda la corte pobre de la familia rica. Los conocía a todos: Justo, Bernardo el mozo, Gloria, Clara, que había sido madrina de su hermana Micaela...

—Ya me iré, tío. Si el garlocho fuera acero, no le hiriera el parné, ¿eh? Ya me iré. He venido a preguntar.

—¿Quieres dinero?

—No quiero nada. He venido a preguntar.

Manuel inclinó la cabeza.

—Sebastián —dijo—, tú ya sabes que tu madre aquí tendrá siempre lo que necesite.

—Es tu obligación. Es tu hermana.

—Tendrá lo que necesite, pero contigo no quiero...

—Ya. No te preocupes. Tampoco mi padre te hacía gracia.

—Eso fue otra cosa. Si somos familia, es contra mí...

—Siempre lo has demostrado.

—Tu padre. No viene a cuenta que hablemos de tu padre; eso es muy largo.

—Tengo tiempo, mucho tiempo todavía.

Manuel tenía la mirada de víbora rabiosa. Abrió las manos. Echó a las mujeres.

—Sebastián, no me enredes. Sebastián, que ya te avisé con Gabriel. Sebastián, que me puede dar el lechón y me voy ahora mismo donde el teniente de la Guardia Civil y se te acabó el chive que te manejas.

Las mujeres tardaban en desaparecer por la puerta del patio. Manuel les gritó:

—Fuera, que son cosas de hombres. ¡Fuera todas!

Sacramento arrastraba las piernas con varices empujando a Gloria y a Clara.

—Irse, irse. La Virgen nos ampare. Irse, irse. Dejar a los hombres.

Román y Gabriel estaban de pie pegados a la pared. Justo rastreaba el humo del cigarrillo por el muslo, con la cabeza agachada. Sentado junto a él estaba Bernardo. Manuel hizo una pausa.

—Andad ya, Bernardo, y tú, Justo, ir a ojear las bestias.

Quedaron los cuatro. Manuel tenía las mejillas cortadas de dos arrugas profundas, la boca como si recientemente le hubiera dado el amargo; la nariz, rapaz.

—Sentaos. Tú, Román. Tú, Gabriel. Siéntate, Sebastián.

—Estoy bien de pie.

—Tú, Sebastián, te las has dado siempre de bravote, como tu padre. Las vas a pagar, ya ves. Ahora te reniega tu sangre. Ahora...

—Mi sangre que no es mi sangre.

—La sangre de nosotros, la que te dio tu madre. Ahora las vas a pagar...

En la habitación de junto al patio se desató un llanto de mujeres. Manuel gritó:

—¡Callarse ya!

Sebastián entendía la reacción de las mujeres. Sabía que estaban dispuestas a gritar y a desesperarse cuando sobreviniera la violencia. Procuraría conservar la serenidad. Las mujeres alborotarían enloquecidamente, pero serían también las primeras en recuperar la tranquilidad. Oía el llanto apagado, de ser cansado que ante cualquier miedo se aflige, de su tía Sacramento.

Román y Gabriel miraban a su padre. Manuel se puso en pie.

—Sebastián, lárgate. No vayas a ver a tu madre. No te la mereces. No vayas a verla.

Sebastián estaba sereno.

—Ahora me voy. Había venido a preguntar si ella seguiría en Cogolludo. Me queda ya poco tiempo para hacer lo que tengo que hacer.

—No vayas, Sebastián. Yo te doy dinero para que no vayas.

Sebastián tenía una arruga de amargura en los labios.

—Iré. Que tengáis suerte como hasta ahora. Cuídala, tío.

El llanto de las mujeres creció. Luego salieron al patio. Sacramento se abrazó a Sebastián. Manuel ordenó a Román y a Gabriel que las llevaran dentro de la casa.

—Vete ya, Sebastián. Bastante daño has hecho.

Sebastián volvió las espaldas y salió.

Manuel se derrumbó sobre la silla posando una mirada acuosa y hastiada de perro guardián por el suelo del patio. Gabriel salió a los alcances de Sebastián. Caminaron unos pasos juntos.

—Sebastián, Sebastián, escucha.

—Déjame ya.

Gabriel se paró.

—Sebastián, que tengas suerte.

Sebastián pensaba en el miedo. La gran mancha negra del miedo, la noche del miedo que llega hasta el corazón, que hace que las personas abandonen los cauces de su sangre.

A las cuatro canta la cigarra la nana amarilla, que es como el crepitar de la hoguera del sol. A las cuatro se despluma el gallo bajo las alas, quemado del piojillo rabiado de calor. A las cuatro la mula parda tiene una momentánea rebeldía con el

carretero y tira de las varas con una fuerza de máquina loca y quisiera arrancarse el sifué y necesita tres trallazos para acompasarse. A las cuatro la carretera es una línea de piedra hojaldre que la apisonadora machaca. A las cuatro la urraca descansa para la aventura de la fresca. Donde la mosca zumba, está atenta la araña. Donde el polvo reposa, traza su suave estela el pececillo de pared. Donde duerme el amo, duerme el can, siesta profunda y sueño malo. Y peca la moza de sueño turbio y peca el vago con un crimen de dinero, de mucho dinero, para cultivar el descanso.

El árbol libra una sombra en la que Sebastián reposa. Frente a él está el campo, dormido, ancho, grave; solamente movilidad de insectos. Sebastián arranca la yerbecilla que ayuda a pensar. Juguetea con ella entre los dedos.

—Buenas tardes. Me has quitado el sitio, amigo.

Ante Sebastián está el faquir de la feria. Todavía con su pantalón verde, abombachado. Trae la maleta en una mano, y doblada sobre el brazo la chaquetilla negra. En la otra mano, media botella de vino y un envoltorio de papel de periódico manchado de grasa.

—Ya le había echado el ojo a este sitio.

Sebastián se apartó un poco.

—Ya es hora de comer, ¿no crees? Las cuatro y media. He trabajado hasta que no ha quedado nadie.

Deshizo el envoltorio y mostró un pan con unos pimientos fritos y un trozo de carne dentro. Sebastián los miró con hambre. No había comido.

El faquir le ofreció a Sebastián:

—¿Quieres un poco?

Sebastián respondió:

—Dame un poco, sólo un poco.

El faquir tenía ya la boca llena, le caían grasa y migas por los labios. Habló dificultosamente:

—¿Qué, no has comido?

—No.

Le pasó la botella de vino. Comentó:

—Toda la mañana para diecisiete pesetas. Y el material hay que descontarlo, que también cuesta. Mañana me dejo caer por un pueblo que yo sé. Ahí sí que sacaré.

—Los pueblos grandes son malos para esto, ¿no?

—Figúrate. Se las saben todas. Cuando yo trabajaba en el Circo Azul, hasta que enfermé y perdí mi puesto de ayudante del faquir, donde más negocio se hacía era en los pueblos alejados de las carreteras importantes. ¿Qué te parece?

—No sé, no conozco ese negocio. Solamente he ido alguna vez al circo.

—Pues yo no sé lo que hubiera dado por continuar de artista de circo. Puede que hasta hubiera llegado a tener número propio. La vida, amigo...

Sebastián terminó el trozo que le había dado el faquir.

—¿Para qué pueblo dices que vas a ir?

—¿Es que quieres venirte?

—No, yo tengo que ir a sitio fijo.

—¡Ah!

—Voy a ver a mi madre.

—¿Está enferma?

—No.

—Simplemente que vas a ver a tu madre. Yo a la mía no la he visto desde hace tres años. Como siempre anda uno revolucionado con el dinero... Sin dinero no quiero ir a verla.

El faquir terminó de comer. Se repartieron el vino que quedaba en la botella.

—Yo soy de Alicante —dijo el faquir—. De mi pueblo ha salido mucha gente de circo. ¿Tú conoces...? Bueno, los habrás visto trabajar alguna vez, pero no te acordarás.

Hizo una pausa.

—Allí, desde pequeños procurábamos imitar a la gente de circo. Yo quería ser saltador, pero con el hambre que se pasó en la guerra por la zona de mi pueblo se me aflojaron los huesos y no pude saltar más.

Sebastián se sentía confidencial.

—A mí también me ha gustado mucho andar suelto. Quise ser torero. Ya ves; ahora, nada.

—No hay que perder la esperanza. Si yo tuviera la suerte de encontrarme alguna vez con un empresario, le demostraría que lo que hacen otros puedo hacerlo yo. Claro que lo fundamental es tener aparatos y trajes. No voy a salir a la pista con este pantalón.

Sebastián miró hacia el campo. Al fondo se veía una mancha blanca de nubes.

—Mira. Eso es el principio. Hoy habrá tormenta.

—Al que le pille en el campo...

El faquir se obsesionaba con la suerte.

—Todo es que te vea un empresario. Entonces has hecho la suerte para toda la vida. Yo aprendí a comer con truco con mi jefe, yo en mi profesión me las sé todas.

De pronto Sebastián sintió pena de aquel hombre que le había dado su comida, que gozaba de libertad, que podía arrastrar su miseria por toda España sin peligro.

—¿Y no te encuentras solo? ¿A veces no te da como un murriazo de soledad?

—Nada. Feliz.

—Pero ¿no te gustaría quedarte en algún sitio, trabajar, qué sé yo, hasta casarte?

—¡Quedarme en un sitio para toda la vida! ¡Casarme! No, hombre. Así soy feliz. Si me quedara en algún sitio me moriría enseguida. Yo necesito andar. Conocer gente.

Yo hablo con todo el mundo. Si me casara, perdería todo. No, yo estoy hecho para andar por ahí, por el mundo.

Sebastián cortó de nuevo la yerbecilla de los pensamientos.

—¿Tú no sientes algo como un vacío, a veces?

—Nada.

—¿No te tiran las mujeres? ¿Me vas a decir que ni eso te hace...?

—Es pecado. Procuro no cometer pecados.

Sebastián tenía un gesto de asombro en la cara.

—Entonces ¿tú eres muy religioso?

—Hombre, no soy un santo.

Aumentaba el bochorno. Las nubes blancas se extendían por el campo.

El faquir tenía los codos apoyados en la maleta, estaba echado en el suelo. Mostraba su débil pecho de gallito flaco. Canturreaba. Sebastián pensaba que aquel hombre que en la feria parecía tener la mirada triste, tenía la mirada alegre; que aquel hombre que daba pena y angustia era un hombre que se creía feliz.

—Yo vivo de milagro —dijo el faquir—. De un milagro de verdad.

Sebastián contemplaba los mal calzados pies del faquir, sus piernas alambrinas en los bolsones de tela del pantalón.

—A mí me salvó de morirme la fe. Recé mucho para poder salvarme, y me salvé. Hay que tener fe en este mundo para salir de los malos pasos. Hay que decirle a Dios, eso sí, con mucha humildad, que a uno le salve —Sebastián temía interrumpirle—. Yo nunca me he quedado sin comer —dijo el faquir—. Habré comido poco, pero he comido; por otra parte, yo no necesito mucho. Como poco. Si como mucho, el estómago se me resiente por las cosas del oficio. Eso sí, hay que comer mucha miga de pan. Yo, antes de salir a trabajar, como mucha miga de pan. Luego bebo un traguito de agua. Se forma una masa en el estómago que preserva las paredes. Una vez me perforé el estómago. Me asistió un médico muy famoso en el hospital de Madrid. Yo entonces trabajaba en la calle. Ya no nos dejan.

Sebastián le preguntó:

—¿Fue entonces el milagro?

—No. Ahí me echaron un cable del cielo. Me dijeron: «Agárrate bien, Roque, y arriba». No, lo del milagro fue otra cosa. No te la puedo contar. Es un secreto que tengo con los santos.

El faquir se incorporó.

—Te voy a enseñar —dijo—. Te voy a enseñar un libro que llevo siempre conmigo. Verás.

El faquir abrió su maleta. En la maleta llevaba unos platos, unas bombillas, dos camisas, la una caqui, la otra blanca, peine, jabón, trebejos de afeitarse, una piel de gato, una baraja, una pecera y una faja de falsa seda de color verde.

Explicó:

—A veces leo el porvenir. Lo leo en las cartas y en la bola. Pongo la bola al revés y empiezo a decir cosas. Lo que he oído a mi patrón del circo. Nunca falla. La gente se va contenta. Procuero decirles cosas agradables. Naturalmente, si están de luto les sondeo a ver quién se les ha muerto y digo buenas cosas del difunto.

Del fondo de la maleta sacó un librito con las tapas gastadas por el uso.

—Esto es lo que te quería enseñar. Esto lo leo yo todos los días. Son vidas de santos. No hay nada tan bonito ni distraído como las vidas de los santos. Me lo regaló una señora en el hospital, cuando lo de la perforación.

El faquir comenzó a leer a Sebastián el librito. Sebastián escuchaba atentamente.

—Es muy bonito, ¿verdad? —preguntó el faquir.

Sebastián asintió con la cabeza.

—Hay la vida de un santo que es una vida que a mí me hubiera gustado llevar. Un santo que se fue a misionar a tierras lejanas.

En la voz del faquir había un trino de nostalgia.

—Murió mártir. Ahora, que murió cuando había visto todo. Dio la vuelta al mundo. Una vida maravillosa. Yo a veces me pongo a soñar con que soy algo así y voy a la China, al África, al Perú. ¡Me da una cosa en el corazón! Claro que para eso se necesita mucho mérito, que me digo: Roque, tú debieras haber sido algo así, algo muy grande, algo que hiciera que escribieran sobre ti.

El faquir se quedó con los ojos fijos en el campo. Luego escupió.

—No puede ser. Hay que contentarse con lo que uno es. Pero viajar...

Sebastián insinuó:

—Tendrías que morir mártir...

—Eso es lo de menos.

El faquir guardó el libro, envolviéndolo en la faja de falsa seda.

—Esta faja me la pongo como turbante para leer el porvenir.

Cerró la maleta. Puso los codos sobre ella y respiró hondo. El pecho se le infló y se le marcó el esternón, casi en quilla como el de las aves del cielo.

—Viajar. ¿Tú te das cuenta? Irse lejos de aquí. ¿Tú lo piensas?

Sebastián lo pensaba. Dijo:

—No, ¿para qué? Lo mismo da estar aquí que en cualquier otro lado.

—¡Qué va, hombre! ¿Tú has visto el mar?

—No.

—Pues si alguna vez ves el mar, entonces te darás cuenta. Cuando uno ve el mar, ya le entra la gana de marchar a algún lado.

El faquir cerró los ojos. Sebastián le imitó. Estuvieron un rato sin hablar. El faquir rompió el silencio.

—Una de las cosas mejores que le pueden suceder al hombre es no tener dinero.

Sebastián preguntó irónicamente:

—¿Tú crees eso?

—Hombre, digo dinero, que no sea el de vivir. Dinero sobrante. El dinero sobrante es mal compañero. Solamente sirve para buscarle quebraderos a uno, digo yo.

—¿Tú has tenido alguna vez dinero sobrante?

—Nunca. Cuando me ha sobrado algo se lo he enviado a mi madre. A ella no le hace mucha falta, así como para comer, pero algo le ayudará. Yo siempre pienso que lo que le sobra a uno, pues para otro. Por lo menos debiera ser así. Lo que pasa que la gente no se entiende. Ahora el mundo está muy revuelto, demasiado. Todo el mundo va a ver lo que saca.

—Es natural, hay que comer.

—No digo para comer.

El faquir se incorporó, quedando con las piernas cruzadas.

—¿Qué hora será?

Sebastián miró el reloj.

—Las cinco y media.

—Todavía me queda un rato. Tengo que encontrar a alguien que me lleve.

—¿Hacia dónde? Yo marcharé para Cogolludo en un camión.

—Ya conozco ese pueblo. No voy tan lejos. Voy por esa carretera, pero luego tengo que coger un camino y andar una legua.

—Puedo hacer que te lleven como a mí. Puedes venirte conmigo. Hacemos el viaje juntos donde tú vayas y luego yo continuo adelante.

El faquir preguntó:

—¿Tú crees que nos cobrarán algo?

—Sí, pero no te preocupes. Yo tengo algún dinero y creo que habrá bastante.

El faquir se asombró.

—¿No has comido y tienes dinero?

—Lo guardaba para el viaje.

—¡Ah!

El faquir se puso en pie.

—Espera un minuto, amigo. Bueno, ¿cómo te llamas, puesto que vamos a viajar juntos?

—Sebastián.

—Espera un minuto, Sebastián. Guárdame la maleta —dijo el faquir.

El faquir corrió con la media botella vacía hacia las casas. Se le doblaban las piernas y parecía zambo. Sebastián puso inconscientemente la mano sobre la maleta. Pensó en aquel hombrecillo desnutrido y alegre, soñador y religioso. En otra ocasión, estaba seguro que se hubiera reído de él, que posiblemente hubiera sido cruel con él.

Pero aquel hombrecillo de piernas que apenas eran capaces de sostenerle, de pecho débil, de cabeza ahusada y mejillas chupadas, aquel hombrecillo tenía algo que ninguna gente de la que había conocido, excepto el señor Cabeda, tenía; aquel hombrecillo era valiente, daba la cara al mundo, sobre todas las cosas. Pensó Sebastián en su falta de valor, en su miedo a la vida y a la muerte. Miedo a la vida cuando era libre, miedo a la muerte ahora que la sentía acercarse, lentamente, desde la lejanía.

El faquir llegó saltando y bamboleándose en los saltos.

—Sebastián, es necesario que comas. No te puedes quedar sin comer.

Traía un bocadillo de sardinas y media botella de vino.

—Ahora —dijo el faquir— me das un poco y te comes el resto del bocadillo. Así comemos lo mismo.

Sebastián cerró los ojos. Un turbión de pensamientos se le revolvían en la cabeza. Dijo:

—Como tú quieras, Roque.

Comieron el bocadillo y bebieron el vino. Sebastián miró el reloj.

—Son las seis menos cinco. Podemos irnos ya hacia el camión.

Roque y Sebastián caminaron juntos. Al pasar junto a las casas, entró un momento Roque a devolver el casco de la botella en una taberna.

—Bueno, ya podemos partir —dijo Roque—, ya nada nos dejamos en Alcalá y a nadie debemos.

Sebastián pensaba que él sí dejaba algo en Alcalá, que él sí debía a alguien en Alcalá.

—Ahora la carretera —continuó Roque—. La carretera, que es lo que más me gusta. El viaje es lo que me divierte. Me pongo triste cuando llego al sitio al que voy.

Sebastián pensaba que él también se dejaba ganar por la tristeza cuando llegaba a las metas de su camino. Tristeza en Madrid, tristeza en Alcalá, en Cogolludo...

—Y después —dijo Roque—, cada uno por su camino. Y que Dios nos dé suerte y que nos volvamos a encontrar.

Sebastián pensaba que, aunque Dios repartiera suerte, poca le iba a tocar a él. Que nunca, seguramente, se volverían a encontrar.

—Por aquí —dijo Sebastián—. Me ha dicho que tenía que estar en el surtidor a las seis y cuarto.

—¿No dirá que no?

—Nos llevará a los dos. No te preocupes.

El sol se ocultaba entre nubes blancas, avanzadilla de la tormenta. Pasaron por las calles de casas de una sola planta. Las nubes eran como una esponja que, apretada, dejase escapar vapor. Las moscas se levantaban del suelo, revolando al paso de los transeúntes. Las moscas tenían una pesadez mineral. Los excitados nervios de los

pródromos de la tormenta se hacían sentir en las discusiones apagadas de las casas. Cuando lloviera, la araña correría la pared, la risa el labio. Cuando lloviera, las miradas se lavarían de ira, las palabras de la acritud del tiempo.

—Como iremos en la caja del camión, nos mojaremos —dijo Sebastián.

—Siempre habrá un saco o estará el toldo recogido. Yo he viajado mucho en camión. En las tabernas me hacía amigo de los camioneros. Me comía un vaso delante de ellos, luego me llevaban. Si parábamos en algún sitio, me decían que hiciera una demostración. Viaje hubo en que me comí cuatro vasos.

Roque celebraba el recuerdo, riéndose. Añadió:

—A la gente le gusta ver fenómenos. Yo te puedo decir que los artistas que más éxito tenían en el circo donde yo estuve eran los enanos, los contorsionistas y nosotros, mi patrón y yo. Claro es que no llevábamos fieras. Las fieras gustan porque el público espera que se coman al domador. El público es así. ¡Qué gente!

Argensola estaba violento. Hablaba a grandes voces al del surtidor. Sebastián se acercó.

—Ya estamos aquí.

—Déjeme ahora en paz.

Sebastián se apartó. Roque le preguntó:

—Se enfadó, ¿no?

—Sí, está enfadado, pero ya se calmará. Se calmará enseguida, verás.

Argensola se fue hacia la cabina del camión. Llamó a Sebastián:

—Le voy a llevar, ¿entiende usted?, pero ya le digo, no asome la cabeza por nada del mundo. Usted se me tumba en la caja del camión y listo.

—Oiga, Argensola, el caso es...

—Acostumbro a cobrar seis duros.

—Bueno, pero yo quería ver si podía venir un amigo conmigo.

—¿Un amigo?

—Sí. Va más cerca; él le dirá. Yo le doy a usted diez duros y conformes. ¿Le parece?

—¿Y adónde va?

Sebastián le hizo una indicación a Roque. Roque explicó a Argensola dónde quería que le dejase.

—Ya le pegaré yo en la ventanilla para que pare.

—Bueno. Suban.

Sebastián, antes de subir al camión, le alargó los diez duros. Argensola los cogió sin mirarlos. Sebastián y Roque subieron al camión. Argensola estuvo todavía un rato discutiendo con el del surtidor.

La caja del camión era alta. Roque y Sebastián se tumbaron.

—Le diste diez duros, ¿verdad?

—Sí.

—Una parte es mía.

—No. No he pagado yo. Ha pagado un amigo. Era dinero de un amigo, que si te hubiese conocido habría dado con mucho gusto ese dinero para que te llevara el del camión.

—Yo tengo algún dinero. Puedo pagarte.

—Ya te digo que no.

El camión se puso en marcha. Sebastián y Roque se sentaron.

—Cuando empiece a llover —dijo Roque—, no vamos a poder taparnos con nada.

—No te preocupes.

El aire de la marcha hacía un remolino en la caja del camión. Se pegaron a la cabina. Hablaban a gritos.

—Donde tú vas, Roque, ¿estará muy apartado?

—A una hora de camino.

Callaron. Sebastián se balanceaba al ritmo de la marcha, las rodillas cogidas con las manos. Roque golpeaba las rodillas entre sí y cambiaba de postura a cada momento.

La ira de Argensola le hacía conducir a gran velocidad. Cuando llevaban media hora de marcha se detuvo el camión. Argensola les dio una voz:

—Bajen ustedes. Vamos a refrescar.

Sebastián y Roque saltaron del camión.

—Les invito a un vaso —dijo Argensola—. En seguida marchamos.

La velocidad había descansado a Argensola. Entraron en una casa de campo solitaria.

—Verán qué vino tiene aquí el patrón. Cosa buena.

Un campesino, después de saludarlos, los sirvió. Roque estaba contento.

—Le apuesto a usted —dijo a Argensola— a que le doy un mordisco a ese vaso.

—¡Qué sé yo!

—No le apuesto nada. Pero si usted paga el vaso le doy un mordisco.

Sebastián intervino:

—No, Roque, déjate de demostraciones.

Argensola estaba ya de buen humor.

—Déjele usted. Si se quiere comer un vaso, yo se lo pago. ¿Cuánto vale, patrón?

El dueño de la casa dijo el precio. Argensola animó a Roque:

—Ande, cómaselo.

Roque se bebió primero el vino. Después dio un mordisco. Sebastián sintió dentera. Roque escupió el cristal. Argensola se reía a grandes carcajadas.

—No sabía yo que transportaba monstruos de la naturaleza.

Argensola lo siguió celebrando hasta que subió a la cabina. Roque le decía a Sebastián:

—¿Lo ves? Le hice reír. ¿Lo ves? Le divertió. Ya está más contento.

Asomaron la cabeza, para mirarle, por la ventanilla de la cabina. Argensola iba silbando. Roque estaba satisfecho.

Roque alzó la cabeza. Oteó el paisaje. Anunció:

—Ya vamos llegando.

Poco después golpeó en la cabina. Argensola volvió la cabeza. Roque gritó que parara. Argensola no pudo entender otra cosa que la mímica expresiva de Roque. Detuvo el camión y Roque saltó afuera. Sebastián le dio la maleta. Roque fue a despedirse donde Argensola. No tuvo tiempo de dar la mano a Sebastián. El camión arrancó y los dos se hicieron signos con las manos. Sebastián gritó:

—Adiós, Roque, adiós.

El ruido del camión ahogó la despedida. Roque se quedó en medio de la carretera agitando sus brazos, agitando un abrazo. Roque se perdió en una revuelta y el camión comenzó a subir una cuesta. En el cielo había ya nubes negras. Algún chopo aislado mecía las ramas al soplo del viento leve que pilota las tormentas. Poco más tarde comenzaban a caer gruesas gotas. Cuando se empañó el cristal del parabrisas, Argensola golpeó en la ventanilla e hizo señas a Sebastián de que iba a parar para que pasase a la cabina.

—Su amigo el come-vasos —dijo Argensola— es un tipo muy raro.

—Uno que come vasos es siempre raro.

—Lo digo por cómo iba vestido. Si no viene con usted, no monta aunque me hubiera dado él solo diez duros. ¡Qué sé yo! A mí su apariencia me hubiera hecho pensar en un majareta perdido. Fíjese que le da por pegarme un tiro o por sacudirme una puñalada.

—Es incapaz de hacer daño a nadie.

—Ya, si no lo niego; pero la pinta de loco esa no se la quita nadie y de un tío con pinta de loco no es difícil pensar que esté loco.

La pata de insecto del limpiacristales penduleaba suavemente. La tormenta arreciaba. Una masa de agua cubrió la visión al conductor.

—Va a ser mejor pararse un poco. Echamos un cigarrillo y luego continuamos.

Se empañaron los cristales de las ventanillas. Argensola fumaba cigarrillos negros, liados. Le había ofrecido a Sebastián, que aceptó:

—Ésta se veía venir. Hacía hoy mucho calor en Alcalá. La gente que vaya con bestias por la carretera ya puede andar con cuidado. Y su amigo se estará poniendo bueno. En Casa del Burro, donde me fue usted a buscar esta mañana, ha habido hoy una bronca de olé. El calor; con el calor se excitan los nervios y acaba mal la cosa. Hasta la policía ha aparecido por allí y fíjese que es un sitio tranquilo, de los que rara

vez se puede decir que si tal o que si cual. Pues el Burro le ha sacudido a un amigo, porque se le ha quejado de la carne que le habían servido y por no sé qué. Ha sido ya tarde. Ya había comido yo y me había ido a tomar café.

—El calor da mal ánimo.

—Y tanto.

Argensola volvió a poner el camión en marcha.

Al cuarto de hora avisó a Sebastián.

—Mire usted, yo me meto ahora por un desvío. Está lloviendo mucho y no le voy a dejar en medio del campo. Le llevo hasta el pueblo donde yo voy y mañana va a Cogolludo...

—No, es que tengo que estar esta noche allá. La tormenta se pasará pronto.

—Pero se va a poner usted como un Cristo, hombre.

—No, déjeme donde usted se desvía. Yo me bajo y ya encontraré algún sitio donde guarecerme hasta que se pase el nublado.

—Como usted quiera.

—Hay que tirar por el camino adelante, ¿verdad?

—Apenas dos horas de camino, pero el pueblo lo ve enseguida. No hay pierde.

Sebastián consultó su reloj. Ya era tarde. Argensola le explicó:

—En cuanto bajemos esta cuesta, lo dejo a usted. Yo voy para la izquierda.

—Bueno.

Sebastián bajó del camión. Corrió hacia unos árboles. Al sur brillaban nubes amarillentas; nubes de color de pan y de rastrojo. La lluvia se hacía fina, se iba cerniendo al paso de la tormenta, que avanzaba su volumen de ira hacia el norte. La tormenta pasaba veloz e iba ganando el campo una claridad, una serenidad de halo. Sebastián abandonó el pobre refugio de los chopos y, con el rostro mojado, con el paso ágil, comenzó a caminar.

Los charcos de la carretera espejeaban, ondeaban de las últimas gotas. Olía la tierra. Volaba en garabato la avispa. Los pájaros de alto vuelo negreaban en el cielo. El viento solano daba su bocanada cálida y húmeda de la tormenta, desde la amarillez remota. Sebastián pensaba en Roque el faquir, en el señor Cabeda. Podía haber sido gran amigo de los dos si la vida... Pero no, la vida era el camino que llevaba ahora a Cogolludo, después a cualquier parte. Su vida cumplía una etapa más en Cogolludo, junto a la madre. Y recordó a Lupe. A Lupe, a la que hubiera presentado a sus amigos Roque y Cabeda. «Bueno, Roque, te voy a presentar (tendría que haberle dicho) a mi mujer. Bueno, Roque, ésta es mi mujer», y seguramente el señor Cabeda se habría sonreído pensando: «Pero es su mujer y ¿qué más da?».

Veía Cogolludo en un alto, con tapias o murallas derribadas, confundidas con los ribazos. Las ruinas de una casa incendiada o de un castillo antiguo. La cola de color oscuro de la tormenta agitándose sobre el pueblo. El reflejo metálico de la cúpula de

una torre de iglesia. Las áreas de yeso, grises, casi negras. Veía Cogolludo y apresuró el paso.

Al bajar la cuesta, alcanzó a un recuero con tres burros, cargados de serones de tierra. Anduvo a su compás.

—¿Va a Cogolludo?

—Si no se tercia otra tormenta, llegaré a Cogolludo. Apunta el regañón y puede que vuelva la que se ha ido. Éstos son malos vientos, lo mismo el que sopla que el regañón.

—Llegaremos antes de que estalle, ¿no lo cree usted?

—Puede. Eso lo sabe Dios. Mal paso no llevamos.

Sebastián volvió la cabeza. Hacia el sur, el cielo tomaba un color verdusco y rojo en estratos.

—No parece que vaya a haber otra.

—No mire usted atrás. Adelante es donde hay que mirar. El jaleo vendrá del noroeste. Ya lo verá usted.

Sebastián vio, inmóvil sobre Cogolludo, la oscura cola del tormentón.

—Ahora la retaguardia va a ir delante —dijo el recuero— y nos va a amolar bien. Más abajo está el molino viejo del regato y nos podremos guardar hasta que pase si le da por pasar, porque la tormenta tiene su capricho y corre de loca, o se queda de prestado, y hasta que se vacía no se mueve.

Los burrillos caminaban uno tras otro, marcando las herraduras en un rastro de cadena.

—¿Usted es de Cogolludo?

—Lo soy.

—¿Usted sabe dónde viven los gitanos?

—Según cuáles. Unos viven en la entrada del pueblo por esta parte, los otros detrás de la iglesia, en la bajada de un cerro.

—Gracias.

El recuero preguntó:

—¿Tiene usted familia en Cogolludo?

—Mi madre.

—Claro, viene usted a verla. ¿De lejos?

—Sí, de bastante lejos, de por Toledo.

—¡Vaya! Pues ya ha caminado usted. ¿No habrá venido en el coche de San Fernando, unos ratos a pie, otros andando? No, no tiene usted traza de haber venido a pie.

—Me ha dejado un camión en el cruce de ahí atrás.

—¿Argensola?

—Sí.

—Ése viene mucho por aquí. Ya le conozco.

Caminaron en silencio. Comenzó a llover tenuemente. El recuero dijo:

—¿Ve usted? El regañón. En cuanto sale ese viento se trae la tormenta para acá. El regañón es un buen mozo, con mala uva dentro, pero buen mozo. A veces se le pasa enseguida el genio, otras está sopla que sopla hasta que se cansa. El regañón con el único que no puede es con el viento de la sierra; ése le ajusta las cuentas a todos. Pero el viento de la sierra en el verano no sopla; se mete en los valles a dormir. Es que se cansa de estar todo el invierno revolviéndolo todo. Por aquí decimos que el viento serrano, buena cosecha y buen verano; que el solano, quema las mies y la mano; que el regañón, regaña y le hace el son.

Llovía fuerte. El recuero se puso por la cabeza un saco en forma de capucha. Le dejó otro a Sebastián.

—Al molino ya vamos a llegar. Pero no sea que antes nos pongamos ensopados. Cúbrase, cúbrase.

Sebastián sentía los pantalones mojados, pegados a las piernas. El recuero se tomaba la tormenta con tranquilidad.

—¡La de veces —dijo— que me ha sucedido a mí esto en mi vida! Y ahí en el llano, donde uno no se puede guardar en ningún sitio. Si te paras, malo; si continúas, peor. De todas formas te has de mojar. Enfermedad, nieve y tormenta, paciencia. La paciencia es lo mejor.

El molino viejo eran cuatro paredes y un techo sin tejas, junto a un regatillo, a las riberas del cual crecían los chopos. El molino viejo no tenía puertas y las ventanas estaban rellenas de piedras. El suelo estaba cubierto de excrementos de ovejas y de caballerías. En un rincón, cuatro piedras ennegrecidas y las paredes hollinadas señalaban el sitio del hogar para el hombre de paso, para el vagabundo; afilador gallego, pobre castellano; emigrante andaluz camino del norte, murciano de mal trabajo y de peor año; buhonero de poca fortuna, leñador de capital al salto del real y del pan. En otro rincón, paja molida al sueño e inscripción sobre una isla de encalado: *R. A. 1947. Ésta es mala tierra. U. H. P. Alfonso Martínez pasó por aquí, con su Maruja. ¡Viva el mundo!*

—Éste no es mal refugio —dijo el recuero—. Ahora, que llueva.

Desde el umbral contemplaban los dos la tormenta. La tronada estaba encima de Cogolludo.

—Ha habido suerte; si no, estamos nadando. Los gitanos de detrás de la iglesia lo estarán pasando mal, porque aquéllos viven en una cueva. Se les inundará. Ya ocurrió otro año.

Al paso de la recua entraron por la carretera que llevaba a la plaza del pueblo.

—Ahí cerca —dijo el recuero— viven los gitanos. Pregunte usted.

El viento regañón corría suavemente a apagarse en el llano. El viento regañón

enredaba su crin en los tejados. El viento regañón jugueteaba alegre tras su victoria.

## Viernes, Santa Ana

El sol bordea la tapia, dora las piedras de las ruinas del castillo. El ortigal del patio es una masa de color de esmeralda; los pocos árboles de la carretera linean su verde sombrío entre el azul del cielo y el rojal. La palangana, sobre el cajón, moviliza reflejos en la pared en sombra; reflejos juega el agua en el abrevadero, sobre el vástago de la fuente. Por los huecos de la fachada que limita el patio, el cielo toma proximidad e intimidad; por las grandes ventanas de la fachada del palacio que limita la plaza del pueblo, el azul se hace remoto. Vuelan la abeja y la cigüeña. Despierta Micaela y la campana pequeña de la iglesia, a media torre —las del campanario las arrancó viento de guerra—, voltea rápida, alegre, fresca.

Fachadas de casas en ruinas. Fachadas solas, teatrales. Fachadas al campo. Orografía de ruinas. Gritos de la miseria. Y el espectro de la grandeza, el palacio, únicamente fachada y unos cobijos, para carros y bestias, parásitos de la piedra noble. Recuerdo, muro de recuerdo, del hogazón triunfal.

Frutos: chato liso, picotazos de viruela, mirada loca. José: casta del Ebro, pálido, jas de pulmón podrido. Albina —la cana engaña, el diente miente, la arruga no hay duda—, la barriga hinchada y el quebranto mucho. Adoración, donde siempre nace una esperanza. Y los hijos.

La tormenta del día anterior había barrido la carretera de polvo y excrementos. El agua se estancó en una depresión del terreno. Los cerdos hozaban en la lama. Las gallinas dejaban las medias estrellas de sus rastros por la onda larga del barro, que se iba endureciendo en los bordes. La cigüeña había pasado tres veces su sombra por el charco, avizoradora, cazadora, hermosa, al amanecer. La cigüeña desde su alcázar dominaba la ruina, el pueblo, el campo, el horizonte aburrido. La cigüeña fingía un sueño, una calma de nubecilla, desde su nido feudal.

María, la madre de Sebastián, dormía aún.

Sebastián y su hermano Juan salieron a la carretera.

—¿Habrá ranas en la poza? —preguntó Juan.

—¿Te acuerdas de cuando te llevé al bar de don Ricardo y comiste ancas de rana? —dijo Sebastián.

Venía a la memoria de Sebastián el plácido recuerdo de una mañana. Don Ricardo había invitado a Juan; lo mismo hicieron los amigos de Sebastián. «Que salga tan fino como tú —dijo don Ricardo—, que casta no le falta». Seguramente no le faltaba casta a Juan.

—¿Te acuerdas cuando nos íbamos a bañar a la alberca?

—Cuando mataste el sarapé y yo chaqueteé. Me recuerdo.

Llegaba a la memoria de Sebastián aquella tarde de verano en la alberca, bañándose desnudos los dos hermanos. Y luego la caza de la culebra, que se refugió

en un mato y soplaba rabiada y herida de las piedras. «Juan, tráete un basto. Juan, jindón, acércate». Y cuando la mató la cogió por la cola y se la tiró a Juan, que corrió miedoso.

—¿Aún no les has quitado el canguelo?

—Dan el mal. Un día iba en el mayo del tío Manuel y se me puso una delante. Se alzaba como los gallos. Me tiró el mayo. Un sarapé largo como un ramal.

—¿A que no te acuerdas de cuando el viejo compró un burro y lo montaste solo por primera vez?

—Tenía el trupo blanco y unas tetinas negras y duras.

Buen recuerdo tenía Sebastián. Había llegado el padre con la alegría de unos duros en el bolsillo. Aquella noche se bebió él solo una botella de anís. Se emborrachó y nada más. Todos estuvieron contentos. Al día siguiente...

Al día siguiente Sebastián recordaba que el padre se zurró con un pariente en una era. No había sido cuestión de dinero, sino de decires. El pariente era esquilador. Tenía un tijerón empalmado. El padre le dio un chaquetazo en la mano y el tijerón saltó. El padre ni movió los pies. Le dio un chaquetazo en la cara y lo tiró al suelo. «¿Ves —dijo—, ves como si fuera como tú y tu gente te mataba ahora? Coge tu herramienta y vete. Anda, vete a decirle a tu gente que voy a hacer con todos lo mismo. Coge camino». El viejo tenía temple.

Se la guardaron. Como no podían con él, se la guardaron. Cuando enfermó y se acabó el dinero, la madre fue a pedir a los parientes. «¡Ay! Echarle una mano, echarle una mano por la Virgen.» «Que la pida él, que es quien lo necesita», le respondieron. Pero el padre no pidió nada. Sebastián estaba de permiso militar. «Agárrame la mano, María, que lo veo todo negro, que me acabo». La madre lo tenía cogido de la mano y el padre no lo sentía. «María, María, abre la puerta, que me ahogo». Luego se quedó con los ojos abiertos, respirando como después de una carrera. Luego dejó de respirar.

—¿Tú te acuerdas bien del bato? —dijo Sebastián.

—Bien no me acuerdo.

—Cuando el bato te diquelaba; pregúntale a la vieja cuando te diquelaba...

Un grillo de la vera de la carretera daba su canto mecánico, monosílabo, amarillo.

—Si lo sacas de su cueva, Juan, se lo damos a Micaela.

—Le dan asco.

Juan comenzó a hablar sobre cosas confusas. Sebastián fingía prestar atención. Sebastián pensaba en sí mismo. Pensaba que cuando se levantase la madre le iba a hablar. O mejor lo dejaría para más tarde, porque antes quería probar la dulzura del recuerdo en común. Antes quería oírla hablar del tiempo pasado, quería retornar de su palabra a los caminos de Extremadura y de Toledo, a las lejanas y fieles horas que habían pasado blancas y vacías, pero que ahora, su solo recuerdo las llenaba de cosas

íntimas, amigas, serenadoras.

Juan seguía hablando.

—Cuando me di el cate..., la chola..., el mengue ciego y el chucho negro..., el sol negro..., la tía tiñosa..., la calentura..., el mengue trajelaba bichas..., el chucho se trajelaba el rabo..., un sangrón...

María, la madre de Sebastián, hablaba con las otras mujeres. En el patio crecía un rumor colmenero de voces y labores.

—Me sonaba la chola..., la jeró del mengue tenía la rosca los curas..., el chucho me meó el trupo...

—¿Qué estás contando, Juan?

—Cuando me di un cate de un árbol pegado a la alberca.

Sebastián volvió a sus pensamientos. Había que tener la suerte negra que él había tenido. Había que sentir la tranquilidad de los demás para saber que el propio corazón es un animalillo rebelde que muerde en el pecho sin descanso. Había que ver los largos, desiertos caminos donde el hombre es libre para darse cuenta de que uno no anda camino, porque en la huida no hay camino, sino rastro.

Sebastián recordaba los rostros, los gestos del confín de la memoria. A los diez años, cuando el abuelo le miraba al ojo, con el aire brujo, y le decía riendo: «Sebastián, tú serás famoso». El gesto del abuelo, la boca apretada, alta la ceja, pensando un remedio o un negocio. El respeto del padre para aquel ser roto por los riñones, surcado de años, con la piel del color del cuero viejo. Lo recordaba cercano. Pensó que desde que murió no había vuelto a su recuerdo. Ni siquiera había recordado sus bromas agrias. La broma de la moneda albando y la mano llagada. El consejo: «Sebastián, un gitano mira, no confía. Así irás aprendiendo». Y cuando fue a morir que hizo que lo lavaran antes, porque tenía en la cabeza la música loca de que la buena muerte llega al cuerpo limpio y la mala, dolorosa, al sucio.

Años de niñez, jugando, regateando, persiguiendo, aprendiendo y llorando. Años de Naval Moral y de Talavera, que en la distancia del tiempo transcurrían monótonos e iguales, trasladando la misma anécdota de uno a otro. Años de sueño y de hambre.

Micaela buscaba a Sebastián. Salió a la carretera. Juan contaba una historia de peleas. Micaela se apoyó contra Sebastián, que acarició sus hombros agudos, su cabeza greñuda, su cuello largo y talloso.

—... salieron al cholí los churres del pueblo, que los mandaba el cabo fulao, que se le decía..., por jugar a los prohibidos..., por...

Sebastián apretó a Micaela contra su cuerpo. Luego la madre llamó desde el patio a Juan y Micaela. Frutos salió gritando a la carretera:

—¿Lo ves tú, Sebastián, lo ves tú?...

—¿Qué te pasa, Frutos?

—Me voy a jñar en la madre que los parió a todos. Está uno para que todavía le

revuelvan, está uno para que le busquen...

Sebastián sabía que los arranques de Frutos eran parte de los comienzos del día. Se levantaba malhumorado, bronco, ciscándose en toda su memoria y conocimiento. Se calmaba al aguardiente y empezaba a ser tratable por los vasos de la media mañana. Sebastián le dejaba hablar sin interrumpirle. Había que capear el mal genio, durmiendo el oído en el sonido de las palabras.

Sebastián recordaba los despertares de su padre, silenciosos y hostiles. El padre alguna vez los explicaba: «Es que se viene del sueño como de la muerte y hay que irse dando cuenta, poco a poco, a lo largo del día, de que se vive. Se viene y se va al sueño, que es como la muerte. Uno no puede estar alegre cuando se despierta ni cuando se va a sornar».

—¿Quieres una truja, Sebas?

—No.

—¿Tú sabes lo que tiene que aguantar uno, tú sabes?... Hasta que un día me dé un viento largo y me dé el piro bien dao. Me tiro a lo que sea. En la cárcel iba a estar más tranquilo que aquí.

Sebastián oía a su madre hacer las pequeñas recomendaciones del orden, de las labores familiares. Oía las palabras, que le llenaban de una vaga melancolía. Había pasado mucho tiempo sin oírlas. Encontraba en ellas un camino de retorno.

—Micaela, trae un viaje de la fuente.

Muchas veces, a la edad de Micaela, había hecho los viajes con cubos a la fuente pública a coger agua. En torno a la fuente, las mujeres y los niños se agolpaban, gritaban, discutían. La tierra estaba encharcada. Al volver a la casa, con el movimiento de los cubos se derramaba el agua. Los pantalones se le pegaban, mojados, a las piernas. Le dolían las manos y había aprendido alguna historia de la vecindad.

—Sebastián, me voy a tomar el gote, para quitarme el despertar.

—Bueno, Frutos. Echa la pañí de muerto.

—¿Tú no vienes?

—No.

Sebastián prestaba atención a las conversaciones de las mujeres en el patio. Micaela salió con dos cubos, pendientes de los brazos.

En la fuente de la pared recordaba Sebastián haber estado a coger botellas de agua para el abuelo. Le enviaban a la fuente de la pared, cuya agua tenía en opinión del abuelo virtudes casi milagrosas. «Siempre que puedas, Sebastián, date un trago del agua de la fuente de la pared, te limpiará los malos jugos de los adentros, te limpiará los untos de los grumos que les salen con el tiempo, te limpiará la riñonada y harás, cuando los tengas que hacer, hijos fuertes». El abuelo bebía golosamente el agua de la fuente de la pared, que era un cañito en un tapial pequeño entre un musgo verde y

negro, sobre una piedra surcada por el paso del agua. Sebastián recordaba el tiempo del agua de la fuente de la pared, con la nostalgia agria de la fortuna perdida.

José holgaba y doñeaba. Gustaba de enroscar las palabras en el tema escabroso. Se divertía dándose las de pícaro y ensanchaba, sin querer, los conocimientos de la chiquillería en los balanceos de la paria. José tosía largo y cuando le daba el suspiro final comentaba:

—El invierno me da mulé. Antes de la primavera estoy de puerto donde no habla nadie.

Macabro, torcido y extraño, se dejaba cuidar. Brindaba la hebra a Sebastián.

—Cuídate, Sebas, que no sabes lo que es tener salud. Cuídate, Sebas, que te lo dice uno que da las boqueadas de pie antes de espicharla.

Las mujeres lo mimaban con brusquedad. Albina decía:

—Estás con el mismo sermón desde las quintas. Tú nos entierras a todos.

La tos de José quebraba el ánimo.

—¿No os lo digo?

Los chavales se quedaban en suspenso mirando un momento a su padre. Volvían a sus juegos.

Si José se sentía con ánimos, amargaba el día a la familia. Se echaba en un rincón y suspiraba.

—Llevarse los chavales, que me dan las ducas al verlos. Llevárselos por vuestros muertos.

Se ponía muy malo y su mujer o Albina salían a comprar un trozo de hígado, que lo cocían y cuyo caldo tomaba.

Sebastián le animaba:

—Tienes un galope todavía, José. No te pierdas en los pensamientos negros. Baja por el invierno a una ribera.

—Se pone peor —decía su mujer—; la humedad le changa.

José se estiraba delante de Sebastián.

—Esto es muy malo, Sebas; esto hace falta tener mucho valor para aguantarlo.

—Tú lo tienes, José.

—Si no lo tuviera...

Juan se había ortigado las piernas y se frotaba con tierra. Los hijos de José y de Frutos le hacían corro.

—Date saliva.

—Tierra es mejor.

—Date meaos.

Sebastián volvió a la carretera. Aquella vida familiar le producía el espanto del porvenir. Faltaría él y todo seguiría igual. Juan tendría un recuerdo del hermano aún menor del que él tenía del padre. Micaela se haría mujer y cuidaría de un José o de un

Frutos de entre aquellos chiquillos y pariría chiquillos que el tiempo haría mayores y para los que él sería una historia lejana, si algo era.

Sebastián vio acercarse a Micaela, cargada con los cubos de agua. Sebastián miró hacia la plaza del pueblo, donde la tierra estaba cercada del dolor de las ruinas. Pensó en las ruinas. Pensó en el tiempo futuro. Y se hizo más profunda su tristeza.

José dormía de bruces sobre el colchón, el pecho mojado de sudor, la respiración fatigosa, las piernas abiertas, las negras alpargatas mostrando las suelas gastadas. Frutos tenía el medio sueño de la siesta. A ratos abría un ojo neblinoso, giraba el cuerpo, recogía una pierna para volver a estirla.

Las mujeres trajinaban en silencio. Si sonaba un cacharro, había un instante de atención con los rostros vueltos a los que dormían. Si la ronda runruneante de un insecto se hacía insistente por encima de las cabezas de los durmientes, cualquiera de las dos mujeres, ayudándose con un trapo, procuraba espantarlo.

Oleó el agua sucia del cubo cuando Albina salió con él al patio. Lo vertió lentamente en el reguero que se perdía tras la vivienda. En otro momento lo habría vaciado con violencia y el agua, al golpear en la tierra, hubiera dado un ruido flatoso o un trallazo. Pero preservaban el sueño de los hombres. Frutos y José no se enterarían de la delicada, cuidadosa guarda.

Los chiquillos, tras la vivienda, se hacían el chitó cuando alguno levantaba la voz. «Padre duerme, padre duerme». Y había en sus voces, plenas de cautela, un temeroso respeto a los mayores.

Sebastián estaba sentado con su madre en el patio. La madre de Sebastián frotaba sus morenas manos por la falda negra. Peleaba descuidadamente con la crencha aceitosa, que se le escapaba de la horquilla. El pecho, cansado, se le hacía bulto informe bajo el vestido y la media toquilla, prendida con un imperdible. Entre las alpargatas sucias y el faldón asomaban las piernas desnudas, morenas y roñadas.

Sebastián arrancaba, con la uña larga del dedo meñique, trocitos de la pintura de la esfera del reloj.

—Madre, estuve en Alcalá, donde el tío —Sebastián hizo una pausa—. Buscándote.

La madre detuvo el movimiento de fricción de las manos. Gordezuelas, amables, apalomadas, reposaban sobre las rodillas.

—¿Hablaste con Manuel?

—Me dijo que os habíais venido a Cogolludo, y aquí me vine.

La madre temía preguntar. Se esforzó:

—¿Te faltó, Manuel?

—Mala muerte tenga, madre —dijo Sebastián con la voz apagada, mirando al suelo—. Mala muerte tenga quien echa a los suyos.

—La jaca vieja no olvida las malquerencias, hijo. Manuel y tu padre pisaban los

mismos charcos. Ninguno me escuchó. Nada he podido hacer, nada. Tu padre...

La imagen del padre volvía a Sebastián.

—¡Lo que yo he sufrido, lo que yo he sufrido! —dijo la madre.

Los dos callaron. La madre repitió:

—¡Hijo, lo que yo he sufrido!

Sebastián cruzó las manos. Habló:

—Mal día el que te fuiste de Talavera.

La voz de la madre se hizo un susurro, humilde y dulce:

—Los pobres tenemos que ir donde nos lleva el hambre. Si tú, hijo, hubieras querido...

Sebastián sentía la garra airada del corazón.

—Sí, madre.

—Nunca nos hubiéramos marchado.

—Sí, madre.

—Pero Micaela y Juan...

La voz de la madre tenía un vago acento de reproche:

—Manuel nos ha dado de comer. Hemos comido del pan de Manuel. Ha sido bueno con nosotros.

Calló la madre. Sebastián perdía la mirada en la tierra.

El sol de la tarde palidecía el azul. El planeo espectacular de la cigüeña se iba reduciendo en sus giros hasta llegar al vértice de caza. Revolaban las moscas en la oscuridad de la vivienda, apartadas a manotazos por las mujeres. Frutos encogía la zanca. Y el sueño, el movimiento, la palabra eran pesados y tensos.

Sebastián miró a su madre.

—Madre, voy huido.

La voz de la madre tenía un hueco y poderoso sonido de cisterna.

—¡Ay, Sebastián! ¿Qué has hecho?

—Vengo con sangre, vengo de muerte.

La madre se cubrió el rostro con las manos.

—¡Ay, Sebastián, qué desgracia!

Sebastián hablaba rápida, confusa, nerviosamente.

—He matado a un guardia. Estaba bebido. Me persiguen, madre. He venido donde tú has venido. Si me cogen, me matarán. Por eso fui a Alcalá.

Sebastián bajó la voz. Cogió una mano de su madre.

—Lo maté, madre, sin saberlo. Tiré sin deseo de tirar. He corrido el campo, he sufrido mucho.

—Sebastián, ¡qué desgracia! ¡Qué mal viento te ha traído! ¡Dios mío, Santa María!

—Madre, me cogerán, me cogerán.

La madre ahogó un sollozo. Se desasíó de Sebastián y se cubrió la cara. Lloraba, jadeando levemente. Lloraba con una levedad de lluvia mansa.

La madre levantó el rostro, húmedo de las lágrimas.

—Dios nos ampare, hijo; ¿qué se puede hacer? Tanta desgracia... Pero ¿cómo ha podido ser, Sebastián, cómo pudiste hacerlo?

Con la cabeza baja, los brazos cruzados, la crencha suelta, volvió a llorar. Sebastián le acarició la cabeza.

—Madre, ¿qué puedo hacer?

La madre lloró un rato en silencio. Sebastián la acariciaba. La madre levantó la cabeza. Tenía los ojos empañados y tristes.

—Tienes que irte, Sebastián. Tienes que marchar de aquí.

En Sebastián renacían el miedo y el desamparo. Buscaba cobijo.

—No, madre, no me digas que me vaya.

—Tienes que marchar. Aquí te cogerán. Aquí están Juan y Micaela y todos los demás. Si te cogen aquí, ellos también pagarán por ti. Tú no puedes hacerles daño, hijo. Tienes que irte. Tú no puedes hacer daño a tus hermanos, a todos estos.

Sebastián sentía que el miedo se iba apoderando de su madre.

—¿Dónde voy a ir, madre?

—¡Dios mío, qué desgracia!

—Tengo miedo, madre.

—Tienes que irte. Tienes que marcharte. Vendrán por ti. Nos cogerán a todos.

—Me cogerán, pero deja que me quede.

—Tienes que irte. ¡Dios mío! Vendrán esta tarde. Nos llevarán a todos.

Sebastián se puso en pie.

—No tengo nada.

La madre tenía la voz grave, casi dura.

—Hijo mío, aquí nos conocen. Si no es esta tarde, mañana vendrán los guardias a preguntar quién eres. Estarán enterados. No te puedes quedar. Te llevarán.

Sebastián miró las profundidades de la vivienda, miró el ortigal del patio, miró el cielo azul. Dijo:

—Sí, madre. Me iré ahora mismo.

Sebastián quedó solo en el patio. La madre desapareció en la vivienda. Hubo un murmullo de voces. Luego se hizo el silencio.

Sebastián estaba en el patio rodeado de su familia. Frutos y José le miraban con miedo. Las mujeres lloraban.

—Me iré ahora mismo.

La madre le dio un pañuelo.

—Toma, Sebastián; era de tu padre. Doblado va el dinero que tengo.

—No, madre.

—Tómalo, hijo, te serviré.

Sebastián guardó el pañuelo en su chaqueta. Frutos y José bajaron la vista.

Sebastián dijo:

—No les digáis nada de esto a Micaela y Juan.

Sebastián tendió la mano a los hombres.

—Deséame suerte, Frutos.

Frutos apretó la mano de Sebastián.

—Suerte, Sebastián.

—Deséame suerte, José.

José estrechó la mano de Sebastián.

—Suerte, Sebastián.

Las mujeres se abrazaron a él.

—Adiós, Albina. Adiós, Adoración.

Sebastián apartó un poco a su madre. La abrazó y la besó.

—Adiós, madre.

—Sebastián, hijo, Sebastián...

Adoración y Albina se llevaron dentro a la madre de Sebastián. Por la carretera sin sombra, bajo las miradas de Frutos y José, iba la sombra de Sebastián Vázquez.

Sin meta, sin finalidad, el hombre se vacía de sí mismo. Sin meta, sin finalidad, camina Sebastián Vázquez por la carretera que pasa por el molino viejo, que lleva hacia el peligro. Sebastián piensa en su madre. Siente su propia soledad. Solo por fin frente a la sangre y a la muerte. Y en la orilla del miedo los amigos, los parientes, la madre. Está sereno. Recuerda al abuelo: «Poco mal espanta y mucho, amansa». Siente la sangre correr obediente por sus venas. Siente el corazón amansado, golpear suavemente el ritmo de su vida.

La carretera va ascendiendo lentamente y el paisaje de ayer vuelve con una ligazón de amargura. Cuando se es capaz de pensar en el miedo, cuando se puede reflexionar sobre el miedo, éste deja de existir. Porque el miedo no admite el pensamiento. Sebastián no encuentra los cauces de la sangre del clan, donde el miedo se ha hecho impetuosa vida y lo ha invadido todo.

Recuerda la voz de Cabeda, dulce y grave en el consejo, en la muestra de la vida. Recuerda el viejo y manso corazón de Cabeda. Veinte años de cárcel. La pérdida de veinte años de existencia. Pero él ¿tendrá siquiera ocasión de perder veinte años? Él, lo sentía profundamente, jugaba su vida, que a medida del tiempo iba perdiendo valor hasta que llegara a ser algo que no admitía cambio con nada.

Sebastián se acercaba al molino viejo. Pensaba que nada dejaba tras él. Que todo estaba ya aclarado. Los amigos, la familia, la madre habían sido tachados por el miedo. Sebastián descubre la vaga imagen de Lupe, que va acrecentándose. ¿Y Lupe? Lupe es la última oportunidad del pensamiento. Lupe es la última oportunidad del

corazón. Volver a Talavera, volver al punto de partida, transformado, siendo otro quizá. Reencontrar a Lupe, cuyo corazón es fiel y valeroso. Refugiarse en Lupe, sin temer ser rechazado. Saber que Lupe era la única cosa que le quedaba en el mundo de los afectos totales y decírselo.

Condicionales de la suerte.

«Si no hubiera bebido —pensaba Sebastián—, si me hubiera dado por quedarme con Lupe, si el guardia no hubiera muerto de mi mano... Si todo hubiera seguido como antes del principio, estaría tal vez ciego para las cosas, ciego para la vida. Sin darme cuenta de las realidades tristes de los afectos y del miedo. Seguiría maltratando la vida de Lupe. Pero no he de volver a Talavera. Ya es tarde. Ya no hay remedio. Volvería a hacer daño a lo único por lo que podía volver. No, Lupe ya no es más que un recuerdo, tiene que ser solamente un recuerdo para que todo se cumpla».

Bajo los árboles, tendida en la yerba seca, cercano al molino, Sebastián siente el futuro blanco y vacío. Las sensaciones de miedo han desaparecido. Los torbellinos donde el pensamiento es polvo oscuro y sin fijación. Donde la sangre es tinte de crepúsculo y la muerte una garra negra que aprieta la vida hasta hacerla estremecerse en golpes de agonía.

La mirada pícaro del abuelo, la mirada negra del padre, la mirada serena de Cabeda, la mirada de pájaro libre de Roque. Armonía del recuerdo.

—Sebastián, tienes que cambiar de vida.

—Así me va bien.

—Sebastián, cambia. Acabarás mal. Deja a esa mujer.

—Eso es cosa mía.

—Mira que todo se paga.

—Se pagará.

Estaba pagando un alto precio. Ya lo único que no podía dejar era el recuerdo de la mujer. Ya estaba con él hasta siempre. Ya la tendría hasta la muerte.

—Sebastián, trabaja, o nos tendremos que marchar donde Manuel.

—Vives, ¿no?

—Sebastián, nos iremos.

—Aquí estáis bien.

—Micaela y Juan...

—Aquí estáis bien.

—Nos iremos donde Manuel. Tienes que trabajar, defendernos.

—Aquí estáis bien, madre.

Pero se habían marchado, por temor, como lo habían dejado por miedo. No, no podía arrastrar a todos a su destino. Habían tenido razón, pero él cumplía con su suerte.

Cuando disparó contra el guardia y huyó tenía miedo, pero también las

misteriosas seguridades de la sangre. Creía que los amigos, la familia, la madre le ayudarían. Burlaba la muerte desde aquellos cobijos. Se sentía acompañado. Ahora no tenía miedo y estaba solo, sereno, solamente con los recelos de la animalidad, atento a la carretera, atento al rumor, atento al aviso del olfato.

Roque podía hacer sus humildes viajes pagando con sus habilidades, hiriéndose el estómago, sufriendo el calor y el frío. Roque podía decir que soñaba.

—Roque, me voy contigo.

—Tú no puedes venir, Sebastián.

—Tengo que irme contigo. Te ayudaré en las ferias. Hablaré a la gente.

—Tú no puedes venir. Tú tienes otras cosas que hacer.

—Ya no tengo nada.

—Pero no puedes venir. No te gustaría. Acabarías dejándome en cualquier camino.

—No te dejaría.

—Tú no eres del camino.

Sebastián no era del camino.

—Aquí estoy, señor Cabeda.

—¿Ya has vuelto? Te esperaba.

—Veinte años.

—Es un buen precio. ¿Y los tuyos?

—Ya no viven.

—¿Tenías mujer?

—Tenía.

—¿Murió?

—No sé.

Pero no eran veinte años, veinte años y ciento veinte pesetas. Estaba seguro de que acabaría de otra manera, en la que ahora no quería pensar.

Sebastián cortó la yerba que ayuda a pensar y mordisqueó su tallo seco. Había mentido la sangre. Con el único que pudiera haberse ido por los caminos, con el único con el que se hubiera podido explicar, era con su padre.

—Ya, Sebastián. Es una desgracia, pero todo tiene su arreglo.

—Padre, vengo de sangre.

—Ya, hijo, tienes que marchar.

—No puedo.

—Iremos juntos.

Irían juntos tal vez después de que sucediese el crepúsculo. Cuando los guardias lo vieran correr por el campo, sin buscar refugio, y le tiraran a muerte.

Recuerdos, creaciones del recuerdo, pensamientos, amargura del clan, nostalgia de las manos lejanas de Lupe. Los sentidos gobernando en su centinela la sombra de

Sebastián bajo los árboles. El lejano rumor de las palabras amigas de otro tiempo.

—Aquí tienes un amigo de verdad para lo que quieras.

—Ya lo sé, Sebas, ya lo sé.

La insistencia del vino. La pistola pequeña que el tiempo agiganta y fantasma. La lejana taberna del Tripa y la luz del amanecer, luz de aguardiente aguado. El camión y la soñarrera de Larios.

—Que no se diga.

El Maño, cuya cara supone la tranquilidad más peligrosa porque en ella se ve el arrebato de violencia, casi la locura.

—Ponnos otras.

Aquella pelea sin sentido, sólo porque hay que probar, porque es como una tentación el cuello del Maño, y él nunca se ha resistido a las tentaciones. Porque Sebastián creía que no temía ni a los hombres, ni a la vida, ni al mundo.

—Date, date.

Disparos. Huir por los sembrados, por los alcores bravos, hacia la sierra, buscando ya el refugio de la sangre.

Todo había pasado velozmente y estaba cercano, pero parecían haber transcurrido años. Tenía que contar los días: lunes de muerte, martes de temor, miércoles de serenidad, jueves de tristeza, viernes de la sangre. ¿Cuántos días podría contar todavía?

La urraca vuela a su nido. Las hormigas no rompen el ritmo del trabajo. La abeja hiere delicadamente la flor del mato. El alacrán es devorado por su hembra, porque su destino es de devorado.

Baja el sol hacia el horizonte. Las sombras se alargan. Se amora la pared del molino. Rojea la carretera.

Sebastián está cansado. No tiene meta, no tiene finalidad. Lo mismo da estar bajo los árboles que en el camino.

El pañuelo del padre guarda el dinero de la madre. Tiene dinero, poco dinero, para la vida. Pero ¿acaso lo va a necesitar?

La moneda albando del abuelo. Su risa de truhán sabio. El duro chulo del padre con la mano poderosa apretando su mano de niño. Guarda el dinero. Pero el dinero es para los que tienen que luchar con el hambre y él no siente ahora hambre y no sabe si pasará un momento de hambre.

—Sebastián, vámonos a la alberca.

—No puedo, Juan.

—Anda, Sebas, cogemos lagartijos para guardarlos en botellas.

—No puedo, Juan.

Los hermanos pequeños en los que el cariño es asombro. La frialdad de Anuncia, seca, amarga, rodeada de sus hijos. Aquella casa de Talavera que recordaba con

fidelidad, pero que apenas había vivido íntimamente, porque él vivía en la calle, en la aventura y el aburrimiento cotidiano de la calle.

Enturbiaban la mente los blandos, sinuosos, olvidados recuerdos de la niñez.

—Sebastián, siéntate aquí.

Y Sebastián, obediente, debilitado por el cariño, se refugiaba entre los brazos de la madre.

—Duérmete, Sebastián.

Y Sebastián cerraba los ojos y sentía un suave romperse de su fuerza, un relajamiento gustoso.

La madre cantaba la nana del niño de Belén, que Sebastián oía con los ojillos cerrados esperando el sueño, aunque aquello era mejor que el sueño.

La voz del padre le devolvía la energía, la fuerza y saltaba del regazo, nervioso y alegre como un perrillo. Pero el padre apenas le miraba, apenas le posaba su mano en la cabeza un momento, porque la preocupación le embargaba.

Y cuando el abuelo fue a la casa a quedarse y morir en ella, Sebastián regateaba entre sus piernas, escuchando la cadena de sus palabras. Retornaban las palabras de la lejanía.

—Sebastián, la vida del perro es más vida que la del viejo. Los huesos se le quiebran al viejo si corre, y si no corre se le duermen.

Pero el abuelo corría, se movía, hablaba y trabajaba. Tenía que oírle todavía.

—Sebastián, a burro flojo, arriero loco.

Y recordaba de él que para cada cosa, para cada suceso tenía un decir, un refrán.

Sebastián volvía a su soledad. No había aún roto totalmente la unión con la familia. Debería perderse en la lejanía sin volver la mirada atrás. Marcharse de la vista del pueblo, donde quedaban la madre y los hermanos, el miedo y el asombro.

Una falta de deseo, una pereza de entrega, le impedían moverse. Otra vez Lupe, ya para no pensarla.

—Sebastián, quédate por lo que más quieras.

La onda vaga del peligro sentido.

—Sebastián, quédate.

Pero Sebastián se había ido con los amigos. La triste figura del Langó arrastrando su cojera y su dignidad ofendida saliendo de la taberna del trueno, de la madrugada de ebrios, de la voz del dueño poniendo orden doméstico en el establecimiento.

—Sebastián, a veces pienso que es mejor no tratarte... Y te olvidas de la amistad y sólo quieres hacer...

El Langó tenía razón. Ahora ¿qué esperaba? Pero no había llegado a conocerse, no había recapitulado su vida más que acompañado por la mala suerte. Podía haber dicho:

—Sí, Buenaventura, hay que perdonarme. Tú ya sabes cómo soy yo.

Pasaba el tiempo. Se doraba el crepúsculo, que luego enrojecería, que por fin se haría una raya verde, que iría oscureciendo hasta desaparecer. Sebastián miró hacia el molino. Pensó que ya no se movería de allí hasta la mañana siguiente. Que a la mañana siguiente volvería a huir, pero que necesitaba organizar su pensamiento para el porvenir.

Antes de oscurecer, Sebastián entró en el molino. Las sombras moradas del fin de la tarde se hacían densidad de oscuro en las rinconadas. Todavía podía leer en el islote de cal: *Por aquí pasó... con su Maruja*. Sebastián se sentó en la paja molida; con un palito, débilmente, trazó en la cal su caligrafía: «Aquí estuvo Sebastián Vázquez». Pensó en Lupe. Iba tan con él, que hubiera podido añadir: con su Lupe. Pero Sebastián no añadió el nombre. El nombre de Lupe lo dibujó en el suelo, apartando con el pie los excrementos del ganado.

Sebastián se echó sobre la paja. No había viento. Por las tablas del techo se veía una sola estrella. Sebastián cerró los ojos. Oía los rumores del anochecer en el campo. Oía silbar el lechuzo loco que no encuentra la hembra. Oía el latir tranquilo de su corazón.

Fue llegando el sueño.

## Sábado...

... El guarín toma la teta de la marrana tendida, como muerta, en el claro de la trasera de la casa. Bajo el sombrero, estruja la ropa, frota la ropa en la taja una mujer, balanceante el seno, temblorosas las nalgas. Sestea el viejo en el poyo, la gorra sobre los ojos, la cachava entre las piernas, las manos tiritando los años sobre las rodillas. La vecina que lleva y que dice y que trae, la gallina clueca, cruzan la carretera.

La carretera penetra recta en el pueblo, llega a la plaza, parte hacia los campos. La plaza está adornada para el baile de la noche. Hay un tablado para los músicos de la fiesta. De los tres bares de la plaza, sólo uno no tiene mesas de terraza. Es el bar de los mozos, donde se grita y se bebe mucho. El dueño desafía a los de los otros bares a vender más. Da el mejor vino; aguanta al ebrio; anima al que canta; olvida a los guardias cuando hay bronca; permite el juego fuerte por los fondos del bar; calla ante el blasfemo; no goza buena fama entre la gente decente y el cura y las mozas casaderas saben que es cónsul del diablo, punto maldito, llaga de mal curar.

El pueblo se abre al llano, se cubre estribado en los primeros cerros serranos. El pueblo celebra el sábado labrador de la cosecha recogida. Conserva fresca la ley del buen año: Tras Santiago, el trago.

Las primeras mozas, vestidas de domingo, hablan y burlan por los portales. Corre la risa, revuelan las faldas, saltan los nervios en los espavientos, en los abrazos, en el dime y direte a la oreja cosquillosa. Los viejos y los niños se aburren. No es fiesta de viejos, ni de niños. Los mozos que pasan, que cruzan la plaza, gritan a las primeras mozas las sabidas bromas del pueblo, aumentadas con alguna de ciudad, forastera y difícil de entender.

—¿Qué ha dicho ése?

—No sé.

Las dos mozas encogen los hombros. Una reacciona. Vocea al mozo que se va riendo.

—Guarro, más que guarro, ¿por qué no se lo dices a tu novia?

La compañera pregunta:

—Pero ¿qué ha dicho?

Cuchicheo y risas. Luego un fruncimiento de labios, despreciativo.

—Eso es lo que sabe ése. Eso es lo que ha aprendido en Madrid.

Vuelta a empezar. La conversación alegre, trivial. Los cuerpos con unos débiles, extraños repeluznos. La risa saltarina y húmeda. La formalidad de repente. Y los viejos mirando el jolgorio con ojos de odio. Y los niños sintiendo un clima raro, de desazón de los mayores, incomprensible y absurdo.

Sebastián cruza lentamente la plaza. Entra en el bar. Al ojo bribón nada se escapa. Talla el dueño.

—Buenas tardes, amigo. ¿Una copa?

Bajo la tamba el pitafló, bajo la manta el jarro.

—Anís.

Sirve la copa el dueño con el cuidado de la corona.

—¿Qué, de paso?

—De paso.

—¿Conocía usted este pueblo?

—No es la primera vez. Otra copa.

Buen pulso el del dueño.

—Hoy se celebra la cosecha. Esta noche, baile. Se puede divertir. ¿Viene para mucho?

—No.

—Usted no es de por aquí.

—No. Otra copa.

La gota se queda en la boca de la botella.

—Aquí hay unos que viven en una calle cerca de esta plaza. ¿Viene usted a verlos?

—No.

—Vendrán por aquí más tarde.

Sebastián coge la copa como en otro tiempo. La bebe al golpe.

—Ponga dos copas. Invito —dice Sebastián.

El dueño sirve las copas hasta los bordes.

—A la salud de usted.

Sebastián hace un movimiento de cabeza agradeciendo el ofrecimiento.

—Usted, y perdone, ¿es de Madrid?

—De Talavera.

—Yo soy de Madrid, nacido en Madrid, pero hace muchos años que vivo aquí. No es mal pueblo. Se va viviendo. Ahora, que bien preferiría uno vivir en Madrid.

—Lo mismo da, ¿no?

—¡Hombre!

Talla Sebastián.

—Ponga dos copas. Invito.

—Se lo agradezco, amigo, pero...

—Ande.

El dueño muestra los dientes de oro en la sonrisa.

—Aprisa bebe usted.

—Aprisa va la vida.

Sebastián brinda por el dueño:

—Salud y pesetas.

El dueño agradece simplemente:

—Eso.

Bate el platillo el músico chepa; suena el bombo a trueno lejano. El cornetín chilla y el músico flaco se pone colorado y se resiente de la hernia. El que toca el saxófono tiene el pelo ondulado y se camela a una moza, guiño va, guiño viene, hasta que su mozo se la lleva escamado al oscuro.

Al terminar la pieza, los músicos beben de un porrón que se les ofrece. El músico flaco se mete la mano en el bolsillo del pantalón y maniobra. Luego se queja:

—Esto un día me da un disgusto, te lo digo.

El del pelo ondulado recomienda:

—Opérate, hombre, y te arreglas para siempre. Si yo tuviera una cosa así...

—¿Y perras? ¿Quién me da las perras?

El músico chepa tiene el natural triste, la pierna larga, el tronco corto y una cabecilla lombrosiana de rata fisgona, que repugna. Su voz de niño calofría.

—Cuídate de la hernia, Jacobo.

Jacobo alimenta malamente familia numerosa. Sonríe amargo.

El músico chepa da la señal de empezar otra pieza. Unas muchachas se acercan. Van cogidas del brazo. Tienen vergüenza. Una casi se oculta tras la compañera. Se ríen. Por fin se ponen serias.

—¿Qué queréis, preciosas? —pregunta el músico del saxófono.

—Que si ustedes fueran tan amables de tocar el... ¿Cómo se llama, Enriqueta?

Un cuchicheo.

—Que si quisieran tocar el fox que empieza así: *Toda una vida me estaría contigo.*

El músico chepa adelanta la cabecilla.

—¿Cómo?

Las chicas le repiten la letra. El músico chepa no está dispuesto a complacerlas.

—Eso no lo tenemos. Ahora vamos a tocar un tango y después un pasodoble.

Las muchachas se marchan haciendo mohínes de disgusto. Al llegar a la terraza donde la familia ha establecido su campamento, comentan:

—¡Vaya músicos estos!

—Eso lo tocan todos los días por la radio, es más sabido que *La Parrala*. Y dicen que no lo tienen.

En el tablado el músico chepa da tres golpes de bombo y comienzan la pieza. Las parejas se animan a salir unas a otras. En el baile lo difícil es comenzar. En cuanto una pareja se decide, haciendo un gesto heroico la hembra, la plaza se puebla de danzantes. Los chiquillos corren entre las parejas, jugando.

Sebastián bebe vino. Habla con dos mozos.

—¡Tú me vas a decir, tú me vas a enseñar!

—Cuando yo estuve en Madrid era así —dice uno de los mozos—. Era así, porque lo he visto yo.

—Pero, bueno... En Madrid, como aquí como donde sea, eso no puede ser así.

El mozo bebe su vaso lentamente. Su compañero escucha atento y calla. Todo lo que sabe de Madrid lo sabe por el amigo. No puede discutir. Sebastián se dirige a él.

—En Madrid las cierran a las dos y media. A las dos y media te ponen en la calle. Es una orden que cumplen. No digo que alguna cierre un poco más tarde. En Talavera la Carola cierra a las tres, pero es porque es la Carola.

El mozo que sabe la noche de Madrid insiste:

—Yo he ido a las cuatro y media y me han abierto.

—Imposible.

Sebastián llama al dueño del bar.

—Ponnos unos vasos, Domingo, que estamos secos.

—Ahora va. Calma, que bebéis muy deprisa.

El dueño atiende el mostrador, donde los mozos tronados, que presumen de conocer la vida, hacen historia de su pasado, inventan aventuras en el pueblo, beben el vino de la mala compañía.

—Por la calle de San Marcos, me acuerdo que un sargento nos decía...

Sebastián le interrumpió:

—En la calle de San Marcos. En la calle de San Marcos he estado yo. ¿Tú conoces el bar de Eduardo?

—No, iba a decir que el sargento...

—En el bar de Eduardo está uno que le llaman el Marquesito, otro que le llaman el Viajero. Me vas a decir. Ahí, aquí menda, ha trajelao vino de embuten. Ahí he bebido yo..., bueno, para qué decirte...

Los mozos se asombraban ante la sabiduría de Sebastián. Iban perdiendo posiciones. Pactaban.

—Bueno, yo cuando estuve en Madrid fue hace cuatro años. Las cosas han podido cambiar...

Sebastián ya no le escuchaba.

—Mira, hombre, yo tenía una gachí en Talavera, de olé. Yo de gachises bandera —Sebastián apiñaba los dedos de la mano derecha—, así. Bueno...

Los mozos se retiraban a sus posiciones de conocimiento.

—En este pueblo —dijo el que sabía la noche de Madrid— también las hay buenas. Sin comparar, claro, porque Madrid es Madrid. Pero en este pueblo, que lo diga éste —le dio con el dorso de la mano a su compañero—. En este pueblo no está tan mal la cosa, como dicen por aquí.

—No pidas, ¿qué vas a pedir? Que vaya la niña a casa y se traiga unos chorizos. No seas tonto. Aquí te lo van a dar malo y caro.

La mujer agarra del brazo a su marido, que insiste rumboso en sacar tapas para el familión. La mujer defiende el dinero del hogar, tiene un pobre sentido de la fiesta, valora la mercancía por el precio, no por la alegría. El marido tiene que resignarse, aunque le hubiera gustado invitar a la familia a tapas de bar.

—Pero, Pilar, si es una sola vez al año. Pero, Pilar...

La mujer no atiende la queja, casi tristeza, de su marido. Da órdenes:

—Mari, vete y tráete unos chorizos. Cógelos de los buenos, sí. De los que guardamos en el arca grande.

El marido llama al camarero. Éste se acerca. La mujer pone mal gesto. Ya han bebido sus cervezas, sus gaseosas, sus granadinas. No hay por qué pedir más. El marido extiende la mano generosamente.

—¿Qué queréis beber?

La vieja niega con la cabeza. La mujer dice que la gaseosa sabía mal. El viejo pide una cerveza porque limpia el riñón. Y el niño quiere repetir la granadina y pedir una para su hermana.

—Mari querrá otra.

—Cuando venga —dice la madre—. No sé cómo os puede gustar esa porquería. Eso es un jarabe que sólo Dios sabe con qué estará hecho. Igual cogéis el tifus.

El camarero tercia:

—Señora, es la mejor granadina que se puede traer.

—Sí, sí, vaya usted a saber...

El padre pide para todos, excepto para la vieja. La madre levanta su sentido del ahorro.

—Para mí no, Teófilo; yo, en todo caso, beberé un poco de tu vaso.

El marido suspira profundamente y hace el inventario de lo que debe traer.

—Dos granadinas, dos cervezas...

Duda. Añade:

—Y unas anchoas.

—Muy bien.

La mujer se crispa.

—Pero si Mari ha ido por unos chorizos... Pero ¿para qué las anchoas si a nadie nos gustan?

—A mí, sí —dice el niño.

—Tú te callas. No sabes más que gastar, Teófilo.

El marido se estira en la silla de mimbre y comienza a hablar con el viejo.

—Padre, este año se le ha sacado a la tierra de la vera más que ningún año. Este año ha dado a razón de doce medidas por medida.

Se levanta el polvo de la plaza. Los bailarines tienen las manos sudadas, pringosas. El músico chepa marca el ritmo con el bombo y el platillo, y es bastante.

El músico flaco sopla con medida. El músico del pelo ondulado está ocupado en cortejar a una muchacha pizpireta que siente verdadera atracción por los forasteros. Ha crecido la masa de parejas en la plaza. Se oye entre el bombo, el platillo y el cornetín, el ruido uniforme del arrastrar de los pies.

—¿Me quieres, Carmen?

—Sí.

—¿Me juras que me quieres?

—Te lo juro.

—No vamos a reñir más, ¿sabes?

—Bueno.

—Cuando vayamos a reñir, tú me dices que me acuerde de hoy.

—Bueno.

Un último golpe del platillo acaba con la pieza. La masa se desintegra hacia los lados. Las terrazas de los bares se pueblan de voces, de saludos, de besos entre las mujeres.

—¿Cómo no ha venido tu madre?

—Está sentada en el otro bar con la señora Teresa.

—Dile que luego iré a verla.

—Se lo diré, doña Josefa.

—Dile que de aquello que me habló, que sí.

—Se lo diré.

—Que luego le contaré cómo fue la cosa.

—Se lo diré.

La muchacha, acompañada de su novio formal, se va a la terraza donde está su madre con la señora Teresa.

—Ya vienen —dice la señora Teresa.

—Carmen es muy formal y él también. Él es uno de los chicos mejores de aquí, ya se lo tengo dicho a mi Carmen. Pero lo que somos, ¿verdad?, no sé, se le ha metido que no le quiere, que no le quiere, que si es soso...

—Es que las mujeres de hoy...

—No sé, parecen que saben más y, sin embargo, son más chiquillas. No miran el porvenir. Se casan, se lo digo a usted, con cualquier pelanas.

—Lo que quieren es salir de aquí. Mire usted: prefieren las chicas casarse con un hombre de ciudad antes que con uno de pueblo, aunque el de pueblo tenga más posibles.

Carmen se acercó con su novio a la mesa de su madre y la señora Teresa. Se derrumbó sobre una silla.

—Estoy muerta de los pies.

El novio se quedó de pie respetuosamente.

Sebastián enjaretaba la parla golfante a los mozos in albis.

—En el tayón del Tripa nos daba la niebla privando peñascaró. El Tripa es sage pocho, chanela de usía. El Tripa tiene el usía bien merecido.

Domingo, el dueño, atendía el capricho de Sebastián.

—Nos vas a poner para los amigos de eso y de eso.

—Eso es muy fuerte.

—Te digo que nos vas a poner de eso y de eso.

Domingo, el dueño, encogía los hombros.

—Allá vosotros.

Vertió en unos vasos grandes licores de dos botellas. Sebastián dirigía la combinación.

—Van a beber éstos lo que beben los hombres. Van a aprender a beber.

Sebastián tenía una borrachera desesperada.

—Y tú, Domingo, también tienes que beber. Esto es para hombres.

Los mozos callaban. Sebastián les hacía el alarde chulón.

—De capón se bebe. No pongáis esa jeta.

—A mí me da la basca con esto. Es que he bebido mucho —decía uno.

Sebastián los animaba.

—Hay que bebérselo todo al trago. Así.

Domingo, el dueño, explicaba en la otra punta del mostrador:

—Es un gitano chalao que ha caído por aquí, de qué sé yo dónde, y está bebiendo desde la tarde.

Se arremolinaba expectante, conturbada, la flor de los mozos vividos.

Domingo recordaba tiempos.

—Nos va a salir como el Juanón de los trigos, que nadie le tumbaba.

La flor de los mozos vividos sintió el aire de los desafíos. Uno dio la voz del reto.

—Que le pongas de beber de mi parte. Lo que pida.

Domingo se fue a Sebastián.

—Por parte de aquella peña, que bebáis lo que queráis.

Sebastián se volvió a contemplarlos.

—Que no bebo más que lo que pido y pago.

Domingo ya no tallaba.

—Les diré que no quieres, que se lo agradeces, pero que no bebes.

Sebastián se puso terne.

—Que no bebo más que cuando me da la gana. Que lo entiendan.

Domingo mudó la cara. Ya no sonreía, ya no enseñaba los dientes de oro.

—En Talavera —dijo Sebastián— una noche que íbamos bebiendo, llevando el cante chico de un amigo hasta la madrugada, tuvimos un mal encuentro.

Los mozos escuchaban. En la punta del mostrador se revolvía la mala sangre del

jaque del pueblo.

—Ése se va a beber lo que yo le diga.

Se encaramaba.

—Ése ahora mismo, que lo digo yo, se bebe lo que Domingo le ponga delante.

Domingo recomendaba:

—Ten cuidado, que estos gitanos desataos son mala cosa. Que éste no te conoce.

El jaque se fue hacia Sebastián. Se calmaba.

—Te he invitado.

Sebastián volvió la cabeza.

—Ya.

—Te he invitado, por las buenas.

—Ya.

—Tú no has querido beber.

—Yo no bebo más que cuando tengo sed. Ahora no la tengo.

—Tú te vas a beber lo que te ponga Domingo.

—Na.

Sebastián estaba plantado, el compás de las piernas abierto. De la punta del mostrador surgieron voces de paz.

—Déjalo ya, Diego, déjalo ya.

Un amigo se acercó y lo cogió del brazo. El jaque apuntó:

—Que me dejes.

Sebastián llamó a Domingo.

—Ponme de beber, que tengo sed.

El jaque y sus amigos se asombraron ante tanta chulería. Se lo llevaron para la punta del mostrador. Aconsejaban.

—No merece la pena... Tú has empezado... Él no se metía con nadie... Déjalo, que hay que divertirse.

—Ése me las paga.

—No te busques un disgusto por un gitano.

Domingo corrió al mostrador.

—Llevaos a éste. A ése ya se le pasará; dentro de nada está listo.

Sebastián explica a los dos mozos:

—... tuvimos un mal encuentro, como iba diciendo...

Hizo una pausa. Llamó a Domingo:

—Pon de beber a estos amigos, que solamente me has servido a mí.

El jaque y la flor de los mozos vividos cambiaron de bar. Domingo volvió a sonreír enseñando el capitalazo de sus dientes.

—Hay que retirarse, ya se va haciendo tarde.

—¿Tan pronto se van ustedes?

—Mañana tiene que madrugar éste.

El matrimonio estaba de pie. Bostezaba el marido más de aburrimiento que de sueño.

—Mañana tiene que salir en el autobús a primera hora.

La mujer explicaba a la amiga los trabajos dominicales de su marido.

—Todos los domingos va a Madrid. Tiene que resolver los asuntos el domingo porque los demás días de la semana no puede...

El bostezo del marido se comunicaba. Bostezó la amiga, bostezó el esposo de la amiga.

—Va ya para seis meses que todos los domingos, ¿verdad, Luis?, vas a Madrid. Tiene cosas que resolver.

La mujer bobalicona creía que su marido tenía que resolver asuntos en Madrid; no sabía de qué naturaleza eran los asuntos que tenía que resolver su bostezante marido; no entendía siquiera por qué bostezaba tanto su marido.

—Buenas noches.

—Buenas noches, y buen viaje.

Los amigos guardaron silencio hasta que los vieron a una prudente distancia por el perfil de la danza. La mujer comentó:

—¿Qué asuntos tendrá que resolver Luis en Madrid que no pueda resolverlos aquí?

El marido contestó con desgana:

—¡Quién sabe!

—Para mí, que tiene una querindonga.

—No levantes calumnias, Ana. ¿Qué sabes tú si tiene asuntos? Aunque con una mujer así no me extrañaría que el hombre tuviera un apaño.

La mujer hizo moraleja barata.

—Todos sois iguales. Todos os tapáis los unos a los otros. Todos, en cuanto se os deja, os hacéis unos perdidos. Y menos mal que ése no tiene hijos. Pero ¿tú serías capas de engañarme? Tú no piensas en tus hijos.

—Sí, Ana, claro que pienso en los hijos. En los hijos, en ti, en los negocios. ¿Te parece que tengo pocas cosas en que pensar?

La mujer se sintió de pronto muy afligida.

—Una tiene que pelear con la casa, con los chiquillos. Una... Lo que me he destrozado estos últimos años, ¿verdad?

—No. Estás como siempre.

—¿Tú crees?

—Sí, mujer, como siempre.

Se hizo un silencio entre los dos. El marido llamó al camarero.

—Oiga, tráigame otra copa de coñac.

Derrengado, el músico flaco estaba sentado en la silla plegable mientras sus compañeros hacían el chuchún de la danza. El músico chepa era infatigable. El músico ondulado había quedado para después del baile con la moza pizpireta y trabajaba.

Algunas parejas habían abandonado la danza y tomaban refrescos en las barras de los bares con terraza. Un grupo de mozas de tacón y vestido de fiesta ciudadana —orgullosas, retrasadas de moda, melindrosas— bebía ginebra con sifón, acompañadas por mozos de corbata, de cigarrillo rubio y de viaje mensual a Madrid.

—Melines, ayer en Madrid vi a tu amigo Octavio con su novia. Me dio recuerdos para ti. Me dijo que el verano que vino lo había pasado muy bien aquí.

Melines tenía un papá rico y muy mala educación.

—El desgraciado ese... Me lo vi venir. Que si abogado, que si veraneante. No tiene un real. Vaya y que se case en buena hora.

Una de las mozas propuso la diversión al tanto por ciento.

—Cada uno cuenta un chiste, y el que sea menos gracioso paga una ronda y así...

—Por mí, bien.

—¿A ti qué te parece, Melines?

—Yo no bebo más. Si bebo, me voy a poner borracha.

—¡Qué cosas tiene esta Melines!

—De verdad que si bebo otro mejunje me emborracho.

—No digas eso, Melines...

Cansados de bailar, los bailarines se sacudían los zapatos llenos de polvo y buscaban asiento en los claros que las familias habían ido dejando en las terrazas.

—El año pasado estuvo esto más divertido.

—El año pasado me aburrí como una ostra.

—Pues a mí me parece que estuvo más animado.

—Yo me estoy divirtiendo mucho.

La música cada vez se apagaba más.

—¿A qué hora acaba esto?

—A las dos.

—Hay que quedarse hasta que acabe.

—Mañana es domingo y se puede dormir hasta tarde.

—Mañana hay que ir a misa. Menos mal que hay una a las doce. Ha venido el padre Rodríguez.

—Menos mal.

El músico chepa comunicó a sus compañeros:

—Esto hay que ir pensando en dejarlo. A las dos en punto, fuera.

El músico del pelo ondulado consultó su reloj y sonrió. El músico flaco comentó:

—Tengo ganas de coger la cama. Y que no tenga chinches, porque si encima tiene

chinches y me tengo que pasar la noche dándoles zapatillazos...

Sebastián se tambaleaba. Los mozos le habían dejado. Domingo le aconsejaba:

—Vete a dormir.

—No.

—Estás ya muy cargado.

—Cuando beba un poco más.

—Ya no vas a poder beber.

—Sí. Ponme un vaso de cualquier cosa.

Entraron dos gitanos, mesurados, silenciosos. Domingo se acercó a ellos.

—Ahí tenéis a un gitano que está completamente curda. No es de aquí. Mirad a ver si le conocéis.

Uno de los gitanos se acercó. Sonrió.

—Buenas noches, compadre, ¿estamos celebrándolo?

Sebastián le miró turbiamente.

—Sí, ¿tomas algo?

—Gracias, compadre, tengo allí lo mío.

—Tienes que tomar algo.

El gitano volvió la cabeza en consulta con su compañero.

—Bueno, por no despreciar, una copilla.

Sebastián, agarrado a la barra del bar, se acercó hacia el que estaba en la punta del mostrador.

—Te conozco.

—No.

—Te conozco.

—No creo.

—Tú eres Zafra.

—Sí.

—Yo soy Sebastián Vázquez.

—¿De dónde?

—De Talavera. Ponnos de beber, Domingo.

El dueño, prudentemente, contestó:

—Ya está puesto.

Sebastián apenas veía.

—Ponnos de beber aquí.

—Ya va, hombre.

Sebastián se colgó de Zafra.

—Vamos a beber por la salud.

—Bien.

Sebastián insistió:

—Yo a ti te conozco, tú eres Zafra. Tú has conocido a mi bato.

Zafra ponía el pie derecho de punta. Zafra esperaba.

—Vázquez, de Talavera.

—Hace años conocí a un Vázquez. No le he vuelto a ver.

—Yo soy hijo suyo.

Los gitanos se consultaban con el gesto. Zafra dijo:

—Has privao mucho.

Domingo le explicó:

—Está aquí desde la tarde. No ha salido de aquí. Bebiendo todo el tiempo.

Zafra preguntó a Sebastián:

—¿Tienes piltra para esta noche?

—Na.

—Ahora la última, y te vienes.

—Na. Domingo, ponnos de beber.

—Que ya es bastante, hombre, que estás con una juma que no te tienes.

Sebastián hablaba confusamente de Talavera, de los amigos, de la familia, de su madre. Mezclaba el recuerdo con el presente.

—Otra copa... El Langó se ha pirao... El Langó es un cabra... Venga mollate... Estoy girao... Maño, pon otra... La bata me ha largao... Lupe, me tienes que querer... Que nos pongan otras... Estoy girao, girao, girao...

—Anda, que nos najamos —dijo Zafra.

Sebastián no le oía.

—... otra copa... El Langó se ha dao el lique... A Lupe le voy a sacudir... Lupe, que me tienes que querer... mira que me tienes que querer... Girao, girao... Pon otras... no tenéis sangre, sangre... Eso es lo que no tenéis... Ninguno, ni tú, ni tus hijos... Mala muerte para todos... para todos...

Domingo habló por los bajinis a Zafra.

—Le ha debido de dar un ataque. Es que ha bebido mucho. Durmiendo puede que se le pase.

Los dos gitanos cogieron a Sebastián por los brazos.

—Anda, vamos.

Zafra preguntó:

—¿Te ha pagado?

—Me pagó antes. Ahora no se debe más que esto, que lo invito yo.

—Gracias, Domingo.

Sebastián se dejó sacar mansamente a la calle. En la plaza no quedaban ya más que los retrasados de la fiesta. Sebastián se espabiló momentáneamente.

—Llevadme a los guardias, llevadme a los guardias... —dijo.

—Pero ¿qué garbas, qué chaladura te ha dado?

Sebastián se estiró.

—Decidme dónde están los guardias. Llevadme a los guardias.

Los dos gitanos apretaron fuerte de los brazos de Sebastián, caminaron cruzando la plaza.

Sebastián tuvo una náusea. Abrió las piernas. Vomitó. Quedó balanceándose.

—Por la salud de los tuyos, llévame a los guardias, Zafra.

—¿Qué quieres de los guardias?

—Llévame, Zafra; te lo pido por lo que más quieras.

Iban por una calle estrecha y mal alumbrada. Pasaron tapias, portaladas, cantones. Pasaron una plazuela, con arbolillos y fuente. Acercaron a Sebastián.

—Remójate la chola, para que se te pase.

Sebastián puso la cabeza al chorro. Se apoyó en la fuente. Se incorporó.

—Llévame a los guardias, Zafra, llévame.

Los dos gitanos acompañaron a Sebastián hasta cerca de la salida del pueblo.

—Ahí tienes los guardias.

Sebastián avanzó un poco. Zafra preguntó:

—¿Te esperamos?

Sebastián volvió hacia ellos. Se estiró balanceante. Balbuceó:

—Decid que habéis conocido a Sebastián Vázquez, de Talavera. Decid que lo habéis conocido.

Apoyándose en la pared, llegó hasta la puerta de entrada de la Casa Cuartel. Golpeó violentamente con las manos.

—Abran. Abran.

Zafra y su compañero desaparecieron por una calle oscura. Sebastián golpeó de nuevo la puerta.

—Abran. Abran.

Se abrió una mirilla.

—¿Qué pasa?

—Abran. Abran.

—¿Qué le ocurre?

—Vengo a entregarme.

La puerta crujió. El guardia tenía la guerrera desabotonada, los ojos de sueño, el pelo revuelto. Por la cara de Sebastián lagrimeaba el agua de la fuente.

El sargento del puesto dio la orden.

—Tráiganlo.

El sargento pasaba la punta de su lapicero por la periferia de España. Tenía la costumbre de repintar el perfil de España en el mapa de su carpeta de hule.

Tosió. Estaba nervioso. Llamó a un guardia.

—¿Por qué no lo traen de una vez? Que se den prisa.

Volvió a pasar la punta de su lapicero por la periferia de España.

Sebastián estaba tumbado sobre una colchoneta cuando llegaron a buscarlo.

—¡Arriba!

Sebastián se levantó trabajosamente.

—¡Anda delante!

Sebastián sentía que no podía gobernar su cuerpo.

—Por aquí.

Sebastián tenía la boca amarga y el estómago ardiendo.

—Sube.

Sebastián subió con esfuerzo la escalera. Le deslumbró la luz, venía de la penumbra y del sueño. Uno de los guardias dijo:

—¿Da usted su permiso?

Sebastián estaba delante del sargento. El sargento ordenó a un guardia:

—Siéntese usted ahí y vaya tomándole la filiación.

El sargento se levantó. El guardia preguntaba:

—¿Nombre?

—Sebastián Vázquez.

—¿Edad?

—Veintinueve años.

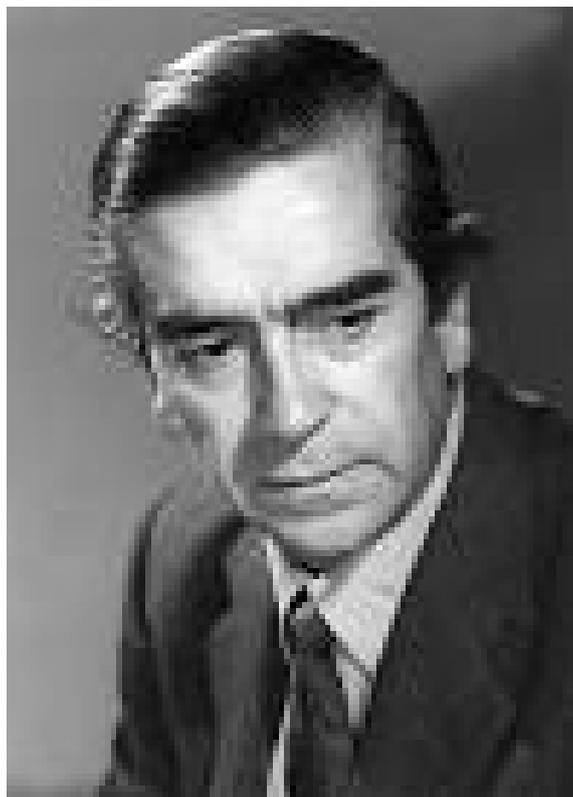
—Lugar de nacimiento.

—Talavera.

—Fecha.

Sebastián respondió mecánicamente a las preguntas de ordenanza. El guardia lo miró de arriba abajo. Fue rellenando las casillas. Pelo negro. Ojos al pelo. Estatura regular...

De la calle, por la ventana, ascendía un rumor de domingo.



IGNACIO ALDECOA, Nació en el seno de una familia vitoriana de la burguesía el 24 de julio de 1925. Estudió bachillerato en el colegio Santa María (Marianistas) de Vitoria-Gasteiz, donde demostró con frecuencia su rebeldía, como describe en el cuento «Aldecoa se burla». En 1942 marchó a estudiar Filosofía y Letras a la Universidad de Salamanca, donde destacó por su falta de aplicación, sus frecuentes ausencias y su vida de tuno; aprobó sin embargo las comunes y prosiguió sus estudios en 1945 en Madrid, donde se instaló en una pensión barata cerca del Café Gijón. Allí conoció a Jesús Fernández Santos, Rafael Sánchez Ferlosio, José María de Quinto y Alfonso Sastre, entre otros, y a la pedagoga y escritora Josefina Rodríguez, hoy conocida como Josefina Aldecoa, con la que se casaría en 1952. Este grupo procuraba colar sus producciones antigubernamentales en las publicaciones del SEU, sindicato vertical entonces de afiliación obligatoria; los primeros cuentos de Aldecoa aparecieron en revistas como La Hora, Juventud, Haz y Alcalá. Sus contemporáneos han destacado la vitalidad como el rasgo más sobresaliente de su carácter, una vitalidad que escondía algunas tendencias autodestructivas. Sus primeros libros fueron de poesía: *Todavía la vida*, en 1947, y *Libro de las algas*, en 1949. Obtuvo el premio de la revista *Juventud* por el cuento «Seguir de pobres» en 1953. Su primera novela, titulada *El fulgor y la sangre*, se publicó en 1954 y fue finalista del Premio Planeta. Hacia 1955 frecuentaba las tertulias de estudiantes rebeldes al régimen franquista y se implicó en la creación de la *Revista Española*, impulsada por Antonio Rodríguez Moñino, quien había sido expulsado de su cátedra por sus simpatías republicanas y había hallado refugio en la Editorial Castalia, que editaba la revista.

En su consejo de redacción estaban con él casi todos los escritores importantes de la Generación del medio siglo, habituales de la tertulia del Café Lyon que organizaban allí Rodríguez Moñino, Sastre y Ferlosio, entre otros. Accedieron allí a la estética literaria del neorrealismo de Zavattini y al nuevo periodismo de Truman Capote, así como a la narrativa de Hemingway, John Dos Passos y Baroja, fuera del *nouveau roman*, y cauce apropiado para la expresión de sus rebeldías existenciales y sociales. Murió prematuramente en 1969, víctima de una úlcera sangrante que no se preocupaba en cuidar.

Su obra narrativa se inscribe dentro de la corriente neorrealista, iniciada en España en la década de los cincuenta, y describe el mundo de los desfavorecidos y desamparados. Considerado uno de los mejores cuentistas españoles del siglo XX, es autor de las colecciones de relatos *Espera de tercera clase*, *Vísperas del silencio* y *El corazón* y otros frutos amargos. Algunas de sus novelas son: *El fulgor y la sangre*, novela montada sobre una elipsis que funda y se adscribe al género literario conocido como novela social y que describe cómo las mujeres de unos guardias civiles esperan enclaustradas en la casa cuartel a sus maridos, sabedoras de que uno de ellos ha caído muerto y sin saber quién; *Gran Sol*, premio de la Crítica en 1958, sobre la vida de los pescadores de altura, narrada con la técnica del protagonista colectivo y con temporalidad simultánea; y *Con el viento solano*, que ofrece la otra cara, como una segunda parte, de *El fulgor y la sangre*, al mostrar el punto de vista del gitano Sebastián Vázquez, criminal acorralado que ha matado al cabo de la guardia civil Francisco Santos, su existencia atenazada por el mismo miedo que atenazaba a las mujeres y los guardias civiles de la anterior novela y sus seis días de fuga, durante los cuales conoce por primera vez la solidaridad por parte de algunos de los que encuentra en su itinerario. *Los pozos*, *Caballo de pica*, *Cuaderno de Godo* son colecciones de relatos; *Parte de una historia* es su última novela, por primera vez protagonizada por un personaje de extracción burguesa, alter ego del autor, que pasa un tiempo en una isla y se adapta bien a la convivencia con los pescadores gracias, precisamente, a la parte oculta de la historia, y asiste como testigo a la alteración que provocan en la vida de la isla un grupo de turistas extranjeros, como metáfora de las transformaciones que estaba sufriendo la sociedad española de entonces. *Santa Olaja de Acero*. Algunas obras suyas fueron adaptadas al cine y televisión con guiones firmados por él mismo (*Young Sánchez*, *Quería dormir en paz...*) o por otros autores (*Los pájaros de Baden-Baden*, *Con el viento solano...*) y también escribió guiones originales para esos medios como en el caso del biopic *Gayarre* o del documental *El pequeño río Manzanares*.

## OBRAS

*Todavía la vida* (1947), poesía.

*Libro de las algas* (1949), poesía.

El aprendiz de cobrador (1951).  
El fulgor y la sangre (1954), novela finalista del Premio Planeta 1954.  
Gran Sol, novela premio de la Crítica 1958.  
Con el viento solano (1956).  
Los pozos.  
Espera de tercera clase (1955), relatos.  
Vísperas del silencio (1955), relatos.  
El corazón y otros frutos amargos (1959), relatos.  
Caballo de pica (1961), relatos.  
Arqueología (1961), relatos.  
Cuaderno de Godo (1961), relatos.  
Neutral corner (1962), relatos.  
Pájaros y espantapájaros (1963), relatos.  
Los pájaros de Baden-Baden (1965), relatos.  
Parte de una historia (1967), novela.  
Santa Olaja de Acero (1968).  
La tierra de nadie y otros relatos.